

A man with dark hair and a beard, wearing dark shorts, stands in a dark forest. A bright beam of light shines down on him from above, illuminating his face and the ground around him. The background is dark with vertical tree trunks.

ruso0014

El despertar de la conciencia rebelde

“Llevaba ese deseo incrustado en los ojos. Quería ir más allá que todo el mundo. Quería satisfacción violenta. Era Federico Rada y me lo dijo en susurro, porque confiaba en mí y yo todavía lo tomaba en chiste.”

El despertar de la conciencia rebelde

‘El despertar de la conciencia rebelde’
ruso0014

1a ed. - 2021
27 x 40 cm.

www.elruso.io

*Si deseas reproducir esta obra, total
o parcialmente, por cualquier medio,
por favor, contacta con el autor.*

ISBN 978-84-946897-9-6
Depósito Legal M-39613-2019

Editado en Buenos Aires, Argentina.

© ruso0014, 2021
© Turro Mundial Ediciones, 2021

Ilustración de tapa: ruso0014

El despertar de la conciencia rebelde

ruso0014

*A todos los adolescentes rebeldes
que despiertan terror en sus padres.*

**En un tiempo y lugar precisos entre el 17 y el 28 de Agosto de 2013,
localidad de San Carlos de Bariloche, provincia de Neuquén.**

PRÓLOGO

Llevaba ese deseo incrustado en los ojos. Quería ir más allá que todo el mundo. Quería satisfacción violenta. Era Federico Rada y me lo dijo en susurro, porque confiaba en mí y yo todavía lo tomaba en chiste. Arriba del micro mientras los demás reventaban el techo a golpes desde adentro, me rodeó con el brazo y me acercó la cara. Federico Rada; yo decía que era mi mejor amigo. El viaje a Bariloche apenas había empezado, nos egresábamos de la secundaria y este era el momento de hacer todo. Como si tuviera sentido hablar con reserva en medio de tanto alboroto y mirando al suelo me dijo: «*Sé lo que quiero hacer cuando lleguemos*» Sus labios proyectados hacia adelante apenas se abrieron: «*Los voy a violar a todos*»

Primera Parte: *En su fantasía*

UNO

Iban a ser once días para Federico Rada y para todo el mundo acá. En realidad el viaje de ida de Buenos Aires a Bariloche ya nos consumía uno completo, luego el viaje de vuelta a casa otro día más. Entonces quedaban nueve. Eran alrededor de las doce de la noche cuando Federico me dijo lo que pensaba hacer, y por alguna razón no me sorprendió. Hace tiempo, alguna vez saliendo del colegio o de gimnasia, recuerdo que me hizo saber de un pensamiento que tenía, porque tenía muchos, y varios que no podía contarle a nadie excepto a mí; ni siquiera al grupo de amigos que compartíamos.

Todos tenemos alguna fantasía donde corremos a refugiarnos cada vez que podemos, dijo, pero no con esas palabras, sino con su vocabulario limitado de pibe que rechaza las lecturas. Se trata de una puesta en escena tan privada y gratificante como obscena que recreamos patológicamente varias veces a la semana incluso sin darnos cuenta. La de Federico Rada era un lugar acogedor donde imaginaba que sometía sexualmente a la persona que tuviera en vista en ese momento. Por ese lugar habían pasado muchos, y si compartía algún nombre conmigo, estoy seguro que detrás de ese había muchos otros más. Yo por mi parte no me dejé convencer por su teoría y en un principio me negué a pensar y confesarle mi fantasía, mi lugar privado. Pero por supuesto, una vez estuve a solas la hallé: allí estaba en mi cabeza, no era tan particular como la de mi amigo, pero habría sido difícil de describir sin quedar como un chico raro.

Una pequeña luz de seguridad en el techo del micro iluminaba de rojo la mitad delantera. Estábamos sentados delante de todo, de forma que podíamos escurrir la humedad del parabrisas con los pies si queríamos. La mayor parte de nuestro curso estaba en el piso de arriba y sólo unos pocos chicos ocupaban la parte de abajo junto con los coordinadores del viaje. Federico se apartó un momento del alboroto cuando me vió alejarme hacia mi asiento y

allí me habló de su plan. Una vez había anochecido todo el mundo se animó y sacó el vino y las bebidas que venían llevando en secreto. Pusieron música, empezaron a cantar y bailar. Nos unimos todos en el centro del pasillo y empezamos a saltar hasta que el chofer nos reprendió. Si hubiera aparecido un periodista para apuntar su micrófono al azar, cualquiera de nosotros le hubiera dicho que estaba viviendo el viaje de su vida, el momento para el que tanto nos habíamos preparado, la despedida final de la escuela después de todo el esfuerzo. Incluso yo lo habría dicho, y Federico Rada también.

Bajo el reflejo rojo mi mejor amigo me confesó que en serio consideraba violar a todo el mundo. Y se refería a todos ellos. A todos sus compañeros. No le interesaban los chicos y chicas que fuésemos a encontrar en el hotel y en las discotecas. Él quería hacerlo con los que ya conocía. Con todos. Eso me dijo, y cuando le pregunté me aclaró que literalmente necesitaba cogerse a cada uno, fuese hombre o mujer. Esas sí fueron sus palabras. Yo me reí y le dije que estaba loco. Estaba loco. Seguro dije esa frase muchas veces hablando de él durante todos los años de escuela. Cada vez que lo veía hacer algo que yo no haría pensaba eso; y por esa razón Federico Rada era mi mejor amigo, porque nunca me aburría, porque siempre me sorprendía de alguna forma. Yo lo necesitaba a él y él a mí, como ahora necesitaba someter a todo el curso durante los próximos nueve días.

Le dije que yo ya estaba en pedo —por eso me había sentado— y que me mareaba si me paraba. El también estaba en pedo y cuando coincidimos en que el asunto ya se estaba poniendo bueno antes aún de llegar, me pasó más vino. Tomé de una jarra de metal ajena un vino caliente mezclado con sabor a naranja y un poco de gas. La luz roja lo hizo ver como sangre cuando hundí la cara en él. Lo que no entró en mi boca se deslizó por mi mentón y cuello y se perdió por ahí. El sabor del alcohol siempre me arrancaba una sonrisa. Desde que empecé a tomar en las primeras fiestas, ese sabor ya me hacía sentir como en casa donde fuera que estuviese.

Federico me agarró de los hombros y me obligó a levantarme; no podía divertirse si no estaba yo por ahí. A él le gustaba bailar, pero no siempre. Dependía en parte de la música y de su estado de ánimo. Pero cuando bailaba, bailaba. Lo latino no era de sus cosas favoritas, pero aun así movía las caderas cuando había reggaetón o cumbia, subía y bajaba la pelvis, tenía gracia con esos pasos que se inventaba, más que yo. Otros días era lo opuesto, si había baile cuando no estaba de humor se escondía en algún rincón y fumaba, y claro me arrastraba a mí para que me escondiera con él y fumáramos juntos.

Cuando me paré ya me tambaleé para un costado y me agarré de un asiento. Era tan mullido el respaldo que de poco sirvió. Entonces Federico me agarró la espalda y me condujo. Nos unimos a nuestros compañeros y seguimos bailando. Ya no los pude ver de la misma manera que cuando me había ido a sentar. Por más en pedo que estuviera ahora sentía los pensamientos de mi amigo en mi propia cabeza. A ellos, él los quería violar a todos.

DOS

La primera parada en un Rhasa fue en medio de la noche. Nos despertaron cuando ya estábamos en pleno ronquido. Tanta fiesta anticipada y una suerte de cena empaquetada en una bandeja de plástico nos habían hecho dormir casi a todos al mismo tiempo. En puntos Rhasa paraban micros a cargar nafta, tal vez a vaciar los baños y los choferes a llenar sus termos. Nos hacían bajar para estirar las piernas y comprar algo en la tiendita si todavía teníamos hambre. También íbamos a baños decentes y tomábamos aire.

La ruta estaba tan tranquila y vacía que parecía que fuéramos los únicos que viajaban a esas horas. El aire estaba muy frío afuera y había viento. Varios con camperas y gorritos y Federico nada más que con un buzo de algodón Everlast. Había perdido todo ese ánimo fiestero de hacía unas horas y ahora se le caía la cara por el sueño y los indicios de resaca. Iba a ser peor a la mañana, estaba seguro. Nos alejamos lo más posible de las luces de la estación de servicio y nos sentamos en un muro bajo que separaba el predio de un terraplén. Federico dijo poco y nada; más bien se limitó a apoyar la cabeza contra mi hombro y quedarse así hasta que subiéramos al micro de vuelta. No le gustaba nada que lo despertaran de una siesta.

En un momento se nos acercó uno de nuestros amigos, Valentino, para taparnos por un momento las luces blancas del Rhasa. Tenía un vaso de tergo por con café en una mano y una medialuna con una servilleta de papel en la otra. Generoso como siempre nos convidó de lo suyo a ambos.

— ¿Qué pasa Fede te despertaron? —dijo y le palmeó la cabeza.

—Pará boludo —se quejó Federico y le dió un manotazo.

Valentino y yo nos reímos.

—Boludo yo me re dormí posta; cuando me desperté estaba el micro vacío y el pibe ese me estaba llamando.

— ¿Qué pibe? —dijo Federico y bostezó.

—Ese, el coordinador... No se cómo se llama.

—Sebastián... o Esteban —dije yo— o Bastián...

—Alto gil ese, bah no sé. Pero no me cae bien —Valentino empezó a recorrer la ruta con la mirada— me da que se hace el piola y es tremendo boludito. Pero no sé; no hay que juzgar a la leche por el cartón viste.

—A esa nunca la escuché —confesé.

—Andá Valentino traenos una medialuna y un café —Federico extendió la mano con unos billetes arrugados.

—Dale —dijo y se fue yendo— ¿Con jamón y queso o sin? —se detuvo a mitad de camino.

—Con.

—Sin —dijimos.

Valentino sonrió y se fue.

Nos quedamos unos segundos en silencio viendo cómo exhalábamos el aliento de invierno, ese que nos vuelve locos de chicos.

—A ese —dijo Federico rodeándome con el brazo— a ese me lo cojo sí o sí.

TRES

Desde el momento en que uno llega a Bariloche le da la sensación de que todo el mundo lo estaba esperando. Las sonrisas de los empleados del hotel y su amabilidad no se suelen ver en Buenos Aires. Después de varias horas de viaje diurno donde el camino nos daba la sensación de que íbamos a llegar todo el tiempo y en realidad no; finalmente fuimos entrando en la ciudad recibidos por una llovizna que se fue transformando en lluvia propiamente dicha. Ya estábamos todos muy inquietos y con ganas de bajar de una vez. Nos parábamos todo el tiempo y recorriamos el micro entero haciendo charla aquí y allá de asiento en asiento. El intestino empezaba a exigir un inodoro como la gente, quizá aunque no lo pareciera eso era lo que más nos urgía a la mayoría; y por supuesto la necesidad de una ducha y un cambio de ropa.

Casi sin darnos cuenta fuimos conducidos al hotel y de repente ya estábamos bajando del micro. Ignorando la presencia del lago Nahuel Huapi a nuestro lado, corrí detrás de Federico con mi valija rodando por una calle desconocida. Ese día estaba cubierto de nubes apretadas; la gente nos esperaba, pero el clima hacía las cosas por su cuenta. Dentro del hotel que nos tocaba nos amontonamos en un hall y con Federico ocupamos un par de sofás y extendimos las piernas sobre nuestras valijas. Estábamos exhaustos de tanto repetir las cancioncitas que los coordinadores tenían que inventarse cada año para animarnos a alentar la empresa que estaba cumpliendo nuestro sueño. «*Ya no quiero cantar un pedo*» me dijo Federico y yo estuve de acuerdo. «*Quiero llegar y hacer caca*» También asentí a eso.

La espera parecía más larga por nuestra propia ansiedad, aun así después de un rato nos fueron asignando las habitaciones y entregando nuestras tarjetas magnéticas. Ya lo teníamos todo planeado de antemano, y convenía hacerlo así para todo el mundo. Íbamos a ser yo, Federico, Valentino, Nelson, Amílcar y Marcos al que le decíamos “Macu”. Por nada del mundo el viaje de nuestras vidas nos iba a separar en cuartos diferentes, y en definitiva conseguimos uno de seis camas que nos iba justo a la medida.

La arquitectura del hotel era algo que nunca había visto. Mientras subía las escaleras ya estaba seguro de que jamás iba a encontrar la forma de llegar

a la planta baja de nuevo. Se me hizo laberíntico y confuso. Y no solo por las vueltas que daba, sino también por la decoración, los dibujos en las paredes que repetían patrones una y otra vez con efectos hipnóticos. No era precisamente como los hoteles de otras empresas que parecían tan modernos y minimalistas. Este tenía una estética espesa; ni viejo ni nuevo, ni grande ni chico. No te permitía ponerle una etiqueta, ni siquiera “lindo” o “feo”.

Cuando llegamos a nuestro cuarto Federico golpeó el número de metal con el índice y dijo «*Acordáte*». Y eso tenía que hacer. Era el ciento catorce. Si me decía que me lo acordara era porque él no pensaba hacerlo y me lo iba a estar preguntando varias veces durante estos días. Una vez adentro nuestras valijas volaron por sobre las camas, después nuestras ropas de abrigo y a continuación nuestros cuerpos cansados. Pero no había tiempo para estar cansados. La fiesta empezaba en un par de horas, esa misma noche. Todo ya estaba planificado para que no tuviéramos un solo día de aburrimiento. Federico se metió en el baño primero, diciendo que tenía un sorete más grande que el resto de nosotros. Esas fueron sus palabras. En un rato íbamos a bajar a cenar. Era fácil perder la noción del tiempo y yo ya lo había hecho.

Valentino no tardó en desnudarse. Le gustaba caminar en pito. Ya lo conocíamos de los vestuarios y los partidos de fútbol. Era alto, gordito y moreno y llevaba su cuerpo masivo con una seguridad envidiable. Su figura iba apareciendo y desapareciendo por la cantidad inusual de espejos que había en el cuarto. Bromeamos con que parecía un telo. Había una media pared que dividía dos partes del cuarto como si fueran habitaciones separadas. Tres camas de un lado, tres del otro. Federico había soltado su valija junto a la puerta; me encargué de rodarla y subirla sobre su cama. A un lado de la suya iba a dormir yo, junto a la ventana, y del otro lado Valentino. Macu, Nelson y Amílcar iban a quedar en parte ocultos por la media pared.

—Re cheto que a nosotros nos tocó el LCD —dijo Macu indicando el televisor que tenían de su lado— ¡Ponete una toalla Valentino! —protestó después.

—Ya me meto a duchar igual —Dijo este y se tiró sobre su cama.

—Este es un exhibicionista —Macu negó con la cabeza. Él era diferente. Era ordenado y obsesionado con la buena presencia.

Federico por fin salió del baño y extendió los brazos con una sonrisa.

— ¡Esto es Bariloche carajo!

Nos contagiamos y alentamos golpeando rítmicamente lo que teníamos más cerca. Entonces se cortó la luz y quedamos a oscuras de un momento a otro.

CUATRO

Parece que todo el mundo había enchufado el secador de pelo al mismo tiempo. Esa debió haber sido la causa del breve apagón en todo el hotel. Enseguida volvió la luz, pasamos uno tras otro por el baño porque queríamos bajar limpios y presentables. El cuarto acabó convertido en un sauna que desprendía una mezcla de todos nuestros perfumes masculinos y desodorantes juntos. Federico extendió su toalla húmeda sobre mi cama porque no quería mojar sus sábanas y se dedicó a revisar su valija en busca de la ropa para salir. Sus cosas estaban dominadas por un orden ajeno que él mismo no parecía comprender por la forma en que rebuscaba tirando todo hacia afuera.

— ¿Quién la va a poner hoy? —Dijo en voz alta para que escucharan del otro lado de la pared. Después empezó a deducir— Nosotros de una que sí — me palmeó el muslo mientras yo lo observaba sentado— A Valentino se la van a dar, después Macu se va a buscar una morocha pero va a esperar a tener confianza ¿Vos Amílcar?

— ¿Qué? —se escuchó su voz.

— ¿La ponés hoy?

—Sé.

—Qué la vas a poner hoy si ni sabés cómo —Federico se rió y me miró cómplice— Nosotros ya bajamos —resolvió y me agarró para que saliéramos.

—Paren un poco la puta madre —dijo Macu que se paseaba con una camisa negra abierta mientras miraba su celular— Si todavía no nos llamaron.

—Yo ya tengo hambre boludo, nos vamos a comer.

Salimos al pasillo y Federico empezó a caminar rápido hasta el ascensor mientras se rascaba por dentro la nariz. Se había puesto un jean azul oscuro bien ceñido a las piernas y una camisa a cuadros rojos y negros sobre una remera blanca. Cuando subimos al ascensor nos miramos al espejo y nos acomodamos el pelo; estábamos chulos y frescos. Nos habíamos cortado el pelo antes de venir y todo. Federico apretó los botones. No tenía pensado bajar a comer, al parecer, sino que nomás fuimos un piso por debajo del nuestro.

— ¿Qué onda? —Dije.

—Primero hay que ver dónde están nuestras chicas.

Cuando salimos del ascensor nos encontramos en un pasillo igual al nuestro con sus respectivas puertas. Junto a una pared había un par de pequeñas ventanas alargadas que daban a un espacio interno que se formaba entre las diferentes alas del hotel. Podíamos vernos entre nosotros de una ventana a otra si queríamos. Era de noche a través de los vidrios y el clima seguía lluvioso. Federico tocó a una puerta al azar y luego de un rato y voces apagadas que se oyeron del otro lado, esta se abrió y asomó un rostro conocido.

— ¿Qué hacés Yasmín? —dijo Fede y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Federico ¿Todavía no te pusiste el disfraz? —dijo la chica abriendo los ojos llenos de rímel, luego me vió e hizo una mueca— Vos tampoco boludo.

—Estábamos bajando a cenar —Dije.

—No pero si ya cenamos bobos, en una hora salimos a Grisú.

Federico me miró y luego a ella de nuevo.

—Uh no nos dijeron nada.

—Claro, nosotros estábamos esperando.

—Es que había que bajar enseguida —Yasmín abrió la puerta porque ya se había cansado de sostenerla. Aparecieron algunas chicas conocidas en el interior probándose sus disfraces y maquillándose en los espejos que tenían de sobra.

—Se nos re fue volando el tiempo —dije.

—Y sí, si bajamos todos, comimos y volvimos a subir —me reprochó.

—Permiso —dijo Federico y se metió en el cuarto. Yo lo seguí —Buenas —saludó para que advirtieran nuestra presencia. Entonces fuimos saludando una por una a las chicas y nos volvieron a preguntar por nuestros disfraces. Sobre una mesita que tenían en su cuarto, ya había un par de botellas de alcohol; eran un vino, un vodka y un Gancia. Los primeros días todo el mundo tenía su reserva de escabio llena, pero ese estado ideal iba a durar poco.

Cuando salimos del cuarto Federico golpeó el número de la puerta con el dedo y me dijo que me lo acordara. Ya habíamos visto a nuestras chicas, como él mismo dijo, y ahora íbamos a ir corriendo a ver si todavía estaba la comida accesible y podíamos manotear algo para después correr a disfrazarnos. Saqué mi celular y le escribí a Macu que salieran ya del cuarto y

bajaran, y que se olvidaran de tanta camisita y elegancia que hoy nos tocaba noche de disfraces, cosa que todos habíamos pasado por alto.

CINCO

El momento en que uno empieza a estar borracho es como el nacimiento; uno nunca se acuerda cuando pasó. Lo único que me acordaba era de Valentino colgándose de mi hombro y encajándome una jarra fría en la boca hasta que el líquido se me corrió por el mentón. El piso empezó a flotar y cierta incertidumbre y ansiedad por las cosas nuevas se fueron disipando en pocos minutos. No sé qué había tomado, y no me importaba demasiado, porque era lo que tomaban los demás y por mi estaba bien.

Había un lapso de alrededor de una hora donde abandonábamos nuestros cuartos para compartir la previa en los pasillos con todos esos chicos desconocidos que habían llegado al hotel igual que nosotros. Yo estaba de muy buen humor como la mayoría. Tenía en la boca una mezcla de sabor a vino y a melón de algún licor o por ahí era durazno, no sé, poco de frutas sabía yo. Delante de mí desfilaron caperucitas rojas con escotes abiertos y tetas pálidas, heroínas inventadas con los muslos descubiertos, párpados pintados que brillaban sobre ojos delineados de negro y labios muy rojos que daba ganas de abrirlos con la lengua. Se combinaban las caras nuevas con las conocidas, alguien me preguntó el nombre por ahí; una chica con la que anduvimos un rato tan breve que pareció un sueño; se lo dije al oído. Había música fuerte. Los chicos tenían parlantes en sus cuartos; creo que nosotros también habíamos traído. Amílcar si no me equivoco, o Valentino. La música tenía una potencia que atravesaba todas las paredes.

Ahí estaban los chicos también haciendo el payaso con sus disfraces. No podíamos exhibir toda nuestra sensualidad pero ya habría momento para eso, en una de esas noches donde nos desgarramos las camisetas y nos pintamos la cara. Yo era un Piñón Fijo de poca monta con una cara blanca muy triste y Federico se había disfrazado de monja con una sotana corta negro brillante, una cruz enorme de cartón que le colgaba del cuello y un hábito de la misma tela negra que al rato perdió por ahí. Algunos estábamos tan en pedo que nos olvidábamos que todavía faltaba salir a la discoteca. Habíamos acumulado todas las ganas de enfiestarnos y ahora nos estaba saliendo por los ojos. Yo

era fanático del alcohol, de estómago fuerte. De pocos reparos para tomar y gusto por todas las bebidas.

— ¿Cuál era el número? —me preguntó una voz de lengua entumecida. La boca de Federico casi me muerde la oreja de lo bruto que se me acercó.

—Ciento catorce —le dije agarrándolo del cuello del disfraz y mirándolo a los ojos como diciéndole “¿viste cómo me acordé?”

—No, pelotudo —dijo— el otro, el de las chicas.

Me quedé un momento pensando. No me acordaba.

—Vení, vamos —le dije y lo agarré del brazo. Pensaba llevarlo aunque no me acordara.

Había un perfume dulce y húmedo en el aire; una mezcla de olor a cigarro, a todos los aromas ricos de las chicas, a hotel limpio, a mente sucia. Llevé a Federico por un par de pasillos, usamos las escaleras de bobos nomás que éramos y pasamos por entre grupos de chicos y chicas que apenas pudimos reconocer. La música iba cambiando, había pequeñas fiestas dentro de algunos cuartos de donde salían todas esas botellas y jarras improvisadas cargadas de mezclas misteriosas. No tenía idea de en qué piso estábamos y qué puerta tenía que buscar. Todo el hotel era igual; esos patrones en las paredes se distorsionaban y me hacían creer que mutaban en otras formas. Como esas siluetas imaginarias que había estado viendo cuando llegamos en micro. Durante la noche la ruta estaba tan desierta que los ojos buscaban creer que había gente caminando por los bordes, cuando en realidad sólo había árboles y arbustos, o peor, nada.

—Los voy a violar a todos —me dijo Federico y me palmeó la espalda con fuerza— *Nos vamos a violar a todos* —Remarcó.

— ¿Otra vez con eso? —Dije, pero cuando las palabras salieron de mi boca Federico ya no estaba. Lo había perdido. Estaba yo solo a mitad de una escalera, justo por abandonar el descanso.

—Fede —dije mirando para atrás. No entendía cómo se me había escapado ese gil.

En el medio de todo, ni en una planta ni en la otra, los sonidos se oían como encerrados en una caja. La escalera estaba tranquila de forma inquietante. Me quedé viendo un charco de algo que parecía agua sobre un escalón de madera. Fuera uno a saber de qué se trataba.

Primero apareció una chica vestida de conejita Playboy. Era muy linda, bajita y delgada. Bajó los escalones y cuando pasó por delante de mí murmuró un «Hola» y me sonrió. Yo creo que le respondí con otro «Hola»

Después de ella apareció todo un malón de chicos y chicas que empezaron a bajar juntos mientras cantaban agitando las manos. Sus voces tomaron la escalera y me tuve que aplastar contra una pared para no caer rodando. Me negaba a que me hicieran bajar hasta que encontrara a Federico.

— ¡Acá estás boludo! —Apareció Macu entre todo ese montón de caras irreconocibles por los maquillajes, capuchas y gorros. Macu, siempre limpio, siempre digno. Se negaba a cortarse el pelo a máquina, a lo conurbano, y lo usaba largo y alborotado. Estaba disfrazado del Capitán América; por supuesto una versión tan barata de superhéroe como yo de payaso.

— ¿Lo viste a Fede? —dije.

— ¿Me preguntas a mí? ¡Si vos siempre estás con él!

Se notaba que también había tomado. Uno sabía reconocer la marca del alcohol en sus amigos. Detrás de él aparecieron Amílcar, Valentino y Nelson para rogarme que bajara con ellos, que ya se iban a Grisú. Pero les dije que no, que primero iba a buscar a Federico. Y de nuevo me quedé solo.

SEIS

El hotel se fue sin mí. Pero Federico no se habría ido sin mí nunca, por eso me quedé a buscarlo. Macu me había hecho cargo de la tarjeta magnética para que la entregara en recepción mientras no estábamos: esperaba que yo subiera al micro a Grisú de una forma u otra. Pero no fue así. Entré a nuestro cuarto que estaba completamente oscuro. Me acerqué a la ventana, froté el empañado con mi manga amarilla y vi cómo los micros de excursiones dejaban el hotel con todo el mundo adentro. Me senté en mi cama un momento, tenía las piernas cansadísimas y estaba mareado. Tenía ganas de hablar, sin embargo, de dar un discurso, así que hablé solo. Dije en voz alta lo que iba pensando.

Había un eco de silencio, un rastro retumbante de toda la previa que se había ido con los chicos y las chicas, como si ésta hubiese sido absorbida. El número del cuarto de las chicas apareció en frente mío como flotando en el aire. Tanto que me lo había querido acordar durante la previa y ahora recién lo tenía en la cabeza. Lo dije en voz alta y salí al vuelo de mi cuarto y me metí en el ascensor.

En el espejo había una versión de mí que pretendía no verse borracho cuando en realidad sí lo estaba. Lo único que faltaba era que me sonriera a mí mismo para convencerme de eso. Llegue al cuarto de las chicas y toqué varias veces con fuerza. No sabía qué esperaba, se suponía que todas ellas se habían ido a bailar a Grisú así que yo estaba ahí golpeando la puerta como un bobo. Golpeé de nuevo y pegué el cachete contra la madera para hacer que escuchaba a través, porque cuando uno está en pedo parece que se despliega delante de sí una versión propia el doble de estúpida que uno mismo, a la cual le gusta dramatizar cada movimiento.

Me abrió la puerta la única cara que me gustaba encontrar de sorpresa. Federico Rada. El muy gil al final se había orientado mejor que yo. Estaba en cuero con brillos de transpiración en los brazos y la sotana sintética atada a la cintura sobre el calzoncillo. Me dio un abrazo sin decir nada y le sentí todos los perfumes juntos encima.

—Acá estás, te había perdido —Me dijo en susurro, yo le palmeé la espalda y nos liberamos— Vení, vení.

El cuarto femenino era muy diferente pese a que la forma y los muebles eran los mismos en todo el hotel. Las chicas parecían tener un montón de cosas más que nosotros; como si hubieran traído dos valijas en vez de una. Había solo un velador prendido entre las camas y el resto en penumbra amarillenta. Federico me la mostró enseguida; estaba sobre una de las camas del medio acostada boca arriba y con el pelo revuelto sobre la cara. Era Johanna, una del montón acordaríamos con mi amigo. No muy agraciada, no la primera opción de nadie; pero ver su cuerpo desnudo como si estuviera en una mesa forense cambiaba las cosas. Todos fantaseamos con el cuerpo de nuestras compañeras en algún momento de los años de escuela o en varios. Nos ponemos los rayos X mentales y tratamos de adivinar qué pieles suaves se esconden detrás de las curvas del uniforme. Pocas oportunidades tiene uno de comprobar la realidad; y esa realidad era atractiva y salvaje.

—Era virgen boludo —dijo Federico aún en susurro como si se pudiera despertar. Pero yo estaba seguro de que más que dormida estaba desmayada.

—*Era* —remarqué yo.

Nos acercamos y casi piso un charco amarillento que se apareció en mi camino, junto a la cama. Vómito de comida y alcohol.

Federico se recostó a su lado hundiendo la cama y cruzó las piernas junto a las de ella. En los tobillos de Johanna se enrollaba una tanga y por encima de sus tetas estaba arrugada otra de sus prendas parte del disfraz que no quedaba claro qué era. Federico le recorrió un brazo con el índice, era claro que ya estaba exhausto y ya se había sacado las ganas con ella, así que ahora quería tomarse las cosas con calma, deleitarse con las pequeñas cosas.

No dije nada, tenía muy presente que había momentos únicos en la vida que no podían ser interrumpidos. Federico me miró para que entendiera, pero yo ya había entendido. Me arrimé a la cama del otro lado y aterricé mi mano sobre una de sus tetas. Nos dedicamos a acariciarla con esa delicadeza con la que los hombres escondemos lo que en verdad queremos hacer. La miré de arriba abajo, porque todo estaba ahí para mirar y la luz amarilla era generosa; ya no había secretos ni fantasías sobre su cuerpo, pero no busqué nada en su cara, detrás de su pelo despeinado, porque no me interesaba. Después Federico encendió un cigarrillo y lo compartimos porque teníamos esa costumbre de no fumar por separado cuando estábamos juntos, además cualquiera fuera el dueño del atado, iba a servir para que dure más.

—Nos perdimos la noche —le dije.

—Tenés razón, somos como treinta y ocho y todavía tengo que cogerme a un montón. No sé si voy a llegar.

Me reí. Me daba gracia esa obsesión que tenía; ese plan utópico de último momento. A Federico Rada se le solían pegar ideas y proyectos imposibles que no lo dejaban en paz por un breve tiempo.

—Yo decía por el boliche —dije.

—Ah eso me chupa un huevo —Me dio el cigarrillo.

—Mañana vamos sin falta. Al pedo me puse este disfraz hoy.

Me miró y sonrió.

—Cogetelá vestido así, dale —dijo divertido.

Yo tenía una erección escondida debajo de mi pantalón amarillo de payaso, pero por alguna razón no quise usarla en ese momento. No por Johanna, que tenía un cuerpo hermoso y tibio, sino porque algo en la presencia de mi amigo me dio una vergüenza que no había experimentado antes. Porque sabía que cualquier cosa que hiciera con esa chica, él se iba a quedar a mirar, como miraba mi mano ir de una teta a la otra.

SIETE

Cuando éramos chicos Federico venía a casa tan seguido que parecía que no tuviera padres. Incluso más que los demás pibes, porque mi casa era uno de los puntos de reunión más convenientes por estar cerca del colegio. Pero Federico incluso venía él solo —y por qué no— a almorzar conmigo y después jugar a la Play o boludear tirados en la cama escuchando música. No le gustaba estar solo, y en su casa era hijo único. Tampoco le gustaba estar sin mí —ni a mí sin él— porque había cosas que sólo las compartía conmigo. Me acuerdo varias veces que pasaba a las seis de la mañana por mi casa para que fuéramos juntos al colegio, como si quisiese asegurarse de que yo no iba a faltar. Me acuerdo la forma en que comía el almuerzo como si fuera el último de su vida; tomando gaseosa mientras masticaba la comida y comiendo de nuevo. Todo eso lo siguió haciendo hasta nuestros últimos días del secundario.

OCHO

Fuimos a abrazar a ese flor de perro San Bernardo que no podía faltar en ningún viaje de egresados. Recién en esa circunstancia entendí que no había un único perro San Bernardo sino que eran varios de diferentes dueños que tenían su cabaña y su negocio de fotos. Antes de eso, muy temprano habíamos pasado por el depósito donde nos daban la ropa oficial de la empresa; camperón, pantalón de nieve y unas botas que con suerte eran de nuestro talle. Federico estaba tan dormido que me había tocado ir solo y buscar la ropa por él sin que tuviera la oportunidad de probársela.

Después desayunamos con la resaca como una piedra de hielo sobre la cabeza. Todos habían perdido el encanto de la noche de fiesta y ahora tenían ojeras que disimulaban con lentes de sol y las caras lo más cubiertas posible como si les diera vergüenza lo que habían hecho o podido hacer bajo el efecto de la bebida. Federico no era la excepción, y a partir de ese día iba a odiar el sol como un vampiro. No le interesaban las excursiones, al menos no las primeras, y yo me di cuenta que no estaba ahí, su cabeza estaba en otra cosa. Me pregunté si estaría pensando en Johanna porque yo sabía que él no era virgen, así que no era su caso justo un ejemplo de debut sexual del cual hablar con orgullo al día siguiente. En cambio yo sí era virgen y temía que haber rechazado el cuerpo servido de Johanna me fuera a quitar mi única oportunidad de no volver al colegio puro como un monje.

Federico me puso un auricular en el oído y empezamos a escuchar electrónica. Era uno de esos temas lo-fi house que parecen hechos para oírse mirando por la ventana de un auto.

—Necesito tener sexo ahora o me voy a desmayar —Dijo disimulando la frase en un bostezo.

Del otro lado del vidrio del micro estaba el lago Nahuel Huapi que brillaba extenso y plateado como un montón de escamas en movimiento. Lo íbamos rodeando con el micro mientras la mayoría completaba las horas de sueño que le faltaban.

—Pará un poco —le dije— Ni que hubiera una competencia. ¿Cuántos la pusieron ayer? Vas con ventaja.

—Tendría que haber —dijo.

— ¿Qué cosa?

—Una competencia de garche. Yo ganaría el primer lugar.

Lo callé con un turrón que saqué del bolsillo y se lo abrí en frente para que comiera. Después saqué uno para mí y me puse a mirar por la ventana hasta que el movimiento del micro y la música house me hicieron cerrar los ojos.

El día estaba despejado y muy ventoso. Bajamos con las camperas cerradas hasta arriba, bufandas, gorros y los lentes de sol infaltables. Todavía necesitábamos tiempo para retomar los ánimos de conversar y cantar. La primera resaca era sólo una introducción, como lo era esa misma salida, quizá la más breve, donde solo nos íbamos a limitar a conocer al San Bernardo, sacarnos fotos grupales y después ser llevados al río para la ceremonia de tomar agua, según se decía. Antes del asunto del perro, hicimos una breve parada para sacarle fotos al Nahuel Huapi y a nosotros mismos con éste de espaldas. Nos amontonamos al borde de una pendiente y con el viento que despeinaba a las chicas nos despabilamos un poco.

Ahí fue cuando la vi a Johanna, estaba escondida entre las chicas del cuarto con una botella de agua de dos litros en la mano. En un momento la observé sacarse los lentes negros y dejar ver su cara arruinada. Estaba seria y sin maquillar, como si hubiera recibido una golpiza antes de irse a dormir y todavía no se hubiese recuperado. Fuera uno a saber qué tipo de cosas mezcladas había tomado para terminar desnuda a nuestra voluntad. Me pregunté si recordaría algo de todo eso, si podría haber oído nuestras voces susurrar a su alrededor como si fuera una paciente en coma. Era curioso que pensara en eso y no tuviera en cuenta que más presente podría tener el haber tenido sexo con Federico.

Me acerqué a mi amigo y lo rodeé con un brazo.

—Sonreí puto —dije y con la otra mano nos saqué una foto.

Después busqué a alguien para darle la cámara y que nos sacara una foto de frente.

Un chico que se llamaba Jeremías fue puesto por mí como fotógrafo. Nunca nos hablábamos; de hecho una parte de mí lo despreciaba por su ser colgado y carente de algún tipo de viveza. Justo cuando Federico y yo ya estábamos posando, aparecieron los pibes alzando la voz para que no nos olvidáramos de ellos. Macu, Valentino, Amílcar y Nelson se estrecharon a

nuestros lados y de rodillas a nuestros pies haciendo muecas y gestos con las manos.

— ¡Dale *Jeremoide*! —gritó Valentino impaciente. Nuestro fotógrafo se apresuró nervioso con mi cámara en la mano.

Cuando terminó la sesión de fotos noté que Johanna nos miraba ya con sus lentes de sol puestos.

NUEVE

Nos agarramos una de las mesas del comedor para sentarnos todos juntos. Después de andar por el bosque sobre piedrotas del tamaño de nuestros cuerpos y meternos a tomar agua helada del río estábamos desesperados por llenar nuestros platos hasta los bordes. Había de todo y estaba presentado al estilo tenedor libre empezando por todos los fiambres: jamón, queso, mortadela, salame, jamón crudo; luego había ensaladas de las cuales yo no toqué ninguna y no pensaba hacerlo, la rusa tipo navidad, de tomate con lechuga y limas, de zanahorias, y de otras cosas que no podía identificar. Un apartado de bandejas de acero con pasta y compoteras de tuco y salsa blanca, pan, huevos, milanesas fritas, milanesas de berenjena para los mañeros, arroz, y más. Poco me preocupé por mi digestión esos días, mezclé cosas que no solía mezclar en casa y me atraganté como quise. No había venido a Bariloche para comer lechuga y tomate.

Estábamos animados porque ahora sí empezaba el Bariloche en todo su esplendor. Ya teníamos la ropa y pensábamos en cuando nos tocaría salir a esquiar. En cualquier momento nos tenían que dar las pulseras magnéticas para reportar nuestra posición en la máquina que había en la puerta del hotel.

Federico estaba al lado mío con un plato lleno de mitades de huevo duro y fetas de jamón enrollado. Hablábamos del viaje de egresados de unos chicos de otro colegio que ya lo habían tenido un par de meses antes. Chicos que Valentino conocía bien y que se habían ido con otra empresa. Comparábamos las diferencias que hasta ahora habíamos encontrado. Todos decepcionados por la ausencia de la PS3 a bordo que se nos había prometido para vendernos el viaje.

Federico se empezó a llenar la boca de huevos uno atrás de otro hasta que no pudo cerrar la boca; lo vimos hacerlo mientras hablábamos sin prestarle mucha atención, pero cuando ya tubo suficientes y quedó empacado nos reímos. Qué boludez estaba queriendo experimentar no sabía, pero me reí y le dije que así también le iba a caber un pito. Federico puso los ojos en blanco entonces e hizo ruidos con la garganta escupiendo pedazos blancos y amarillos de clara y yema sobre el plato. No podía estar sin alterar el orden.

Se podría decir que teníamos una cocina en nuestro cuarto, pero en realidad era solo una mesada chica con una pileta de lavar platos. Federico tomaba mucha agua de ahí en un vaso grande de plástico que se había traído él mismo. Era rojo traslúcido como un regalo de McDonald's o algo así. Todo lo que no tomaba durante el almuerzo lo acumulaba en forma de agua fría en dos o tres llenadas al vaso rojo. Después abría la ventana de la cocina que daba a las otras, las de hotel, y sacaba la cabeza para fumar. Ese día me sorprendió que entablara una conversación con alguien más que al parecer había coincidido en asomarse por su propia ventana. Yo estaba tirado boca abajo en mi cama tratando de hacer una siesta, Valentino estaba en el baño y los otros tres estaban enganchados viendo La Milla Verde por la tele.

—Más lejos —iba diciendo Fede, con esa voz áspera y proyectada ideal para hablar por las ventanas— tenés dos o tres horas de viaje para llegar —hacía ademanes con el brazo del cigarrillo. Levanté un poco la cabeza de la almohada para verlo. Una de sus piernas sostenía el peso del cuerpo, la otra se movía sobre la punta del pie. Tenía las zapatillas de skater que llevaba al colegio. Si no había que salir se dejaba esas que estaban viejas y sucias.

—Mi hermano mayor había ido ¿viste? Porque yo tengo un hermano que tiene mujer, hijos, todo... —decía la otra voz; se escuchaba más bajo, pero adiviné que tenía acento formoseño. Era una voz de chico. Después dijo otras cosas que no cacé, incluso creo que se sumaron otras voces, como si sus compañeros de cuarto lo hubieran encontrado hablando por la ventana y se hubieran entusiasmado.

Por alguna razón me dieron celos. Federico Rada estaba fumando solo y hablando con otras personas teniéndome a mí. Y si incluso faltara yo estarían sus otros amigos.

—Fede —me acerqué y lo pateé para que atendiera.

—¿Qué?

—Vení, quiero comprar escabio.

DIEZ

Como habíamos tenido la mayor parte del día libre solo pudimos estar al pedo varias horas esperando a que se hiciera de noche para la fiesta. Suponía que los demás días no iban a ser así, que las excursiones que se venían nos iban a sacar mucho más tiempo. Escabio había suficiente ya, pero igual yo venía con bastante plata para todo incluyendo tanto chocolate como quisiera para llevar a mi casa. Para cuando volvimos con Federico al hotel ya había anochecido y las luces de la pequeña ciudad de Bariloche estaban encendidas.

Aparecimos escondiendo las botellas pesadas en la ropa porque era sabido que técnicamente estaba prohibido tomar y drogarse en el hotel, aunque todos sabíamos que eso no se nos lo podía prohibir como tal, porque era la esencia de la fiesta. Las excursiones eran la excusa, pero el asunto se armaba a la noche. El verdadero asunto.

El hall del hotel no dejaba de llamarme la atención. Había unas mamparas de vidrio más altas que nosotros separando secciones con sillones de uno y dos cuerpos alrededor de mesas ratonas, como pequeños livings. La recepción siempre estaba atendida por algún empleado sonriente que se deshacía en amabilidad a nuestro completo servicio. En una esquina había una mesa con consolas de DJ desconectadas que seguro eran para el After. Hay que decir que ese día no podía quedarme a un costado por causa de la confusión y los desencuentros, tenía que salir a bailar, tenía que chapar a lo loco y tocar muslos y tetas si la situación lo permitía. Federico también estaba entusiasmado y enérgico y eso me ponía de buen humor.

El olor a comida caliente ya se dejaba olfatear desde el hall. Lo dejamos atrás saboreando la cena de antemano. Yo esperaba que cambiaran el menú de una vez; suponía que no se iba a tratar esto de comerse lo que iba quedando hasta el último de los días acá.

—Eh, se quedaron sin pulsera boludines —dijo Valentino apenas entramos al cuarto— Mirá wacho —exhibió su pulsera magnética de plástico con los nombres de todas las discotecas impresos.

— ¿Podemos ir a buscarla todavía, no? —pregunté.

—Tienen que ir —remarcó Macu— Ahí le dije al coordinador que los marcara en la lista. No pueden salir sin la pulsera.

— ¿Te copa ir a traerlas? —me dijo Federico.

—No, no, es que tienen que ir los dos —Dijo Macu— porque te la ponen y no te la podés sacar —Nos mostró su muñeca pálida para que viéramos que la pulsera iba con un broche fijo.

Dejamos otra vez el cuarto y fuimos al ascensor para no repetir la escalera. De una de las habitaciones de nuestro pasillo ya se estaba escuchando música fuerte, tenía todas las ganas de revivir lo que había pasado la noche anterior, pero esta vez participar de lleno y no quedarme atrás, y esperaba que Federico hiciera lo mismo. Justo cuando entramos al ascensor una mano grande llena de venas detuvo la puerta antes de que se cerrara.

— ¿Compas no tienen seda? —nos preguntó un pibe desconocido que asomó medio cuerpo hacia nosotros. Ese tenía que ser rugbier por la altura y los brazos de tronco que manejaba.

—Tengo, tengo —dijo Federico y sacó un papelillo de la campera. El asunto de fumar faso siempre generaba una solidaridad pocas veces discutible por más desconocida que fuera una persona.

— ¿Qué hacías con los huevos en la boca? —se atrevió a preguntar el chico.

Federico se sonrió enseguida. No había que aclararle nada.

—Me estaba ahogando —dijo— casi me muero. Qué onda, había que llamar a un médico.

Nos reímos. Los pibes pegamos onda con pocas palabras. Uno o dos chistes, un cumplido o un intercambio y ya somos amigos.

—Tomás me llamo —dijo soltando la puerta— estoy en el ciento diez por si se quieren dar una vuelta.

Su figura corpulenta desapareció tras las hojas de metal a medio guiñar el ojo. Federico y yo nos miramos.

—Ya tenemos jodita —le dije.

—Ni dijo gracias el boludo —Contestó Federico serio.

—Bue, nos invitó al cuarto —Le agarré un brazo y se lo zarandeeé.

A continuación él me agarró del cuello del buzo y me puso la capucha a la fuerza diciendo «*Hay que decir gracias*» mientras me pegaba puñetazos en el estómago de mentira. Nos debatimos unos instantes agarrándonos y zafándonos del otro hasta que se abrió la puerta. Aparecimos en el hall, despeinados y con la ropa torcida y el olor a rabas y milanesas fritas nos

agarró desprevenidos y nos hizo detenernos sin advertirlo. Enseguida vimos a dos de los coordinadores en uno de los livings hablando y chequeando sus planillas. También estaba junto a ellos el fotógrafo de la excursión y a su lado una mesita con todas nuestras fotos junto al perrote San Bernardo. Lamenté no haber bajado con plata porque si no las hubiera comprado en el momento.

—Bueno, me dicen sus nombres... —dijo el pibe ese cuyo nombre nunca me acordaba. Quizá porque no me cerraba su personalidad o quizá porque tenía un nombre muy común. Sea cual fuera el caso, había que recalcar que los coordinadores se volvían mucho más serios y aburridos cuando no estaban trabajando en animarnos. Es decir, en situaciones administrativas como esa. Quizá también estaban demasiado cansados.

—Rubén Manoja —dijo Federico.

El coordinador levantó la cabeza de la planilla con desconfianza.

—Posta me llamo Rubén Manoja —sonrió mostrando los colmillos.

—Manoja, el primero que te coja —improvisó el pibe, y mierda que lo hizo bien.

—Rada —dijo Federico después de una risa nasal y se apoyó en el hombro del coordinador— Federico Rada.

—Rada, el que se comió la ensalada —dijo el pibe divertido.

—El que te pegó una patada, está mejor —añadió el otro coordinador que era mayor. Creo que se llamaba Mauricio y prefiero dejarlo así.

Después yo le dije mi nombre sin tantas vueltas y fui anotado. Tendimos las manos y nos abrocharon las pulseras de plástico. Estaban buenas. Eran rígidas y brillantes de color naranja. Yo sospechaba que brillaban con la luz negra del boliche y ya lo iba a poder comprobar.

—¿Con esto te podés bañar? —preguntó Federico.

—No, a partir de ahora no te bañás más. No vas a ponerla más de lo sucio —dijo ese tal Mauricio.

—Yo la pongo igual sabés qué...

—Vamos, a vestirse los dos que hay que bajar a cenar —Nos echó el otro aporreando a Federico con su montón de papeles. Ya me parecía que habíamos interrumpido una conversación privada entre esos dos justo cuando nos habíamos acercado.

ONCE

Era la fiesta de colores o algo así. Por ahí había escuchado que se llamaba fiesta ochentosa o fiesta de los ochenta. Como fuere había que ir de colores llamativos. Los varones no íbamos a participar de eso con mucho esmero; nuestros guardarropas eran limitados y no traíamos nada en especial. Supuse que bastaba con ponerse la camisa más llamativa que tuviéramos. En mi caso me puse una verde con cuadriculado blanco y marrón. Literalmente habíamos cenado como hijos de puta. Valentino en especial, Federico también y en definitiva yo igual. El más moderado en ello era Nelson que era moderado en todo. Incluso había sido el primero que decía en voz alta que no estaba tan interesado en perder su virginidad en ese viaje, se lo tomaba con una calma que yo le envidiaba.

Sobre la mesa de nuestro cuarto habíamos ido juntando todas nuestras botellas: había Frizeé de todos los colores, Smirnoff, Dr.Lemon, Fernet, Campari, Gancia, vino en caja y gaseosa para mezclar. Parecíamos una barra y de hecho un poco de eso se trataba, de juntar la joda del pasillo en nuestro cuarto. Macu ya había estado haciendo sociales como le era tan natural y había chicas de otros colegios que se iban a pasar por donde nosotros. Aun así todavía no habíamos abierto la puerta y nos ocupábamos en bañarnos, perfumarnos en exceso y cambiarnos.

Yo ya había empezado a tomar en ese momento. Con Amílcar habíamos abierto el Gancia y al principio era todo vasos y falsa moderación. Al rato ya me había subido ese ligero mareo a la cabeza. Lo extrañaba y me hacía sentir tranquilo, justo en el lugar donde quería. Me tiré a la cama mientras hablaba con todos a través de la pared que separaba nuestras camas. Yo ya estaba listo y por eso me había aburrido y empezado a tomar; me sorprendía lo mucho que podían llegar a tardar en ponerse una simple camisa y un pantalón de jean ajustado. Valentino todavía estaba desnudo buscando no sé qué. Macu le advirtió que por nuestras cortinas abiertas podían verlo pasar en bolas desde otras ventanas, pero no le importó.

En un momento lo tuve a Federico a mi lado rebuscando en su valija, en su desorden ajeno. Porque hasta todo ese montón de ropa esparcida parecía no

pertenecerle, o él mismo se veía alienado de ella. Los pocos objetos de Federico que no se me hacían ajenos a él eran los que llevaba encima siempre, como su encendedor y los cigarrillos. Lo estuve mirando mientras hacía lo suyo. Tenía puesto un bóxer blanco con el borde Calvin Klein plateado; siempre usaba de esos creo, cada vez que recordaba que le hubiera asomado el calzoncillo resultaba ser un bóxer blanco. Su cuerpo era semi flácido, pero flaco en sí; de torso lampiño con apenas una raya de vello insinuada desde abajo del ombligo hasta el pubis. En general tenía esa grasa que no es excesiva pero oculta el musculo de los brazos y suaviza las marcas del abdomen; alguien propenso a engordar si se descuidara a partir de los treinta según pienso. Luego estaba su pelo negro como se cortaba ese año con forma de hongo, ojeras oscuras y una nariz apenas proyectada hacia abajo que se hacía evidente cuando se reía. Yo me lo conocía de memoria, como si fuese mi hermano; desde los lunares que pasaban desapercibidos hasta esos puntos rojos dispersos en la piel que aparecen y desaparecen como picaduras.

Al final quedó parecido a mí. No basábamos un poco en el otro para ser sinceros, sabíamos que era seguro de esa forma. En vez de verde a cuadros blanco y marrón, su camisa era azul a cuadros más azules, o esa combinación de líneas que de lejos no se distingue que color es. Eso y un jean azul oscuro eran suficientes. De igual forma más avanzada la noche se sacaría la camisa para quedarse con una remera verde agua de cuello en V.

Nuestra puerta se abrió y cuando Valentino pudo conectar la música y ponerla al mango quedó inaugurada nuestra joda. Agarré a Federico y lo saqué afuera porque quería ir a la joda de ese tal Tomás que nos había guiñado el ojo. No era por ser chupaculos pero tenía ganas de alejarme de los mismos de siempre que ofrecía el colegio y adentrarme en el mar de cuerpos desconocidos, alcohol y drogas ajenas. La previa entonces lanzó a un montón de chicos y chicas a los pasillos en todas las plantas del hotel y nosotros fuimos directo a la habitación ciento diez.

Otra vez el piso flotó debajo de mis pies por todos los tragos que le había ido sumando al Gancia inaugural de mi pedo. La habitación ciento diez tenía unos parlantes de estudio y un DJ improvisado que tocaba con una mesa de mezclas portátil y su computadora. Tenían calidad, aire fresco y cosas que pegaban más fuerte dando vueltas de mano en mano y en el fondo de las jarras y botellas. Daba la impresión de ser un cuarto más grande quizá por tener otra ubicación respecto del hotel o tal vez por el orden de los muebles, fuera uno a saber. Saludamos, chochamos puños y apretamos manos

masculinas, besamos mejillas suaves de chicas y nos presentamos para que nos conocieran, porque tenían que conocernos, y nosotros a ellos. Era evidente lo fácil que se podían tender amistades y hermandades esa semana; todos estaban más abiertos que nunca, más dispuestos a intercambiar. Eran cuerpos queriendo besar, probar, tocar, degustar y morder. Podía verlo en cada uno, en su forma de moverse y de llevar la ropa puesta, podía verlo especialmente en Federico, en el deseo incrustado en sus ojos. No estuvo conforme, sin embargo hasta que aparecieron dos de las nuestras a saludar; porque eso era lo que le interesaba —Todo lo contrario a mí— las nuestras, las chicas de la casa, las conocidas.

El tiempo de la previa era breve; una hora más o menos y después ya salíamos a la fiesta en todo su esplendor. Pero era necesaria porque los boliches no le vendían alcohol a menores de edad, y era imprescindible estar borracho una vez en la disco. Y así fue entonces que salimos cantando a viva voz una de esas canciones que habíamos inventado en la primera excursión que decía «*Dos mil trece que lindo te veo...*» y luego un juego de rimas que cada tanto iba a recordar años después.

Federico y yo nos matamos de la risa en el micro a By Pass. No sé qué tenía de divertido todo que cualquier cosa nos podía hacer estallar en carcajadas. Las cosas se curvaban y bailaban de formas inexplicables ante mis ojos. Todo tenía un fluir líquido y ligero que desinhibía no solo la conversación sino los pensamientos en sí. Cuando bajamos del micro una ráfaga de viento helado se sintió tan refrescante y placentera que olvidé lo contradictorio de haber salido a la excursión envuelto en una campera de nieve y ahora estar en camisa contra la piel sin sufrir lo más mínimo el frío. Entonces By Pass estaba ahí abierta de par en par para nosotros. Después de hacer una fila por unos breves minutos, entramos a un túnel de luces azules espléndidas que nos condujo al corazón de la discoteca.

DOCE

Tantas caras fui procesando, caras que olvidaría al poco tiempo, detalles que no podría recordar al mes siguiente. Todo estimulante, todo rápido y penetrante. Las gruesas columnas romanas alrededor de la pista de baile me iban a orientar para saber a dónde había caído a bailar los días posteriores, donde estaría más confundido aun. Las columnas de By Pass, sí, me iba a acordar de ese lugar. Con Federico empezamos a dar vueltas porque queríamos conocer todo el lugar antes de ponernos en situación como tal. Estábamos más locos que de costumbre y las luces parpadeantes y el humo casual de la máquina potenciaban nuestra locura. Por ser temprano todavía no había mucha gente; el centro de la pista estaba semi vacío, con mucho espacio para verse uno sus propios pies. No queríamos ponernos a bailar todavía, aunque teníamos ganas porque la simple bienvenida que te daba ese lugar era estimulante.

Sonaba la voz de Farruko por toda la discoteca con su «*Me gusta salir de noche... siempre me acuesto bien tarde...*» y con Federico cantamos porque nos sabíamos esa y muchas más. Después enfilamos para el baño porque el alcohol daba ganas de hacer pis todo el tiempo.

— *¡Vamo' allá, vamo' a darle con el tolque!* —Gritamos a coro con Farruko y cuando entramos en el baño los bajos se vieron ahogados de repente.

Después de vaciar la vejiga pasaron dos cosas en simultáneo; una fue que la pista apareció ante mi completamente llena y los lados de la discoteca también. Pensando en ello creo que hubo un lapso de tiempo entre que salimos del baño y encontré la pista repleta que se borró de mi memoria. Lo segundo que pasó, y quizá lo primero fue a causa de ello, fue que algo debió haber ascendido de mi estómago a mi cerebro, o de mi sangre a mi conciencia —o inconciencia— algo indescriptible que se encargó de multiplicar todos los efectos mareabundos que venía sintiendo. Entonces perdí a Federico entre los cuerpos y las luces y me perdí a mí mismo porque hice tal recorrido a la

discoteca que si hubiera dejado una línea roja trazada en el aire se habría descubierto como un disparate.

Lo gracioso es que en realidad no perdí a Federico por demasiado tiempo, porque al rato lo encontré bailando justo en el centro de la pista rodeado de nuestros amigos. Tenía la camisa atada a la cintura y su remera verde agua con el cuello empapado. Yo también debía estar empapado en sudor, de hecho me di cuenta de eso una vez en el hotel. La música ochentera había empezado a sonar: todos temas clásicos, de los cuales no sabía el nombre de muchos, los que eran en inglés, pero si los tenía de oído. Hubo explosiones de papel picado desde morteros, ataques de humo más espeso que al principio y la luz blanca que cada tanto ametrallaba volviendo todos nuestros rostros visibles por segundos. El piso de By Pass vibraba, mis oídos vibraban también y mi corazón era una maquina sin control.

Por alguna razón no quise pegarme a Federico como hubiera hecho en otra ocasión, sin embargo no dejaba de mirarlo desde cualquier punto del lugar en que me encontrara. Subí a la galería de arriba y la recorrí hasta volver al mismo lugar. Pasé por la cabina de DJs y me quedé asombrado por su forma, para mí, alienígena: se trataba de una cápsula transparente a la que sólo se accedía por medio de una botonera que abría las puertas corredizas. Me colé detrás de alguien que entró, estuve a espaldas del DJ hasta que me vieron y rajaron. Después seguí dando vueltas por arriba, me asomé por las barandas para ver como Federico se besaba con Yasmín contra una columna. Una mirada más cuidadosa y se podía ver su mano por debajo de la falda negra de la chica. Me trajo recuerdos y un sabor raro de boca. Una especie de resentimiento. Federico estaba muy entretenido con alguien más y se había olvidado de su mejor amigo. Y ahí estaba yo que no estaba ligando nada. Ni chape, ni manoseo ni nada.

— ¡Fede! —Grité desde arriba— ¡Fede! —otra vez.

Decir que mi voz era opacada por la música era quedarse corto. Casi se sentía como si no estuviera diciendo nada. Ni siquiera estaba seguro de por qué lo estaba llamando, porque estaba delirando, pero sabía que quería su atención; que dejara de ignorarme. Grité su nombre completo un par de veces y no solo él sino que nadie alrededor se enteró. Entonces resolví bajar porque ya se me estaba haciendo como que habían pasado miles de horas ahí parado y que estaba a punto de quedarme atrapado en mi propio estatismo. Mis manos entonces pasaron por todo tipo de texturas de tela y pieles; me gustaba tocar a todo el mundo mientras los apartaba para abrirme paso. A veces pedía

permiso y a veces solo empujaba, pero siempre tocaba. Camisas, remeras, hombros más altos que yo, hombros más bajos y pequeños; pieles suaves, de chica, cabellos muy lacios. Todos los perfumes estaban en mi cabeza, todos los néctares dulces artificiales. Todo lo escuchaba al mismo tiempo y todo lo sentía.

Cuando llegué al encuentro de Federico estaba sonando Cerati y empezaron a bajar globos lentamente desde la oscuridad del techo. Todos empezamos a cantar a viva voz, yo también porque era emocionante. La cosa no se veía tan sensual de cerca; Yasmín no parecía querer que Fede irrumpiera de esa forma con sus manos, él insistía y ella lo apartaba. Incluso vi volar un sopapo, pero ni él ni ella estaban conscientes del todo como para poder hacerse respetar por el otro. Rodeé el cuello de Federico con el brazo y lo atraje hacia mí sonriendo.

—Acá estoy —le dije al oído.

Él me devolvió el abrazo pero estaba serio, el cachetazo todavía le dolía y estaría tan mareado como yo.

Lo alejé de Yasmín y nos fuimos a bailar con nuestros amigos. Cuando vi que se puso en situación y se distrajo reventando cada globo que le caía encima me encontré con una chica que nunca había visto. Seguramente era de otro hotel. Era morocha y tenía unos labios tan gruesos y húmedos que no iba a irme de ahí sin besarla. Entonces le rogué por un pico aduciendo que era mi última noche ahí —siendo que era común encontrarnos con promociones que ya estaban por el final de su viaje— y en efecto el viejo truco funcionó. La tomé de la barbilla y la besé sin decir nada más. Al rato ya estábamos mordiéndonos la lengua como si nos conociéramos de toda la vida.

TRECE

Todo tiene que pasar de una forma, hay un itinerario para eso, un plan. Eso era Bariloche si uno lo analizaba desde afuera. Federico Rada tenía también su propio itinerario, sus propias cosas que hacer que iban en paralelo a los planes generales. Supongo que por eso terminó en el cuarto de las mismas chicas de nuevo, pero esta vez con Yasmín. No sé cómo llegamos ahí, y digo llegamos porque yo también terminé en el cuarto con Yasmín, porque no podía estar en otra parte. Lo que hiciera Federico era asunto mío y viceversa. Recordaba que Federico me había comentado lo lejos que estaba de violarse a todos nuestros compañeros, lo volvió a repetir antes de que termináramos en pedo y drogados y contó los días en frente mío como si intentara armar un cronograma de cantidad de chicos y chicas por días que quedaban. Cinco por día, cuatro y medio... no tenía sentido. Pero yo no lo escuchaba, no le daba la importancia que quizá hubiese merecido.

Tuvimos el cuarto de las chicas para nosotros durante todo el After. Estábamos agotados, sudorosos y excitados al mismo tiempo. Para mí todo alrededor se deshacía como caramelo cayendo desde la punta de un flan, pero ese viaje psicodélico no me impidió tener una erección y arrimarme a Yasmín con el pantalón abajo. Federico fue más rápido, sin embargo, se sacó la ropa sin que me diera cuenta y no se detuvo en preliminares ni nada que se le pareciera. Yasmín estaba para los dos, en teoría, estaba entregada, estaba confundida, estaba lista, perfecta, a punto. Pero mi amigo se la agarró para él solo, no compartió.

Yo terminé a un lado, no pude hacer nada. No es que Federico me hubiera echado, pero sentí que se estaba llevando toda la atención de la chica, y que jugaba solo. No había forma de meterme, no era el trío que había esperado. Me senté en el suelo con las piernas estiradas y los observé chorrear con esa nueva densidad que todas las cosas habían adquirido. Ni siquiera tuve tiempo de frustrarme porque mi cabeza estaba haciendo la suya por su cuenta.

— ¿Querés pija hija de puta? —Decía Federico mientras se la cogía. Y al principio dijo que sí, al principio gimió y disfrutó. Se dejó agarrar del pelo y zamarrearse. Se dejó dominar, abarcar, manipular.

Eran como dos sujetos en una pintura a la acuarela, que se venían aguados hacia el suelo, que se mezclaban con la cama, con la ropa, tirada a su alrededor. Él era más pálido, ella más morena; sus cuerpos se chocaban como si discutieran, pero uno venía ganando.

—Entonces hacé lo que yo digo —dijo él y repitió— Hace todo lo que te digo— Habló con hilos de aires que aspiraba y gastaba la mayor parte resoplando porque estaba agitado y con la cara y el cuello rojos. Ella dejó de gemir y empezó a gritar. Él la cambió de posición, salió por acá, entró por allá donde le dolió más, donde fue más duro, como una máquina, como mi corazón en ese momento. Era la única razón por la que estaba ahí, no quería sexo, quería violación. No le importaba el sexo; ya había tenido sexo antes de Bariloche, ya sabía de qué se trataba y yo sabía que era aburrido para él, porque no podía evitar pensar que también iba a ser aburrido para mí. Pero eso que él hacía era diferente, era como un dibujo garabateado hasta partir el lápiz, era lo mejor que Federico podía hacer con su cuerpo.

—Pará —gritó ella— ¡pará Fede! —gritó ella que era una cabeza entre pelos revueltos y una masa de piel brillante que trataba de mantener cierta estabilidad haciendo fuerza con las piernas. Pero Federico recién había llegado a lo que quería, yo lo sabía, yo estaba en él de una forma que pocos entenderían y cuando se volteó a verme y guiñarme el ojo me invadió tal felicidad que largué una risa de alivio. Si él lo pasaba bien, yo lo pasaba mejor.

Lo que ni nosotros mismos comprendemos es la magnitud del deseo que manejamos en aquellos momentos. No comprendemos que tenemos ese espacio privado en la cabeza donde cumplimos todas nuestras fantasías una y otra vez. Creemos saber a qué vamos pero en verdad solo conocemos una chispa de lo que somos nosotros mismos. Quizá yo pude entender un poco más qué era lo que quería hacer Federico cuando me habló sobre violar a todo el mundo. Luego de lo que pasó con Yasmín sentí que recién empezaba algo que jamás había vivido, una especie de salto evolutivo de lo que venía siendo mi vida y la suya.

Me desperté en mi cuarto con la garganta agrietada y los ojos como del doble de su tamaño según como los sentía. Me acodé de cuando llegamos al cuarto de las chicas la primera vez « *¿Qué hacés Yasmín?* » fue lo primero que dijo Federico cuando la vió y en ese momento habrá decidido que había que

cogérsela. Después mi cabeza repasó por sí sola el repertorio de canciones que recordaba de la noche ochentera y de los parlantes que detonaron el After una vez en el hotel. Me sentía tan raro como debía sentirse alguien que acaba de perder a su perro bajo las ruedas de un auto. Como si no hubiera nada bueno posible, ninguna sensación de gusto o felicidad dentro de mí; como si se me hubiera gastado la alegría de tanto usarla.

Era justo el momento en que empezaba a hacerse de día pero la luz seguía siendo azul. Yo estaba en mi cama con el torso descubierto y el pecho frío como el de un cadáver. Me sorprendió encontrar a Federico despierto; estaba asomado por la ventana pero no fumaba. Sus calzoncillos blancos de nuevo eran lo único que tenía puesto. Me pareció, incluso, ver que tenía pequeños moretones nuevos en las piernas y brazos, pero todo estaba tan oscuro que no podía tener seguridad. Me incorporé y me quedé mirando su espalda y su respiración. Debía sentir la misma melancolía que yo.

Del otro lado estaba la cama de Valentino con el mismo hundiéndola mientras roncaba. Aprovechaba cualquier ocasión para liberarse de la ropa que tanto parecía oprimirlo, y dormir era una más de ellas. Poco supe de lo que estuvieron haciendo mis amigos durante el After mientras Federico y yo hacíamos de las nuestras con Yasmín. Quizá se habían tirado a dormir temprano y amanecer frescos para la excursión, quizá nos buscaron por todos lados o por ahí alguna de las chicas les dio a entender que estábamos ocupados con Yasmín, porque si nos habían concedido la habitación era porque sabían qué íbamos a hacer allá.

Recién estaba cayendo en que estábamos en Bariloche, en el viaje de nuestras vidas. Las cosas pasaban tan rápido que por un momento temí estar perdiéndome de todo sin darme cuenta. Desde que llegamos todavía no había tenido mucho tiempo de disfrutar con los pibes. Macu, Amílcar, Valentino y Nelson. Los extrañaba, pero también es verdad que sin Federico nada sería de la misma manera. Ahí estaba él mirando por la ventana de la cocina. Debajo de su cabeza, a un par de ventanas hay un techito, o mejor dicho una terraza; alguna habitación aparte del mismo hotel. Sobre este hay amontonadas un montón de botellas de plástico vacías y papeles arrugados que todos fuimos tirando durante estos días y por supuesto los ocupantes anteriores de nuestros cuartos.

CATORCE

Debía ser el año dos mil diez, tendríamos catorce para quince. Federico no estaba sentado conmigo en el aula, estaba justo en el banco de adelante con una chica a la que ya no vimos más. Me acuerdo que mientras la profesora explicaba algo de trigonometría, la mano derecha de mi amigo se deslizaba ávida por los muslos femeninos. Después entraba a descubrir los misterios ocultos debajo de la falda del uniforme. Su torso rígido y su cabeza hacían una cosa, fingían concentrarse en la explicación; ella también fingía lo más que podía. También aguantaba para no gemir. Pero esa mano derecha casi con intención propia hacía la suya, se movía con cierto disimulo pero con firmeza, como si fuera un radar, una máquina con ruedas sobre la tierra de marte juntando muestras para Federico. Supongo que esa fue la primera vez que sentí una sensación que de repente recuperé estando en Bariloche; el percibir que estaba siendo dejado de lado de forma pasiva. Mi amigo me daba la espalda mientras yo veía como metía las manos en su fantasía.

QUINCE

Federico se estaba mandando ese litro de agua que acostumbraba mientras yo y Macu hacíamos un poco de limpieza. Nuestro cuarto se había hecho un desastre en apenas dos días y ahora era una mezcla de ropa tirada, botellas y mugre que había quedado de nuestra previa. A partir de ese momento nunca me iba a recuperar del todo de la borrachera y las drogas; los días consecutivos siempre sería acompañado por una base de mareo que se manifestaría especialmente subiendo alturas. Como si quisiera mantenerla viva me encargué de tomarme los fondos de todas las botellas que habían quedado de anoche, porque no quería que se desperdiciara la bebida, de forma que ya empecé la mañana con sabor y aliento a alcohol.

Observado como cada uno hacía sus cosas con los hábitos que traían de casa me di cuenta de que por primera vez estábamos viviendo solos como adultos, o como lo más cercano a ser adultos que podíamos figurarnos. Nelson que era un enfermo del gimnasio ya se tiraba al suelo a hacer una serie de lagartijas apenas se levantaba de la cama; decía que eso lo despabilaba y que iba en combo con una ducha fría sin importar el clima que hiciera. Macu era el primero en despertarse y se iba al baño a tramitar algo durante más o menos una hora; después estaba Valentino que se quedaba remoloneando lo más posible hasta que había que joderlo un poco para levantarlo y que no se perdiera la excursión, sin embargo tenía una costumbre muy arraigada de hacer la cama antes de salir del cuarto. Amílcar se cepillaba los dientes afuera del baño dando vueltas por el cuarto mientras hacía otras cosas, compartía esa inquietud con Nelson de no poder quedarse quieto. Federico con el vasote de agua entre sus dedos toscos y truncan y yo que no podía cerrar la puerta del baño del todo porque sentía que me iba a perder de algo. Todos en alguna medida tuvimos que adoptar cierta responsabilidad a lo largo de esos días.

Hoy nos tocaba la tirolesa o canopi como me gustaba pensar, que en realidad era una excursión ms completa con varias actividades, pero esta era la más atractiva y la que me había llamado la atención desde los primeros folletos de la empresa. Se trataba de un día de competencias entre colegios que compartíamos hotel así que estaba entusiasmado por demás, no hacía

falta decirlo. Desayunamos a primera hora y salimos más temprano para estar listos en el micro que nos llevaba al bosque. Otra vez todo el mundo estaba adormecido y con resaca. No faltaban los lentes de sol, las botellitas de agua y las capuchas, bufandas y gorras ocultando lo más posible las caras arruinadas. Federico estaba cansado e incluso parecía perturbado o melancólico, difícil saber. Las mañanas; el día en sí lo tomaban por donde le dolía, parecía que no tenía ganas de hacer nada, ni siquiera de hablar. Apenas estuvimos en el micro me enredó en sus auriculares y se durmió con el lo-fi house sonando.

Yo no quise dormirme; el paisaje de afuera estaba bonito y ameritaba un par de fotos a través de la ventana. En un momento me desprendí del auricular con delicadeza para no despertar a mi amigo y me arrodille en el asiento para ver a los demás. Inmediatamente detrás nuestro Macu y Nelson dormían el primero con la cabeza contra la ventanilla y el segundo sobre el hombro de este, mucho más al fondo donde no podía precisar bien se oía un murmullo discreto. Esa vulnerabilidad del sueño era muy diferente a lo que se podía ver de noche en las previas, en la disco en sí o en el After. Todos, incluyéndome a mí, estábamos agotados. Debo haberme distraído mirando como el paisaje iba quedando atrás por la ventanilla del fondo que me tomo por sorpresa una palmada en la mejilla de parte de Nelson. Se había despertado.

— ¿Así que ya la pusiste eh? —dijo con suma tranquilidad usando solo los bajos de la voz para generar confianza. Tenía la voz más gruesa del curso.

Me sonrojé, estoy seguro, debía haberme puesto rojo. Sin embargo después me vino la frustración para la cual no hay color; yo no había hecho nada.

—Este —dije e indiqué con la cabeza a Federico.

—Es un zafado ese —dijo Nelson mirándolo a través del asiento— con razón está cansado.

Nos reímos. Nelson se desperezó y pateó el asiento de Federico sin querer, pero este ni se enteró.

— ¿Y vos por dónde andabas entonces? —Dijo— Wacho me olvide de ponerme desodorante ¿No tendrás uno acá?

Abrí mi mochila y le pasé mi Dufour. Se metió la lata por debajo de la campera y se echó en cada axila.

—Estuve ahí dentro, con Fede mientras...

Nelson abrió los ojos grandes.

— ¿Y entonces cómo...?

—Después te cuento —le guiñé el ojo y recibí el desodorante de vuelta.

—Dale, quiero saber —protestó Nelson.

—Dormí y después te cuento.

—Hijo de puta —dijo con una sonrisa pícaro, no era el “hijo de puta” en serio, sino el que se interpreta como “atrevido, travieso” en fin, “hijo de puta”.

—Dale dormí —lancé el brazo por arriba de mi respaldo y le di un empujón en el pecho para que se recostara— Tengo que hacer un trámite —dije y me incorporé y pasé por arriba de Federico para salir al pasillo del micro.

Nelson me siguió con la mirada pese a mis órdenes de que se pusiera a dormir y dejara de joder con su curiosidad. Me fui agarrando de los respaldos y llegué hasta uno de los penúltimos asientos, donde estaba Yasmín con Paola, su mejor amiga. Apenas me vieron aparecer, Yasmín apartó la mirada y se tapó la cara con una mano como si yo fuese algo obsceno, Paola me miró desde abajo con esos ojos de dardo que tanto me divertía que usara. Si me reconocía como chico malo digno de una mirada severa o de advertencia yo era feliz; esa era la forma en que ella me gustaba, si me preguntaban.

—Ay no... —dijo Yasmín— con la mano en la mejilla. Debía estar muy avergonzada. Me pregunté qué tanto sabría su amiga de lo que había pasado.

— ¿Qué onda el dúo dinámico? —dije.

—Si supieras el nivel de resaca que tengo en estos momentos, ni siquiera te habrías levantado de tu lugar —dijo Paola entrecerrando los ojos como si le doliera la cabeza— Y no sabés, claramente no sabés. Lo que si sabés es que cuando me levantan a las seis y media de la mañana soy peor que una... no sé... Yasmi ayudáme...

—Sos una lagartija —le dije— porque sos fea.

— ¡Fea tu... vieja! —dijo y entre esa pausa me dio con la punta del borcego en la pierna. Y lo hizo fuerte.

Ahugué un grito y exageré mi expresión de dolor.

—Qué puta —dije y le tiré un mantazo para moverle su gorrito de lana rosa. Es lo que hubiera hecho Federico y yo era de forma indiscutible su piloto automático cuando él estaba durmiendo o desaparecido.

Paola me apartó con una piña en la panza.

— ¿Qué querés? salí de acá de una vez.

—Quiero hablar con Yasmín. Por favor, dejame tu asiento —le supliqué juntando las manos haciéndome el buenito.

—Yasmín no quiere hablar con vos, ¡*Shoo!* ¡*Huira!*—me señaló que me fuera— o te saco cagando, bebé.

Me divertía tanto pelear con Paola, tanto que cada vez que nos encontrábamos quería romper algún límite con ella. Quizá algún día nuestra discusión terminaría en sacarnos la ropa, pero no podía estar seguro.

—Entonces me voy a sentar igual dije —Acto seguido lancé todo mi cuerpo sobre Paola para sentarme sobre sus piernas. Esta protestó y me llenó de golpes la espalda con sus pequeños puños y seguro hicimos despertar a varios compañeros. Lo único que quería en definitiva era estar al lado de Yasmín. Una parte de mí quería saber si estaba bien, si se sentía bien después de lo que había pasado con nosotros, qué pensaba o cómo sería nuestra relación a partir de ese momento. Y la otra parte solo quería estar ahí para incomodarla.

DIECISÉIS

No le pidan a Federico que se prenda a nada siendo demasiado temprano. No es lo que se llama el alma de la fiesta, sino que es más bien una de las tantas clasificaciones intermedias entre chicos de la escuela que no suelen tenerse en cuenta. Macu entraría más en esa primera categoría, porque tiene como un dispositivo interno que se activa ante la menor posibilidad de mover el culo; llámese fiesta, actividad recreativa, propuesta, dinámica, juego, competencia. Si vamos a ponerlos en un mismo ejemplo, Macu sería el que sale a correr la carrera de velocidad y Federico el que le grita “¡Corré hijo de puta!” hasta que se le va la voz. Macu tiene que quedar bien, tiene que verse bien, tiene que *estar* bien. Sólo le falta un relámpago Colgate en los dientes cada vez que sonríe. Federico en cambio hace sus propias reglas y vive de acuerdo a ellas, no le importa tanto lo que piensen de él. De alguna forma ambos son queridos e importantes en el curso; son tenidos en cuenta, y los primeros que sostenemos esa base invisible somos sus amigos más cercanos; porque sin amigos cualquiera está perdido en la secundaria.

Si el lugar ese tenía nombre no me lo acuerdo, ese es el tipo de información que cuando te lo dice un guía o un coordinador te entra por un oído y te sale por el otro. Entramos a un bosque de pinos —creo que eran pinos— o algún tipo de árboles altísimos y de tronco muy grueso que no dejaban mucha chance de que algo creciera alrededor. Me acordé de cuando éramos chicos y asistíamos a los cumpleaños para someternos a las actividades de algún adulto con o sin imaginación, pero esta era la versión de pago —figurativa y literalmente— de forma que sí que nos íbamos a divertir de enserio.

Fueron propuestas toda una serie de competencias que iban desde el famoso palo enjabonado hasta un partido de fútbol y boludeces grupales como carreritas y embocar cosas dentro de otras. No en todos los juegos íbamos a participar todos, porque éramos demasiados, pero sí un representante de nuestro equipo. El nuestro no fue Macu, no, aunque podría haber sido él tranquilamente. Elegimos a Álvaro porque era insoportable, payaso —curioso elemento compartido con Federico— y tenía abdominales

en forma de adoquín que todo el mundo conocía por su insistencia en sacarse la remera en cualquier situación lo ameritara o no. Macu era muy serio para llevar a cabo el papel de un delegado que también nos tenía que hacer reír humillándose a sí mismo en cada juego, o eso pienso yo. Luego nuestra líder femenina fue Sol que tenía un verdadero cuerpo de atleta por combinar hockey con tae-kwon-do y alguna otra destreza más. Era bonita, tenía sentido del humor. Bariloche era un lugar para ser uno mismo, y si se era mejor que los demás, entonces quizá se ligara un premio por eso.

Cuando llegamos a la tirolesa ya estábamos todos animados y activados, también teníamos mucha hambre pero no íbamos a comer ahí. La espera hasta que cada uno se tirara de un árbol deslizándose sobre una correa de acero sabía hacerse sentir. Había toda una serie de postas donde nos esperaban gentes muy cualificadas que hacían todo en pocos movimientos certeros; desde ajustarnos todo el arnés, hasta pasarnos de un sistema de correas a otro cambiando nuestras poleas. Un rato antes de que me tocara subirme se acercó Federico a mí y me pidió que le subiera la espalda de la campera. Eso hice.

—Toda, boludo —Me indicó que le levantara el buzo y la remera también. Ahí entendí el asunto, tenía la espalda pálida llena de finos arañazos rojos, como si se hubiera caído por un terraplén de ramas y plantas filosas. Pero claro, no se trataba de nada de eso.

— ¿Te duele?

—Nah —dijo.

Nos sonreímos y le di un par de palmadas fuertes sobre las heridas. Era los rasguños de Yasmín.

DIECISIETE

A Federico Rada le encantaba la música electrónica “seria” como él decía, por eso estaba en parte decepcionado con las discos que eran puro latino y rave barata, pero tampoco se podía esperar otra cosa y él lo sabía. Pocas veces, hay que decir, se lo veía tan en paz consigo mismo como cuando bailaba música electrónica. Ya estábamos en nuestro cuarto otra vez y era muy temprano todavía, íbamos a tener la tarde libre para visitar el centro de la ciudad o hacer lo que quisiéramos. Federico había conectado los parlantes y sonaba su lo-fi house y mientras cada uno hacía la suya él bailaba en medio del cuarto con los ojos cerrados como si se estuviera inventando su propia fiesta en la cabeza. Yo salí de bañarme con una toalla en la cintura y me encontré a todos bastante animados. Afuera soplaba un viento fuerte que levantaba ráfagas cada tanto y hacía volar hojas secas contra la ventana.

—Che salimos ¿no? —dije.

—Si de una, los pibes de allá también van —dijo Valentino refiriéndose a los chicos del cuarto de Álvaro— creo que vamos todos.

— ¿A dónde vamos todos? —Federico interrumpió su baile— A comprar merluza vas vos Valentino, si sos más merquero que cobani.

—Dele ponéte la ropa gil —le dije a Federico y lo agarré del brazo— no quiero salir tarde.

—Ya voy —dijo y al final se tomó su tiempo.

Salimos envueltos en las camperas de nieve y después de un rato subiendo la calle empinada para ir al centro, Federico dijo que quería ir a ver el lago. Discutimos un momento entre todos porque el plan era ir al centro, sacar fotos, comprar chocolate o lo que fuera.

—Dale no sean mala onda, esto es Bariloche bobos —dijo mi amigo.

—No vos no seas bobo ¿por qué querés hacer cambio de planes ahora? Si ni siquiera querías ir al principio —Valentino se calentaba con facilidad, en especial con Federico.

—Bueno paren un poco —intervino Amílcar— si estamos en Bariloche se supone que tenemos que pasarla bien, loco.

—Por eso, yo quiero ir al lago y el perejil este no quiere nomás porque no puede bajar de vuelta.

—No es eso, boludo —dije yo— es que estamos más cerca de allá que del lago ahora. Después vamos, o sino mañana.

—Bueno voy yo solo, chau, nos vimos —se dio media vuelta y empezó a bajar la calle con las manos enterradas en los bolsillos.

— ¡Dale! ¿Por qué mierda tiene que ser tan caprichoso? —Valentino gritó al cielo aflautando la voz.

—Caprichosa tu vieja, gordo empanada —se le escuchó decir a Federico.

— ¡Pará Fede! —le grité pero siguió caminando.

—Déjenlo —dijo Macu— que vaya si quiere.

—Yo voy con él —ni lo pensé— ustedes vayan tranqui que después los alcanzamos.

No estuvieron contentos como tal, pero los convencí y después salí al trote calle abajo hasta alcanzar a mi amigo.

—Sos tonto ¿eh?

Federico me miró con una sonrisa.

—Cómo te quiero hermanito, siempre del lado que tiene que ser —me rodeó con el brazo y caminamos juntos— Esto no se repite dos veces, hay que aprovecharlo todo ahora.

—Ir al centro con tus amigos es también disfrutarlo

—Con el gordo ese no me junto más, olvidate.

—Nah no digas estupideces —dije— si ya sabés como es, y él sabe cómo sos. No nos vamos a separar por una boludez como ésta.

Y cuando dije eso se generó un silencio que me dejó adivinar que Federico ya venía con poca paciencia desde antes, y era como si en ese viaje se hubiera mantenido especialmente distanciado de su grupo de amigos.

—Te pasa algo a vos... —dije.

Me miró a través de sus anteojos de sol.

—No llegué a cogerme a nadie...

Me molestaba que saliera con cualquiera cuando yo le estaba hablando en serio.

—Dale, ya le rompiste el culo a Yasmín ¿qué más querés?

—Ya sabés qué quiero.

Bajamos hasta una calle que se llamaba O'Connor y atravesamos un bulevar con hileras de árboles, después cruzamos otra calle más angosta y el terreno bajaba de repente. Había unas escaleras de cemento que nos

condujeron a un lugar lleno de escombros. Era una suerte de plaza abandonada en muy mal estado que varios años más tarde sabría que convertirían en un skate-park. Nos arrimamos entonces contra un muro bajito de ladrillo y nos sentamos a mirar el lago.

—Tengo sed —dijo Federico.

—No traje nada...

—No importa.

Sacó su kit de faso y se puso a recortar unas flores con su tijerita. Esos eran los objetos que no había duda que le pertenecían a él; la tijera llena de liquid paper en el mango y el filo, una lata que se abría al medio donde guardaba las flores, su encendedor que siempre parecía el mismo pero que por ahí llevaba por cábala comprarse el mismo color y los papelillos. Con manos hábiles llenas de cascaritas arrancadas armó el cigarro y fumamos un poco. Después se levantó y me dejó con el porro en la mano.

—Tremenda sed tengo... —dijo y enfiló para el lago. Era cuestión de bajar de la plaza de escombros y llegar a la playita angosta que nos separaba del lago Nahuel Huapi. Yo agarré todas sus cosas lo más rápido que pude para seguirlo; cerré la lata con lo que quedaba de las flores, agarré la tijera y el encendedor y me puse todo en el bolsillo mientras le seguía dando pitadas al fasito. Para cuando terminé Federico se estaba sacando las zapatillas y las medias.

—Te vas a congelar los pies —le advertí mientras iba hacia él.

—Al agua pato —dijo y se sacó la campera y la tiró al suelo.

Baje una escalera y después trepé un par de rocas con torpeza para llegar a la playita de arena húmeda. Era muy angosta y en su mayoría piedrotas apiladas y matas de yuyos secos; cuando miré hacia atrás entendí que quizá ese sitio abandonado más que una plaza debía ser el terreno que quedó de alguna demolición. Federico se siguió sacando la ropa.

—Si querés te compro un agua mineral...

Ni me respondió, se bajó los pantalones y entró caminando en calzoncillos. El agua del lago le fue subiendo por las piernas mientras trataba de pisar sin resbalarse.

—Ah... está helada wacho —se quejó y siguió entrando hasta que el agua le subió por encima del ombligo, para esto ya se había alejado un par de metros. Yo miré a todos lados a ver si había alguien en el radar que pudiera reprendernos, pero el lugar estaba desierto.

— ¡Salí que te vas a morir! —le grité.

Federico se volvió hacia mí y escuché sus quejidos por el frío del agua. Aun así zambulló la cabeza y la sacó de un tirón salpicando un reguero de agua que formó una curva en el aire.

— ¡Está que congela la puta madre...! —se frotó la cara varias veces y se volvió a zambullir.

DIECIOCHO

La noche llegó y nunca nos habíamos encontrado con nuestros amigos hasta llegar al cuarto. Federico se había entretenido nadando y congelándose al mismo tiempo y después quedó tan frío que tuve que llevarlo al hotel mientras temblaba para que se secara bien, aun así no parecía haberse arrepentido de entrar al lago; incluso me dijo que tendríamos que hacerlo devuelta pero la próxima vez los dos juntos. Entonces nos avisaron que íbamos a cenar más temprano porque nuestro tour nocturno tenía dos discos consecutivos preparadas para nosotros; por un lado íbamos a volver a By Pass para ver la competencia de chicas a modo de reina de belleza, y luego saldríamos directo a Genux para la fiesta de blanco. Ya cuando bajamos a comer estábamos vestidos todos con las prendas blancas que habíamos traído para esa ocasión. Pocos varones estaban completamente de blanco, entre ellos Amílcar que tenía una camisa de manga corta y un pantalón de ese color sin mencionar las zapatillas. Yo me había puesto una remera blanca y un pantalón negro prestado por Macu y Federico lo opuesto, negro arriba y blanco abajo; de andar juntos ya nos complementábamos.

—Amílcar se come a cada gorda por diversión... —Venía diciendo Valentino mientras este estaba eligiendo su comida lejos de nuestra mesa. Nos reímos de cómo se chapaba a todas las chicas gordas que veía como para darles lo que nunca creyeron que iban a tener.

—Al menos se come alguna —dijo Federico que estaba con la punta del cuchillo sobre la yema de sus dedos.

—¿Qué decís? si yo me comí como a diez ya el primer día.

—Qué te vas a haber comido diez si no te quiere nadie —Federico no sacó la vista del cuchillo.

—¡Qué te pasa boludo! —Valentino levantó la voz— Andás re torcido.

—Bue, paren, no se van a pelear otra vez —intervino Nelson.

—Mal, Fede, si te pasa algo nos lo decís ¿eh? —Le dijo Macu que estaba sentado en la cabecera.

—No me pasa nada... —dijo este pero no levantó la vista.

Macu me miró a mí en código como preguntándome si sabía algo y yo le respondí que no tenía idea también en código de miradas. Y era verdad, no sabía nada; Federico solía cambiar de humor rápido y sin explicación algunas veces, o quizá la mayoría de ellas.

Volamos a nuestro cuarto porque la previa iba a ser corta. Al rato ya había música y ya andaban todos por ahí. Las chicas que iban a participar de la competencia ya se estaban peinando y arreglando y no pensaban emborracharse demasiado para no quedar mal en el escenario. Yo ya tenía unos tragos encima de mi propia botella de vodka pero no sabía bien para dónde agarrar, esta previa estaba un poco más calma, quizá por la moderación de las chicas, tal vez por lo delicada de nuestras ropas blancas, fuera uno a saber. Federico había desaparecido sin avisar así que estaba esperando a encontrarlo para que resolviéramos qué hacer antes de que nos sacaran en los micros; y justo cuando estaba por bajar a la recepción, el chico irrumpió en nuestro cuarto alzando una botella de Dr.Lemon destapada que estaba fresca y llena hasta arriba.

—Disculpame amigo —le dijo a Valentino tendiéndole la botella— si no sabés que te quiero es solo porque nunca lo dije en voz alta, tomá.

A Valentino le encantaba el Dr.Lemon así que aceptó el regalo complacido.

—Gracias wacho, posta —lo abrazó— no volvamos a discutir —dijo e imitó un sollozo de emoción con la cara sobre su pecho. Después se bajó media botella de un saque y mencionó que hoy había que dársela en la pera.

Al rato entró Paola a nuestro cuarto con unas pulseras que hacían luz en la muñeca. Tenía puesto un vestido corto negro que brillaba como una especie de tela de galaxia y los labios pintados de rojo que me volvieron loco. Estuvimos boludeando un rato con ella, Amílcar y Nelson. Me hacía falta quedar un poco más con mis otros amigos para no perderme la experiencia. Como si fuera una maga —y a juzgar por ese vestido lo era— Paola hizo aparecer el faso y fumamos un toque entre su cuarto y el pasillo, que como dije estaba un piso más abajo. Nelson con ese encanto inocente y la camisa abierta para que se vean los bordes de ladrillo de sus pectorales, terminó ganándose a la chica para llevársela con él y, apuesto yo, debutar de una vez. El que menos hablaba al final era el que más conseguía, pensé, buena suerte para Nelson. Era mucho más lógico que terminara con Paola siendo que ella estaba más interesada en él que en mí.

DIECINUEVE

Debí ser un fantasma o un espectro, pero de pensarlo tanto me convencí de que era un estúpido, un enfermo de dispersión. No podía enfocarme en nada ni concretar nada que me propusiera llevar a cabo. La ausencia de Federico incluso parecía empeorarme, como si no me dejara activarme por mi cuenta. Otra cosa era el pedo triste, un agregado a mi estupidez desmesurada. Todo lo que me había prometido pasarla bien y vivir la experiencia completa de los dos boliches y al final terminé llorando en la recepción, escondido en la oscuridad justo detrás de uno de los vidrios. Cuando nos íbamos apagaban algunas luces y el lugar confería un ambiente más intimista ideal para pasar las penas en solitario. Lloraba porque no sabía dónde estaba Federico, lloraba porque se habían ido sin mí por haber estado llorando, lloraba también porque seguro que Nelson se había volteado a Paola y porque todo pasaba demasiado rápido. Incluso llegué a creer que lloraba porque se terminaba el colegio, porque nada iba a volver atrás. Pero este era el peor momento para desperdiciarlo llorando, y yo también lloraba por eso.

— ¿Qué tomaste? —me preguntó un chico de la recepción. Apareció por detrás del vidrio luciendo su chaleco negro y una sonrisa de compasión. Debía tener unos treinta años.

—Ya ni sé —dije. Estaba avergonzado de mí mismo.

—La próxima tendrías que fijarte de tomar un poco menos, o de rebajar con jugo, para que no te pegue tan fuerte —Hablaban como quien ya se había topado con miles de mi tipo a lo largo de su trabajo.

Yo asentí con la cabeza y miré a través del vidrio templado, en dirección a la cabina de recepción.

— ¿Ya se fueron todos a dormir? —pregunté como si estuviera en mi casa. Una de esas preguntas ebrias que están fuera del tiempo y del espacio.

—Todavía no —dijo el chico. Fuera uno a saber a qué se refería.

—Extraño a mi mejor amigo —confesé y ahí advertí lo dura que estaba mi lengua.

—Andá a buscarlo entonces, está en su cuarto.

Lo miré abriendo mucho los ojos, ¿me había entendido o yo me lo estaba imaginando?

— ¿Cómo sabés?

—Me lo crucé hace un rato arriba, me dijo que se quedaba porque le dolía la pierna. Federico.

Me levanté de un salto.

— ¿La tarjeta...?

—La tiene él.

—Gracias —le dije— gracias en serio.

El chico asintió cerrando los ojos y yo salí para la escalera.

Nuestro cuarto, el ciento catorce, tenía un charco de agua enorme al frente de la puerta, recién al día siguiente entendería que se trataba de la clásica broma del agua enjabonada que debería tomarlo a uno por sorpresa y hacerlo darse un buen palo, pero ahora que lo había visto ya no iba a funcionar. Golpeé con insistencia llamando a Federico con las piernas abiertas alrededor del charco. Me quedé viendo mi reflejo en él hasta que la puerta se abrió.

—Shhh —Apareció mi amigo con el índice sobre los labios— no grites bobo —dijo.

— ¿Por qué no me buscaste?

—Creí que te habías ido. Mirá.

Me agarró de la remera y me hizo entrar. No había nada raro salvo la mole de Valentino encallada boca abajo sobre su cama. Estaba roncando como un animal.

— ¿Qué hace este acá? —dije y me acerqué a verlo para comprobar que estaba bien dormido.

—Lo puse a soñar —dijo Federico— Lo tenemos en bandeja.

Me quedé un momento meditando las palabras de mi amigo. No entendí qué quiso decir, o no quise entender. Después lo mire fijo, debió haber visto algo severo en mi forma de mirarlo que sonrió con picardía.

—Vos sabés lo que digo... —le brillaban los ojos, como si estuviera por llorar, hablando de llorones.

—No seas gil Federico, es nuestro amigo.

—No es *mi* amigo —dijo— *vos* sos mi amigo, él no.

—Dale tonto, dejálo en paz —me puse serio, no sé por qué me estaba poniendo incómodo. Le di unas palmadas a Valentino a ver si se despabilaba.

—Eu, Valen —y un par de golpecitos en la espalda— Eu, arriba —unos más en la mejilla.

Federico me dio un empujón en el hombro.

—Pará no lo despiertes —dijo con ese susurro que representa un grito— Sino se va a ir todo a la mierda.

— ¿Qué querés hacer?

Federico me agarró de la cara con ambas manos y me apretó las mejillas con los pulgares.

—Ya te dije, te lo vengo diciendo desde que llegamos. Me lo voy a coger —Tenía un aliento a alcohol difícil de ignorar.

—No podes —dije y me empezaron a rodar lágrimas por las mejillas. Ya tenía los ojos y la nariz irritados—Vos no harías eso...

Valentino ni se había inmutado, estaba desmayado como un oso abatido por un disparo. Federico me dio un beso en la frente y me liberó; «*Miráme*» dijo luego.

Ante la hipotética pregunta de si podría comprender la magnitud, ¿Qué puedo decir? Tenía diecisiete años, cómo iba a comprender la magnitud. Nunca me opuse a nada que quisiera hacer Federico, no podía ni quería llevarle la contra, no tenía intención de perderlo o de arriesgar nuestra amistad de alguna forma. Me limité a alejarme y acostarme en mi cama dándole la espalda. Escuché el tintineo del cinturón de Valentino siendo desabrochado; un cinturón azul que usaba con el uniforme del colegio también. Después el roce de todas las prendas, las suyas y las de Federico. El pantalón de jean grueso que hacía sonido como de bolsa, como las velas de un bote y luego unas dubitaciones sordas, un tanteo de terreno, algo que no me podía imaginar qué era; no entendía qué estaba pasando. Después de un rato unos chasquidos agudos que pensé que estaba haciendo Federico con la boca, como cuando uno se equivoca y chasquea la lengua o cuando uno niega incisivamente y hace lo mismo. *Chic-chic-chic-chic...* repetidas veces acompañado del ruido que hace el arroz con mayonesa cuando se lo mezcla.

Me quedé un corto rato dormido y luego me pescó un sobresalto repentino además de una fuerte náusea. Me levanté de mi cama y corrí al baño para aterrizar de rodillas frente al inodoro. Allí vomité una cascada transparente que me hizo erizar toda la piel. Cuando me recuperé lo encontré a Federico en el umbral de la puerta sopesando su pene húmedo con una mano.

— ¿Estás bien? —preguntó.

Yo negué con la cabeza y tuve un nuevo asalto de vómito transparente.

VEINTE

Había sido el año anterior al viaje de egresados que salimos rodando en nuestras bicicletas después de clase. Era pleno mediodía de primavera, donde el sol enrojecía la nuca enseguida y no teníamos nada que hacer hasta que nos tocara entrar a gimnasia. Íbamos como pájaros planeando sobre el mar dando vueltas por todo el barrio; yo, Valentino, Amílcar y Federico, hablando mientras andábamos y pasando veloces por en frente de las miradas de los pocos vecinos. Cuando nos alejamos del pequeño centro y llegamos a unas calles tranquilas de casas tipo chalet, Federico propuso “llevarnos” un canasto de basura. No dijo “robarnos” dijo “llevarnos” como si solo se tratara de reclamar lo que era nuestro o algo que podíamos tomar prestado sin avisar. La idea nos desafió y entusiasmó; si alguien nos veía íbamos a tener serios problemas, en especial si aparecían los dueños de casa o incluso algún patrullero. Pero mirando en todas direcciones no se veía un alma por la calle, como era habitual, todo el mundo estaba almorzando.

Localizamos uno que parecía conveniente; un clásico canasto del conurbano, todo de hierro y con un grueso poste clavado en la tierra. Arrojamus nuestras bicicletas sobre el césped desconocido y nos colgamos todos al mismo tiempo de los bordes metálicos para jalarlo con el peso de nuestro cuerpo. Nos llevó más minutos de los que creímos y más furtivas y nerviosas miradas a nuestro alrededor de las que habíamos calculado. Pero luego de unos instantes que se hicieron larguísimos logramos aflojarlo y vimos como la tierra alrededor del poste empezó a removerse y emerger como si estuviera por explotar un hormiguero.

Lo sacamos de a tirones entre risas y sudor y estuvimos un buen rato tratando de subirnos a las bicicletas y a la vez sostenerlo sobre los hombros míos y de Federico. Cruzamos todo el centro del barrio con el pedazo de hierro hasta que encontramos un terreno baldío donde tirarlo. Nadie se enteró.

VEINTIUNO

Cuando me levanté todavía estaba todo el mundo durmiendo, excepto Macu. La puerta del baño estaba cerrada y se veía una hendidura de luz amarilla por debajo; a juzgar por la hora ya estaba haciendo su trámite matutino como siempre. Federico dormía en su cama con la colcha hasta arriba y la almohada sobre la cabeza como si hubiese jugado a las escondidas hasta que se hubiesen olvidado de él. Me di vuelta para ver a Valentino que dormía en su cama en la misma posición en que Federico lo había penetrado. Sólo tenía puestos sus calzoncillos rayados y el resto de su ropa estaba doblada por mí sobre la cabecera de su cama. Ya tenía pensado decirle que yo mismo lo había desvestido al ver que se había desmayado por la borrachera, pero no tenía idea de en qué condiciones se iba a despertar.

Me incorporé y sentí como si mi cerebro fuese tironeado por un elástico invisible que lo intentaba retener sobre la almohada. Después de haber terminado de vomitar la noche anterior Federico me había ofrecido devuelta si quería cogerme a mi amigo. Él había acabado rápido y estaba fatigado; recuerdo oírlo quejarse de que el bosque de pelo en el culo de Valentino parecía una esponja metálica, pero que como este estaba tan relajado mientras dormía, no había sido difícil entrar con un toque de saliva de por medio.

—Nunca me dijiste si ya habías tenido sexo con un chabón —le dije.

—Qué importa —me respondió— Además esto no es sexo. Ni en pedo tendría sexo con este jabalí

Después de decir eso se tiró en su cama y se quedó dormido. Yo me encargué de doblar la ropa de Valentino que estaba por el suelo y devolverle su calzoncillo aún tibio. Nunca en mi vida había hecho una cosa así; me sentí como limpiando la escena de un crimen o preparando el cadáver de un muerto.

Durante la noche llegaron los chicos hablando con las lenguas duras y haciendo comentarios sobre habernos encontrado ahí a los tres, pero yo aunque despierto ya tenía los ojos cerrados y por alguna razón no me atreví a recibirlos. Esperé entonces a que se acomodaran para dormir y el cuarto

quedara en silencio y oscuridad de una vez; lo único que quería de esa noche era que terminara.

Abrí la ventana de la cocina y entró una ráfaga de aire helado con gotas de llovizna. Asomé la cabeza y aspiré el aire puro mientras miraba el montón de basura que se acumulaba en la pequeña terraza de abajo. Miré las otras ventanas que se encontraban con la mía y nada. Nadie más sacaba la cabeza, nadie más miraba afuera. La mañana todavía estaba inmadura, pero por lo grueso del telón de nubes parecía que iba a llover todo el día, aunque el clima de Bariloche no era tan predecible como el de Buenos Aires. Al rato una mano se recargó sobre mi hombro y apareció Macu para besarme la mejilla; siempre saludaba con un beso.

Desayunamos bien temprano con unos pocos madrugadores, porque el desayuno ya se iba sirviendo a primera hora. Éramos solo Macu y yo en nuestra mesa tomando café y comiendo facturas. Yo seguía muy mareado y lento de reflejos y no me sentía para nada animado.

—Ganó una de otro colegio —dijo Macu asintiendo con la cabeza mientras mojaba su medialuna en el café—; blanquita, alta, pelo cortito, era la que yo voté.

La tele del comedor estaba prendida a unos metros de nosotros; pasaban un programa de cable: tatuadores especialistas en cubrir tatuajes mal hechos; clientes que habían cometido errores en su adolescencia como dibujarse la piel con un tenedor y los resultados de la reparación que superaban con creces las expectativas. Cada tanto nos quedábamos en silencio mirando la pantalla, pero no comentábamos nada sobre el programa, como si los dos ya diéramos por hecho que el otro pensaba lo mismo que uno. Yo tenía una porción de torta chiquita sobre un plato para café y un par de ramitas de chocolate. Le saqué la frutilla, me la comí primero y después la fui cortando en secciones con el tenedor para tener los bocados listos. Una parte de mí quería contarle a Macu sobre lo que habíamos hecho con Federico, porque yo me sentía responsable o culpable; aunque sea tratar de disimularlo alegando que se trataba de una broma que se había pasado de la raya. Pero era imposible.

— ¿Qué onda con Fede? Vos tenés que saber —me dijo mirándome desde atrás de su taza de café. Todo alrededor pareció silenciarse, la pregunta me agarró desprevenido con el tenedor en la boca.

—Está un poco raro, nada más —dije— Creo que estar acá lo pone un poco más sensible. Si lo pensás todos estamos más emocionados...

— ¿Qué hicieron anoche?

Yo me atraganté con la miga de la torta. ¿Cómo podía ser que no supiera diferenciar entre una torta y una cheesecake? ahí estaba la miga seca y volátil formando la base del postre. Y yo le seguía diciendo “torta” en mi cabeza.

—Boludeamos... Valentino quebró y nos quedamos a cuidarlo.

Macu volvió a mojar la medialuna en el café y le dio una mordida, después masticó mirando el televisor. Se debatía para decirme algo, y enseguida lo comprobé.

—Hablé con Johanna.

Otra vez la miga se me fue por el tubo equivocado.

—Ajá... —esperé a que siguiera.

—No sé, está rara ella también, como confundida. Me dijo que se encamó con Federico ¿Viste? la primera noche ¿Vos sabías?

—Creo que escuché algo.

Macu se echó para atrás sonriente.

—Dale ¿Cómo que “escuché algo”? Vos tenés que saber, no te hagas el boludo.

—Me dijo, si, si —Bajé la cabeza, no sabía a dónde podía estar yendo el asunto. Creo que nunca me había sentido tan tenso frente a Macu.

—Cuestión que me dijo que no se sentía cómoda con eso, que había algo que quería decirme pero que no se animaba. Yo enseguida le pregunté ¿Viste? Porque sé que Fede es medio bruto, medio sadista no sé cómo decir... si le había pegado o algo, si la había lastimado... donde fuere. Pero no me quiso decir —Frunció el ceño y se volvió sobre la mesa confidente— le daba vergüenza, había sido su primera vez... Vos no digas nada, pero yo si fuera mina nunca tendría mi primera vez con él, digo, me buscaría a alguien más tranqui. Pero Johanna también me dijo que estaba muy en pedo y mareada, y que se sentía mal, que ahora sentía culpa...

Yo asentí masticando y Macu me observó hacerlo. Luego añadió:

—Después volvimos a hablar y me dijo otra cosa, se animó ¿viste? Me dijo que cuando era chica su viejo y su hermano como que la tocaban... Un bardo, pensé yo, alto bardo... O sea, vos sabés lo que digo; yo le pregunté si la violaban, pero me dijo que no, que solo la agarraban y la tocaban, que la tocaban toda, y que eso duró años...

—Sí...

—Decime algo, boludo.

—No sé qué decir —me metí otra porción de torta en la boca.

Macu se rascó la cabeza y se echó contra el respaldo de la silla.
Cruzamos una mirada como si fuésemos desconocidos.
—Vos también andás medio raro.

VEINTIDÓS

Nos subimos al micro más emponchados que nunca. Cuando empezó a caer nieve todavía estábamos en el hall de hotel esperando para salir, nos pusimos felices y los coordinadores nos invitaron a cantar. Íbamos a Piedras Blancas, en el Cerro Otto y lo mejor que nos podía pasar esa mañana era que nevara sobre Bariloche, entonces el trineo, o culipatín como le decíamos, iba a ser una experiencia completa.

El micro iba subiendo en pendiente por una calle llena de nieve. Desde mi lugar saqué algunas fotos por la ventana de los pinos cubiertos de blanco como facturas llenas de glaseado de azúcar y los bloques de nieve que se acumulaban a los costados del camino. Nunca en mi vida la había visto ni tocado: blanca como el azúcar y fría, lo más cercano para mí era el montículo de hielo que se formaba en un rincón del freezer de casa, la emoción me disipó por unos momentos la conversación que había tenido con Macu y lo que había pasado con Valentino, que en realidad seguía ahí al fondo de mi cabeza tratando de molestarme.

Cunado habíamos terminado de desayunar y vuelto al cuarto nos encontramos con un Valentino tembloroso y afiebrado que nos habló con media cara debajo de la sábana. Dijo que se sentía mal y que no iba a poder salir a la excursión, que había tomado tanto que se ve que le había pegado muy mal. Eso me hizo sentir terrible; lo revisé, le toqué la frente para corroborar pero era obvio que tenía fiebre, de hecho todas sus sábanas estaban empapadas cuando metí la mano. Yo quería llamar a los coordinadores para avisar por las dudas, pero Federico me agarró del brazo fuerte sin decir nada y era claro el por qué. El mismo Valentino dijo que no, sin embargo, que si se veía muy enfermo lo iban a querer hacer volver a Buenos Aires y se iba a perder de todo, que seguro era un resfrío, que les pasaba a muchos allá por la diferencia de temperatura, que seguro después iba a estar mejor. Pero lo dejamos solo en el cuarto, cosa de la que me estuve arrepintiéndome toda la excursión.

—Tenía caca —me dijo Federico camino a la montaña.

— ¿Qué? —lo miré. Estaba sentado en el asiento con la cabeza hundida en ese camperón gigante y una bufanda muy gruesa que le tapaba casi toda la cara. Eso sumado a la capucha que llevaba sobre el gorro de lana y los lentes de sol; parecía el hombre invisible.

—El gordo, tenía toda caca dentro del culo —se le escapó una risita, una inflexión en lo que estaba diciendo que sonó a risita— un asco, boludo...

—No podés, hijo de puta. Vos también que te lo buscás.

Federico se pegó a mí y me agarró del cuello de la campera.

— ¡Y el próximo sos vos!

Soltó una risotada.

—Basta, no jodas —por primera vez en el viaje me enojé con él. No me hizo gracia que se lo tomara tan a risa. Nuestro amigo estaba enfermo en el cuarto y no podía ser casualidad.

—Tomá —dijo alcanzándome el auricular. Me lo puse de mala gana, como si lo hubiera hecho para que no empezara a recriminarle algo o quizá solo porque no le importaba lo de Valentino.

Esta vez era techno; Federico me había enseñado todas las diferencias entre géneros y subgéneros de música electrónica y cómo diferenciarlos. Techno, house, tech-house, lo-fi, progressive, dark, melodic... y se combinaban entre sí e intercambiaban elementos unos con los otros. No me atraía del todo ese tipo de música, podía tolerar algunos de los estilos pero tampoco por mucho tiempo, más que nada disfrutaba de escucharla juntos, era como un diálogo silencioso que podíamos llevar durante varios minutos. Algo en esos sonidos de sintetizador y tiempos bailables se asemejaba al mismo Federico, porque al principio parecían obstinados y exclusivos, pero también dejaban descubrir una extraña veta emocional y a veces melancólica conforme avanzaban las pistas.

El complejo Piedras Blancas debía ser mucho más grande de lo que uno podía ver cuando llegaba, y aún más ese día que la nieve se iba poniendo más y más espesa. Cuando bajamos del micro parecía que hubiéramos sido abducidos en el camino y dejados a nuestra suerte en medio de la Antártida. Todo a nuestro alrededor se había llenado de una suerte de nube blanquecina que no dejaba ver más allá de las copas de unos árboles cercanos. Estaba increíble para ser sinceros, en especial el hecho de haberme dormido durante el viaje y haber despertado en ese lugar; nunca podía evitar dormirme, nunca descansaba lo suficiente en el hotel. Nos habían hecho entonces llevar una muda de ropa en las mochilas porque era seguro que íbamos a terminar

empapados de agua fría por la nieve derretida; los consejos no se daban allá si no era por experiencia, y así lo hicimos, éramos más obedientes que en la escuela.

Mientras nuestros hombros y cabezas se fueron llenando de copos de nieve, esperamos un rato alrededor de una cabaña a que nos fueran entregando los cascos de seguridad. Esta vez se sentía el frío de verdad, aún con toda la ropa y los guantes. Federico me agarró y me tiró a la nieve y luego se me lanzó encima como un luchador. Eso animó a varios del grupo incluyendo nuestros amigos para empezar a jugar a lanzarse bolas de nieve. Después nos llamaron a que recibiéramos nuestros cascos para ya salir andando en la aerosilla que nos iba a llevar más arriba, donde estaban las pistas de trineo. Me tocó uno rosa pálido con una calcomanía de la empresa al frente como recordatorio de quién nos hacía felices y a Federico uno gris oscuro en las mismas condiciones.

Nunca había estado cerca de una aerosilla, sólo las había visto por televisión. Un par de compañeros nuestros ya habían estado en Bariloche antes porque habían venido de vacaciones con sus familias; algunos incluso frecuentaban la ciudad al menos una vez al año como era el caso de Macu que ya se conocía todas las atracciones y hasta tenía un par de parientes viviendo allí. Cuestión que nos fuimos agrupando en fila debajo de un refugio de madera de techo alto que estaba abierto en dos extremos como los puentes por donde pasa el tren de las películas de vaqueros, solo que más corto. El enorme riel trazaba una curva dentro de éste haciendo que las sillas colgantes entraran, doblaran, nos recogieran sin detenerse y salieran de nuevo hacia las alturas.

Ordenados con quien eligiéramos podíamos ir acercándonos hacia la salida. Solo se admitían dos por silla y por supuesto Federico y yo íbamos a subir juntos. Todo estaba húmedo allí adentro y lleno de rastros de nieve en el suelo que se iban transformando en charcos. El olor frío era difícil de explicar allí; todos mis sentidos estaban alterados de alguna manera por la baja temperatura, debía hacer un grado o menos tres, no tenía idea. Sumado a eso, los efectos de la resaca persistían y ya se iban a hacer notar más cuando me subiera a la silla. Lo miré a Federico y me asusté al ver una cabeza toda negra en lugar donde debía estar la suya. Por un segundo casi me resbalo y me caigo contra la madera. Federico se volvió hacia mí y sacó la lengua por un tajo abierto en su negrura.

— ¿Qué haces con eso? —le dije.

—Para el frío.

— ¿Vas a robar un banco también? —Sus ojos parecían muy pequeños asomados así por otras dos aberturas en el pasamontañas. Nunca me esperaba la forma en que fuera a sorprenderme Federico.

—Voy a grabar un porno —dijo y volvió a sacar la lengua por el agujero y la agitó de arriba abajo. La carne rosada delante del tejido negro hacía que el conjunto pareciera todo menos una cara.

—Este quería jugar al *Counter* —dijo Amílcar desde atrás y le palmeó la cabeza a Federico para comprobar la textura.

Me hizo acordar que en efecto de chico solía venir a mi casa a jugar *Counter Strike* porque yo tenía computadora, sino se tenía que ir a un cyber. Pasaba tantas horas en mi cuarto, tardes enteras mientras vaciábamos paquetes de galletitas y cosas saladas. Me acuerdo como si lo hubiera visto ayer: su perfil todavía de niño con el pelo largo tapándole las orejas como una peluca y la cara iluminada por la luz del monitor —una caja cuadrada color blanco hueso que se calentaba como una estufa de estar encendida— Luego sus brazos flaquitos alzados con las muñecas sobre el borde del escritorio; una mano en el mouse y la otra en el tecladote que también era viejísimo para lo que después se usó en dos mil trece. Mi escritorio siempre estaba lleno de migas de comida y mugre, Federico sabía dejar sus rastros por donde pasaba y en mi cuarto siempre quedaban cosas suyas.

Mirando esa cabeza redondeada cubierta de negro podría decir que ahí dentro estaba Federico como cualquier otra persona. Ya no podía estar seguro, tenía solo tres rasgos al frente surcados por aberturas y una sombra de la nariz que empujaba la tela hacia afuera. Tan anónimo se veía que recrearme en la idea de que pudiera ser un impostor me hizo latir el corazón más rápido y lo dejé de mirar, porque ya estábamos al borde de la fila. Un hombre de anteojos tornasolados como una mosca me indicó que me abrochara el casco y enseguida tuvimos las sillas al frente. Vimos cómo lo hacían los que estaban delante de nosotros: se paraban juntos bajo el riel uno a lado del otro y esperaban a que apareciera la silla por detrás a cazarles el culo de forma literal. Era imposible no pensar en la idea de ser golpeado y lanzado hacia adelante o deslizarte desde la silla al vacío una vez arriba de esta.

— ¡Me cago todo! — dijo Federico un poco en broma, un poco en serio y se aferró a mí. Yo también me cagaba todo si alguien preguntaba.

—Dale putito —dije y lo empujé al centro ya cuando era nuestro turno.

Vimos las sillas pasar a nuestro lado y a los últimos en subirse ascender a cierta distancia hasta adentrarse en la nebulosa blanca. Justo antes de que la silla nos abordara por detrás, llegue a oír una voz que dijo «*Uh ¿y ese qué flasheó?*» seguro refiriéndose al pasamontañas de Federico. Me hubiera gustado romperle la cara al que dijo eso, no importaba si era en serio o en broma, no importaba si era alguien de nuestro curso. Entonces la mole de metal nos empujó hacia adelante y nos deslizamos en su interior sobre los tirantes de plástico azules. Elevarnos fue una sensación para marearse, y supongo que mi amigo habrá sentido lo mismo que yo con todo lo de la resaca y eso.

Federico se desabrochó el incómodo casco sobre su capucha negra y ahí advertí que el gorro de lana que le había visto antes no era más que esa cosa enrollada hacia arriba. Después se acomodó la bufanda entre resoplidos y se frotó las manos enguantadas sobre los muslos. Dentro de la espesura seguía pareciendo que seguíamos afuera y que esta nos rodeaba. Como cuando de niños se nos rompe la ilusión al ver que sumergiéndonos en una niebla de madrugada se ve lo mismo que si estuviésemos fuera de esta. Porque en realidad siempre estamos adentro, solo que así es cómo se ve. Mirando hacia abajo vimos pasar algunas figuras abrigadas sobre sus pequeños trineos deslizándose por las pistas; un anticipo de lo que nos esperaba. También se distinguían algunos árboles que formaban una suerte de bosque que se metía entre ellas. Eran de troncos finos, todos pelados como si nunca hubieran visto una primavera y con sus ramas apuntando hacia nosotros cual púas de erizo.

—Si te tirás de acá sabés qué... —dijo Federico.

—Mínimo te rompés un brazo —dije viendo mis piernas colgar sobre el vacío. A un par de metros nuestro estaban las sillas azules vacías que recorrían el riel en dirección contraria. Dos figuras que tal vez eran chicas se empezaron a aproximar entre sí sobre la nieve de forma descontrolada «*¡Colisión! ¡Colisión! ¡Colisión!*» Exclamamos a coro con Federico hasta ver cómo ambas personas chocaban entre sí sobre sus trineos y acababan una sobre la otra con las caras sobre la nieve. Luego se mataban de la risa y empujaban; era todo parte del juego.

Cuando llegamos al otro extremo también tuvimos que prestar atención a cómo descendían los demás. Como la silla no se detenía nunca, había que saltar desde ella sobre la plataforma de madera que nos esperaba y apartarnos de inmediato antes de que esta —o la siguiente— volviera a tomar de improviso nuestros culos. Subimos la barandilla de seguridad que habíamos

bajado al inicio de nuestro viaje y nuestra silla se fue acercando a la plataforma; un hombre al extremo de esta nos indicó que saltáramos y así lo hicimos. Una vez recuperado el equilibrio nos ayudó a correr hacia un lado y con una sonrisa nos preguntó cómo la estábamos pasando.

Nos llevaron hasta donde estaban todos los que ya habían llegado. Más de la mitad de nuestros conocidos ya estaban sentados sobre sus trineos todos mirando a un coordinador del lugar. El trineo consistía en un par de piezas de plástico grueso y poco más que eso: un asiento no más grande que el de una silla y una manija en forma fálica que salía desde un extremo y apuntaba hacia arriba. Cuando nos lo entregaron nos unimos al grupo y escuchamos cómo el coordinador del complejo explicaba la forma de usarlo y los recaudos a la hora de lanzarse sobre las pistas.

—Chicas, esta parte hacia adelante —indicó la manija con forma fálica— nunca hacia atrás —Nos reímos. No iba a ser yo el único al que se le ocurriera esa analogía.

Si me preguntan qué otra cosa dijo ese hombre no recuerdo nada. Entre mi mareo general, mi cabeza que estaba extasiada por tirarme a la nieve y otros pensamientos que me distraían, no creo haber prestado atención más allá de los primeros tres chistes bobos. En un momento empecé a escuchar gritos de chicas espontáneos por detrás de mí; al principio apenas les presté atención, pero luego me volteé para ver a qué estaban jugando que soltaban tales gemidos. Ahí fue cuando una cosa áspera me chocó la cara y unos labios helados me besaron en la boca sin permiso. Apenas tuve tiempo de procesar un aliento caliente, la tela rugosa sobre mi cara, los cascos que se chocaron entre sí y el cuerpo de Federico que por un momento estuvo sobre el mío.

— ¡Pará boludo! —lo aparté.

Su figura enmascarada se alejó sonriente. Estaba repartiendo picos gratuitos a todo el mundo, de alguna manera hacerlo a través de un agujero lo hacía más divertido. Me había tomado por sorpresa, agarrado la cara y clavado un pico. Creo que era la primera vez que me besaba en la boca, y eso que los mejores amigos suelen tener extraños acercamientos a lo largo de su historia. En Bariloche todo era posible, lo sabíamos los egresados y se lo transmitíamos a los chicos de quinto grado de antemano, para entusiasmarlos. Federico no me dijo nada, se alejó riendo y lo vi sorprender a unos cuantos más con sus picos anónimos. Llegué a pensar que era una buena forma de marcar a los que quería violar, pero en qué estaba pensando, si todo el mundo

estaba en su lista. Y, de nuevo, en qué estaba pensando al aceptar esa segunda idea.

Sin más preámbulos, desarmamos el grupo arrastrándonos sobre el culo e impulsándonos con las piernas. La salida de la pista 3 estaba ahí nomás detrás del coordinador. Yo miré a todos lados y otra vez había perdido a mi amigo de vista. Sí pude verlos a Amílcar, Nelson y Macu por delante de mí así que pensaba alcanzarlos en velocidad y hacerlos mierda contra la nieve tarde o temprano. Todos se fueron lanzando hasta que me tocó a mí y en segundo me encontré andando sobre la pista y agarrando velocidad. No era tan difícil tomarle el truco al trineo para un culipatín como correspondía; bajar las piernas servía para frenar clavando los pies en el suelo y levantarlas hacía que todo el desliz quedara a cargo del pedazo de plástico que llegaba a patinar bastante rápido.

La nieve no paró de caer en ningún momento, los copos parecía que iban en contra de uno como munición y las pistas me llevaron más a su antojo que al mío, con sus partes rápidas y sus curvas lentas donde había que ayudarse con los pies para volver a hacer arrancara el trineo. No sé si todo el mundo estaría como yo pero no podía parar de matarme de la risa cada vez que agarraba velocidad y me chocaba contra alguien, pero después los veía a todos también y estaba sonrientes y relajados. Era algo nuevo para la mayoría, y estoy seguro que para muchos igualmente estaba siendo uno de los momentos más divertidos de la vida. Incluso recordé lo que era la verdadera diversión, la de los niños, el juego por el juego, el lanzar el cuerpo a rodar sobre algo o deslizarse solo para ver qué se siente. Me vinieron a la cabeza todos esos videojuegos de carrera, porque la pista blanca se veía igual en frente de uno. Si hubiera tenido tiempo para pensarlo me hubiera intimidado, quizá, con los bordes que parecían dar al vacío si se los miraba sin cuidado y del fino vallado de aquel entramado de plástico naranja flexible que cualquiera podría haber atravesado por encima y chocado contra un tronco, o incluso varios porque había auténticas pendientes de nieve estilo James Bond. Pero poco me importaba, porque con toda la gente que debía pasar por ahí cada año, nunca había escuchado de un accidente.

Entonces algo me chocó por atrás y salí volando hacia adelante soltándome de mi trineo. Rodé por la nieve y quedé con la cara sobre esta. Otra vez me empecé a cagar de risa como si se tratara de una enfermedad que desencadena ataques como la epilepsia. Cuando me incorporé alguien se

arrojó sobre mí y me volvió a tirar al suelo. Era Federico o ese sujeto enmascarado que hacía y decía lo mismo que Federico.

—Wacho ¡acá estás! —dijo y me agarró del torso. Me gustaba cada vez que decía eso; me hacía acordar que nadie era más importante para él que yo. Me gustaba que me encontrara y también encontrarlo.

Nuestras camperas se deslizaron entre sí. Empezamos a pelear los dos muertos de risa. Nos empujamos, nos agarramos, nos soltamos. Volaron unas piñas; esas piñas de amigos ni muy fuertes pero tampoco caricias y nos hicimos tropezar mutuamente para no dejar al otro escapar. Ahora sí me sentía como un espía que luchaba con alguna clase de ninja enmascarado de los que seguro todavía me iba a restar derribar varios. Federico estaba con unas ganas de pelear tremendas, y yo me daba cuenta por cómo no se rendía; podríamos haber vuelto a nuestros trineos a perseguirnos, pero él no me soltaba. Llegó a reducirme con fuerza, como hacen los policías. Me puso la rodilla en la espalda y me tiró nieve, cuando logré zafarme y hacerlo caer me quise incorporar y agarrar mi trineo que había caído lejos pero Federico me atrapó y me agarró del cuello desde atrás, rodeándome con el doblez del codo. Vi pasar algunos chicos más de los nuestros súper divertidos y esquivarnos para seguir su trayecto. En el forcejeo quedamos al borde de la pista y yo sobre mi amigo tratando de respirar. Quería decirle que parara que ya no podía respirar, que me dolía. Pero él me siguió apretando el cuello mientras decía « *¿Querés más, puta? ¿Eh?* » Hubo un par de lágrimas en mis ojos pero no creo que él las haya visto, después quedé mirando el cielo que era una nube infinita sin nada que soltaba copos de nieve helados. Debí desmayarme una milésima de segundo, porque hay un bache fugaz de olvido allí y luego la sensación de despertarme de una pesadilla preso de la taquicardia. Estaba liberado y Federico detrás de mí riendo y clavándome un par de besos en las mejillas a través de esa máscara de mierda que había traído.

—Listo te gané —dijo y se levantó y me ayudó a levantarme— Dale vení que vamos a cogernos a los pibes— dijo y salió corriendo a tirarse de vuelta en su trineo.

Yo me quedé un rato entre que agarré el mío y recuperaba el aire y la conciencia. Quería creer que no acababa de usar esa palabra y que sólo había dicho “chocar” o “agarrar” o únicamente “sorprender” pero no, siempre decía “coger” siempre usaba esa palabra de mierda.

VEINTITRÉS

Y lo hicimos y seguimos un buen rato. Encontramos a Macu, Amílcar y Nelson y jugamos a chocarnos y a correr carreras mientras también colisionábamos con los demás compañeros. Me quedó doliendo el brazo de Federico y cada tanto me agarraba una tos, además de que el frío no ayudaba. Como todo lo bueno, siempre dura poco y nuestra excursión con culipatín terminó cuando todavía teníamos ganas de seguir jodiendo en la nieve. Volvimos a subir en las sillas pero esta vez no llegué a tiempo a agarrar a Federico entonces subí con Amílcar. Quizá como todavía me estaba molestando el cuello algo en mi cabeza me hizo alejarme de mi amigo, o al menos no correr a darle la mano tan pronto. Era un alivio hablar con Amílcar, no solo por el tiempo que pasaba con Federico ignorando todo lo demás, sino porque en sí la voz, de Amílcar, quizá el tono, o la forma calmada y paciente en la que hablaba me hacía querer escucharlo.

Cuando volvimos a la cabaña a devolver los cascos y liberar las cabezas sudadas, salí a la nieve, corrí hacia mi amigo y le arranqué el pasamontañas de un tirón.

—Sacáte eso, delincuente —le dije y por un momento esperé en verdad que otra cara apareciera debajo de esa funda negra. Federico me miró sorprendido y me lo sacó de la mano. Después nos volvimos a empujar como si nuestra pelea en la pista no hubiese terminado. Nos pegamos otra vez un par de puñetazos, se suponía que no iban en serio, porque Federico se reía. Pero con él nunca quedaba en claro bien qué cosa iba en serio y qué cosa no, o si había diferencia entre una y otra.

Nuestros amigos nos vieron forcejear y se sumaron hasta que se formó una suerte de todos contra todos donde hasta aparecieron algunas chicas con ánimos de empujones. En algún momento quedé sobre la nieve y un pie distraído con suela de goma me pateó la cara. Habíamos quedado tendidos en el suelo varios entre empujones y risas y la había ligado yo. Me sangró la nariz un poco, pero quizá fue el frío el que se encargó de cortar la hemorragia a los pocos minutos. Tenía ganas de verme al espejo para observar el sendero bordó reseco que suponía y sentía bajo la nariz, pero no era posible. Las

chicas me dijeron que no estaba tan mal y que ya no sangraba, y eso fue suficiente. Nos cambiamos la ropa antes de subir al micro y guardamos todo lo que estuviera mojado de nieve en bolsas de plástico. « ¡Corréte Jeremoide! » dijo Federico y apartó a Jeremías de la puerta para subir antes.

El viaje de vuelta fue otra siesta para todo el mundo incluyendo Federico. Después de un rato de que partimos del Cerro Otto la cabeza de Federico — más descubierta al fin— cayó sobre mi hombro y advertí que se había quedado dormido. Incluso se le habían salido los auriculares de las orejas, así que me atreví a desenredarlos de su cuello y ponérmelos yo. Prestando atención al cable su celular debía estar en el bolsillo de canguro de su hoodie, entonces dejé que durmiera sobre mí y me puse a escuchar. Esta vez los sonidos no eran rítmicos ni bailables como los que solía compartir conmigo; se trataba de una música más lenta y confusa que no parecía seguir una forma distinguible. Había sonidos sintéticos, algunos retumbidos, y constantes voces en inglés como de radio que iban de un oído al otro. Sería acaso la música experimental de la que a veces me hablaba, la que decía que no todo el mundo podía entender, ni siquiera yo. Sería la música ambiente que alguna vez mencionó, yo no lo sabía. Escuché hasta que me cansé, hasta que me puso nervioso y devolví los auriculares a su lugar.

Nos despertaron cuando el micro llegó al hotel, a donde siempre estacionaba, paralelo al Nahuel Huapi. Cuando bajamos el cielo seguía blanco pero ya no caía nieve. Como Federico y yo estábamos cerca de la puerta siempre éramos de los primeros en salir a la calle y ya nos mandábamos a caminar al hotel, porque a veces Federico adoptaba un paso rápido e impaciente. Yo ya quería ver cómo estaba Valentino porque después de todo el día en la nieve me volvió la culpa y el arrepentimiento de no haberme quedado con él. Llegamos a la vereda del hotel y se levantó un viento húmedo con rocío incorporado, seguro que ese día iba a terminar en tormenta. Un perrito de pelo blanco mojado pasó por delante de nosotros y se escabulló detrás de un auto estacionado. El letrero del hotel, ya familiar, nos esperaba plantado en un poste muy alto para que se viera desde los autos.

En la puerta del hotel me detuve y mire hacia atrás.

—Esperemos a los pibes —le dije.

Los tres venían bastante lejos pero se los podía distinguir bien. Después miré al interior del hall a través de los ventanales; la luz cálida y los cómodos sillones rodeados de mamparas ya eran nuestra nueva casa, incluyendo a mi

amigo sin nombre, el prolijo empleado de recepción con el que había hablado la noche anterior.

Federico levantó la cabeza un segundo antes; algo debió anticiparlo. Después una figura cayó súbitamente a un par de metros nuestro y chocó de lleno con el borde de un cantero del hotel. Nos sobresaltamos por el ruido y la sorpresa en sí. Era como si hubieran arrojado una bolsa de cemento desde una de las ventanas más altas, o una de carbón. Pero no había forma de confundirlas, en realidad, porque lo que había caído era una persona. Pude ver un revuelto de pelo agitarse justo antes del impacto y un salpicado oscuro que surgió del borde de ladrillo del cantero y roció las flores. Después las piernas y los brazos se rotaron y movieron para cualquier lado como en un muñeco y el cuerpo rebotó y salió disparado dos metros hacia atrás, donde estaba el ventanal.

Con Federico lo observamos todo porque ocurrió ahí nomás de nosotros, incluso creí sentir como unas gotas pesadas rociaron mis zapatillas. Cuando el cuerpo dejó de ser presa de las fuerzas del impacto, quedó desparramado bajo el ventanal y un rastro de sangre salpicada lo unía con el cantero. Las flores violetas y las hojas verdes húmedas ahora también estaban salpicadas de bordó, como la sangre que me había salido de la nariz.

No pude moverme, pero Federico sí; caminó unos pasos cautelosos hacia el cuerpo para poder observarlo. Yo no podía procesar lo que estaba viendo. Los brazos pálidos y las piernas retorcidas, la sangre en el suelo y el cabello revuelto. El ruido como a huevo duro cascado que había hecho. Recordé los huevos en la boca de Federico, uno tras otro. No era una bolsa de cemento ni una de carbón, era el cuerpo de Johanna.

—Mierda —llegué a decir.

Segunda Parte: *En su realidad*

UNO

—Mierda —llegué a decir.

Federico me miró y sonrió, después largó una carcajada. Pero algo me perturbó más que verlo reírse en una situación así, y es que ya no estábamos en una situación así. De repente toda mi resaca se abalanzó hacia delante de mi cabeza como una avalancha y se convirtió en borrachera pura, en confusión y mareo nauseabundo. Federico estaba al lado mío con la sotana de monja que había usado en la fiesta de disfraces. Me recorrió un escalofrío tremendo al ver las paredes del hotel con todos esos dibujos laberínticos moviéndose. Estábamos en la misma posición que cuando me había preguntado el número del cuarto de las chicas.

— ¿Qué mierda...? —dije. Tenía la lengua muy trabada y no podía controlar mis pensamientos. No sabía dónde estaba. Primero me vino la sensación que había tenido hacía un rato después de desmayar y despertarme tras el ahorcamiento de Federico. Entonces me vino la imagen del cuerpo de Johanna quebrado contra el suelo de la vereda y las flores violetas salpicadas de sangre. Todo se sentía tan lejano y de ensueño. Federico me palmeó la espalda.

— ¿Sos vos? —Preguntó— Porque yo soy yo —me estudió de cerca y asintió satisfecho— Tenés la sangre en la nariz, la de recién. Sos vos.

Yo me erguí y miré atrás nuestro, estaba todo el mundo bailando, cantando y gritando. Las chicas disfrazadas, los chicos también, la mezcla de todos los perfumes más los del cigarrillo y el fasito, la música fuerte me hacía zumbiar los oídos y vibrar el pecho. Estaba muy mareado, no dejaba de pensar en las flores con sangre, el ruido de la cabeza de Johanna que era como un huevo cascado pero reproducido a la milésima de volumen. Los pensamientos se me mezclaron, los viejos y los nuevos; el número del cuarto de las chicas

apareció, como una nieve flotante, como un copo de nieve, como una gota bordó.

— ¿Qué pasó?

—Vení —me dijo— me calló alto pedo encima.

No sé a qué se refería pero yo podía decir lo mismo. Esa borrachera me había caído como un balde de agua helada de repente. No podía recordar en qué momento abandoné el frente del hotel con el cuerpo de Johanna.

Federico me agarró del brazo y me arrastró con él.

—Pero vamos a otra parte esta vez, no la vamos a cagar tan rápido... — Apenas podía hablar y que se le entendiera, igual que yo.

Nos metimos por entre la multitud y atravesamos el pasillo en el que estábamos. Todo lo que veía me resultaba familiar y podía jurar que ya lo había visto antes. Cada disfraz, cada rostro y cada canción que hacía vibrar las paredes. Federico caminaba resuelto sin detenerse y sin prestarle atención a su alrededor. Irrumpimos en un cuarto en el que no habríamos entrado en otras circunstancias; para ser claros en el de los giles con los que no solíamos quedar para ninguna cosa, y por más que dije que en Bariloche todos acabábamos hermanados, había personas con las que uno no quería juntarse ni que los demás vieran que se juntara. Era el cuarto de Jeremías, Alan, Sebastián y no sé quién más.

— ¡Permiso! —dijo Federico anunciándose a viva voz. El cuarto de por sí estaba abierto y había tanto descontrol allá afuera que tampoco era como que irrumpimos como tal.

—Federico ¿qué mierda está pasando? —dije y me paré en seco porque me vino un líquido caliente desde el fondo del estómago. Vomité justo al entrar al cuarto doblándome a un lado de la puerta. Mi charco amarillento de cena y bebidas mixtas salpicó algunos buzos que estaban tirados junto a una cama. Federico se acercó a mí y me agarró.

—Tranquilo, tranquilo amigo que estamos bien.

Cerró la puerta del cuarto reduciendo todo el ruido a un murmullo potente y esperó a que yo me incorporara. Cuando lo hice observé que no había nadie en el cuarto. Solo éramos yo y mi amigo. Lo miré bien de arriba abajo y me miré los brazos y las piernas. Él tenía su disfraz de monja completo y yo el de payaso Piñón Fijo hasta donde podía ver.

—Por favor decime que pasa, Federico —le supliqué agarrándolo de la ropa y soltando lágrimas sobre mi maquillaje improvisado. De repente tenía mucho calor y estaba sudando por todas partes.

—La boluda se tiró por la ventana... —hizo una pausa y sacudió la cabeza como un gato— ¡Este pedo de mierda!

—No entiendo, amigo ¿esto es un sueño? —me colgué de él porque sentía que me temblaban las piernas. Federico me sostuvo, me agarró de la mandíbula y me miró a los ojos como cada vez que buscaba decirme algo para que yo le creyera.

—Tranquilo amigo, tenés que estar tranquilo. Volvimos para arreglarlo, para corregir las cagadas y seguir disfrutando.

—No entiendo...

Justo cuando el chico iba a hablar se cortó en seco interrumpido por algo que había escuchado; levantó la cabeza con la vista al techo y me fue soltando la cara casi sin darse cuenta. Yo también creí escuchar algo, parecía que había alguien haciendo ruido en el baño, incluso voces de personas. Federico sonrió y se dirigió a la puerta del baño zancadas mediante y la abrió de un empujón.

— ¡Te agarré! —dijo y detrás de él aparecieron Sebastián y esa chica que se llamaba Juliana o Julieta que había entrado el año anterior. Ambos dieron un respingo y la chica pegó un grito de espanto. Estaban desnudos al menos parcialmente y por lo que pude ver Sebastián sentado sobre la tapa del inodoro con la chica encima de él.

— ¡Cerrá la puta madre! —gritó Sebastián y Federico le hizo caso para mi sorpresa y cerró de un portazo. Después se entró a matar a carcajadas y se tiró sobre una de las camas triunfal como si acabara de ganar una dura competencia.

— ¡Ja, ja! ¡La estaba poniendo el hijo de puta! —Se volvió a levantar y se lanzó contra la pared del baño para darle unos puñetazos— ¿Ves las cosas que uno se había perdido sin saber? —Se volvió hacia mí— igual la tenía fácil porque era su novia la negra esa.

Yo no sabía qué decir o qué hacer; todo pasaba muy rápido, en milésimas de segundos. No podía evitar llorar, estaba llorando como la vez que ese pibe me encontró en el hall. Federico estaba extasiado como si entendiera todo, como si supiera algo que yo no y ese algo le causara satisfacción extrema.

— ¿Qué pasó con Johanna? —atiné a preguntar y escuché cómo se reanudaban los ruidos dentro del baño; eran gemidos de la chica esa. Cualquiera que fuera interrumpido teniendo sexo es capaz de continuarlo si la interrupción se va como llegó porque la calentura puede ser tanta que no dé lugar a otra cosa hasta culminar con el trámite.

—Ahora entramos y nos los cogemos a los dos ¿no? Vos elegí al que quieras, no me importa, en serio no me importa cual me toque.

—Por favor Fede decime qué pasa, por Dios te lo pido la puta madre — un torrente más caudaloso de lágrimas cayó por mis mejillas.

—Pasa que podemos hacer lo que queramos —me dijo— Vení...

Negué con la cabeza con gesto de rogarle que no me pidiera que haga cosas que no entiendo, pero se acercó a mí y me agarró del brazo para llevarme frente a la puerta del baño; le pegó una patada a la madera y entró como en un asalto llevándome a mí con él. La chica morena pegó otro alarido y los encontramos a los dos en la misma posición en la que los habíamos dejado, solo que ahora ella tenía el torso descubierto y exhibía un par de tetas colgantes de pezones grandes. Federico se anunció con un nuevo «*¡Permiso!*» y después me dijo «*Te la dejo fácil amigo*» Agarró a la tal Juliana o Julieta por el cuello, igual que lo había hecho conmigo en la nieve y la apartó de su novio levantando su cuerpo desnudo por el aire. Ella gritó y fue lanzada contra la ducha.

—Cogétela —me ordenó Federico al tiempo que arremetía contra Sebastián.

La cara de terror del chico es algo que nunca había visto en mi vida. Tampoco había visto los dos sexos de amantes siendo separados a la fuerza de un tirón como se rescata un resorte aceitoso de adentro de un tubo. Federico agarró al chico que también era más menudo que él y lo forzó a tirarse al suelo. Éste se resistió con todas sus fuerzas y lanzó puñetazos, patadas e insultos de todo tipo hasta que Federico le tapó la boca y lo aplastó con su peso mientras con la otra mano se levantaba su sotana de monja.

— ¡Paren! ¡Paren! —gritó la novia con chorreaduras negras que le cubrían los cachetes y empezó a golpearme la espalda.

— ¡Cogétela! —Ordenó Federico en el suelo con las venas del cuello marcadas y la cara roja— ¡Hacéla gritar a la puta!

— ¡Basta! ¡Paren! —seguía la chica y su novio se retorció bajo el cuerpo de Federico tratando de gritar a través de su mano.

Quizá estuve más tiempo de lo que debería parado, tal vez me dio la sensación de que me iba a desmayar o hasta podría apostar que me quedé dormido y desperté en una milésima de segundo; sólo entonces me lancé sobre mi amigo y lo agarré con fuerza para sacárselo de encima a Sebastián.

— ¡Basta! —Esta vez se lo dije yo— ¡Pará un poco! —me salió una voz ronca y áspera, con la que gritaba en fútbol, la que atravesaba la cancha dando

instrucciones. Le pegué un puñetazo en la boca a Federico cuando cayó con la espalda contra el suelo. Sebastián se retorció y se incorporó para correr a por su novia que estaba llorando en un rincón.

El chico era un espectáculo grotesco: el hábito a medio salir, la sotana levantada y el calzoncillo blanco con el elástico por debajo de los huevos. Lo agarré del brazo y lo obligué a levantarse y lo lancé hacia afuera del baño, quería que saliera de ahí, quería que *saliéramos* de ahí. No se resistió porque también estaba borracho y mareado y el golpe le había acomodado las ideas o al menos lo había perturbado por un rato. No sé de dónde saqué la fuerza para volverlo a agarrar, hacerlo pararse y volver a empujarlo por todo el cuarto hasta abrir la puerta y sacarlo. Cuando estuvimos en el pasillo cerré la puerta detrás de nosotros y lo último que escuché fue el llanto inconsolable de la chica morena.

DOS

Era una fiesta en un club, de esas que organizan los chicos del barrio con lo que tienen. Nos convocábamos por Facebook tal fecha y hasta se repartían entradas anticipadas y todo eso. Iban chicos de todos los cursos, de catorce años, quince, dieciséis y así hasta algunos que ya habían egresado pero que todavía daban vueltas juntándose con las mismas personas. Debía ser el año anterior al que hicimos el viaje a Bariloche; en algún momento me sentí melancólico, quizá se tratara de la primera vez; era esa misma sensación que me había hecho acabar llorando en el hall del hotel por cosas que en otro momento no parecían ser tan importantes.

Recuerdo estar sentado afuera del SUM del club, estaba todo oscuro, ninguna luz prendida. Dentro del mismo se desarrollaba la fiesta, las luces bailaban sobre una de las hojas de la enorme puerta de hierro entreabierta y la música retumbaba y se oía desde afuera. En ese momento sentía que el tiempo estaba encapsulado allí adentro, y que yo de alguna forma u otra iba a ser expulsado de él tarde o temprano. Por eso estaba melancólico, por eso lloraba en secreto. Era como algo que se activaba en un momento inesperado; un pensamiento de que si en ese momento estaba siendo feliz, en verdad feliz, significaba que pronto acabaría esa felicidad, que era algo pasajero y que cuanto más lo disfrutara más pronto acabaría. Por eso había abandonado la fiesta para fumar en solitario rodeado de oscuridad. Dejando la cápsula podía controlarla desde afuera, no perderla de vista. Miraba a la oscuridad y veía la nada. Peor que la nada es la soledad, el encuentro entre el vacío exterior y el interior.

TRES

No podía creer que estaba caminando por un momento tan conocido, que podía jurar que todo eso ya había pasado. Y en tanto recordara el cuerpo de Johanna en la vereda del hotel y las flores salpicadas de sangre, nadie me podía decir que todo eso no había pasado ya.

—Ahí están, bobos —Apareció Macu con los brazos abiertos— ¿Vamos yendo al micro?

—Sí... —no pude decir mucho más. Enseguida recordé el momento en que buscaba a Federico desesperado y me cruzaba a Macu y los demás en el descanso de la escalera. Ahora si en verdad tenía la oportunidad de bajar y encontrarme el micro allá y tener la posibilidad de ir a la fiesta de disfraces en Grisú, entonces estaba listo para enloquecer.

— ¿Qué te pasó en la nariz? —dijo Macu.

Era verdad, lo vi de reojo en el espejo de baño de Sebastián. Tenía la marca de sangre que me había hecho en Piedras Blancas, entonces no había duda de que había estado allá. Pero me costaba tanto pensar con claridad, y el mareo y las náuseas seguían aun después de haber vomitado.

—Éste me dio un cabezazo... —dije y señalé a Federico que miraba al suelo. Sentía su respiración agitada por todo el escándalo de hacía un rato— sin querer... estoy bien.

—Estas re ebrio —Macu sonrió— limpiáte no seas gil, mirá cómo tenés la cara, más que Piñón Fijo parecés un muerto vivo.

Bajamos al hall y había algunos que ya estaban acumulados esperando. Federico no dijo nada en el breve tiempo que estuvimos esperando; yo lo sostuve todo el rato y él se dedicó a mirar el suelo. Pasaron varios chicos y chicas a nuestro alrededor, algunas manos nos tocaron, quizá nos acariciaron o palmearon, ninguno de los dos prestó mucha atención, era claro que ambos estábamos en el lugar equivocado. Cuando salimos al frío del exterior eché un vistazo a las flores del cantero, que estaban intactas y luego a lugar donde había caído el cuerpo de Johanna luego de rebotar contra el cantero. Después caminamos hasta llegar a O'Connor y subimos a uno de los micros que nos

llevaba de excursión. Nos sentamos al fondo de todo al revés que como acostumbrábamos y vimos cómo se iba llenando.

—Fede por favor explicáme qué pasa...

—Me rompiste la boca —murmuró— yo nunca te habría pegado.

—Si me cagaste a piñas en el culipatín... recién.

—Pero era en joda, bobo —dejó caer la cabeza contra la ventana.

— ¿Esto ya pasó no?

Federico asintió mirando hacia afuera. Los demás empezaron a cantar y darle golpes al techo, pero en mi estado todo eso se convirtió enseguida en ruido de fondo.

— ¿Por qué nosotros sí nos acordamos?

—Porque te traje conmigo... —me miró y después deslizó la espalda sobre el asiento hasta apoyar la cabeza sobre mi costado— Sos el único al que quiero cerca.

Advertí que había perdido el hábito del disfraz; de una forma u otra siempre lo perdía. Entonces el micro arrancó.

—No entiendo cómo es eso posible, no entiendo cómo es que *me trajiste*. Si estamos drogados, o si vos me drogaste de alguna forma muy zarpada, por favor tengo que saberlo.

Federico reprimió unas carcajadas suaves y me agarró la mano.

—Cómo te quiero a vos, cada día te quiero un poco más, en especial cada vez que preguntás boludeces o flasheás que seguro estamos todos drogados... —dijo con un tono muy calmo como si toda la energía gastada en querer violar a Sebastián le estuviera pasando factura— No tenés idea de cómo te extraño amigo, y cómo nunca te valoré como tenía que ser.

—Pero estoy acá, boludo.

Me levantó la mano y me besó el dorso un largo instante.

—Hay cosas que nunca hacemos por miedo, o porque no nos damos cuenta de que el tiempo pasa. ¿No te pone contento poder volver acá? Ahora esa piba no se va a tirar por la ventana, porque no me voy a mandar cagada con ella ahora, en todo caso la voy a dejar para el final...

Solté mi mano de la suya y lo miré con el ceño fruncido.

— ¿Por qué seguís con eso de violarlos?

—Porque cuando termine el colegio no nos vamos a ver más, y los voy a extrañar a todos.

—No te creo, no me chamuyés Federico.

— ¿Estás enojado? Me duele la boca, me late todo el labio.

—Si no te sacaba ibas a mandarte una cagada peor que lo que hiciste con los demás. Estás re descontrolado.

No dijo nada, en pocos minutos estacionamos en la puerta de Grisú y todo el mundo empezó a bajar.

—Cuando volvamos quiero saber que mierda pasó —le dije.

—Bueno.

CUATRO

Grisú era luminoso, no tenía esa privacidad que recordaba de By Pass, pero sí era una auténtica sorpresa la construcción laberíntica en diferentes niveles que la formaba. Una discoteca ideal para andar disfrazado y perderse y encontrarse en cada nivel y cada vez que uno accedía a una pista diferente. Se trataba de una verdadera cueva del futuro cuyo recorrido era imposible de comprender del todo en una sola noche y más estando borrachos.

Entramos por unas escaleras tratando de evitar tambalearnos demasiado y volvimos a bajar por otras escaleras donde la luz se atenuó un poco más y la música se hizo más presente. Ya había bastante ocupación en ese momento pero todavía el lugar no estaba lleno porque era enorme. Las luces de colores rosados y fucsias, las texturas de los muros y los brillos metálicos dialogaban entres sí volviendo la discoteca un lugar como de ensueño. Con Federico recorrimos un rato sin hablarnos hasta que terminamos en frente a un enorme ventanal por donde podíamos ver el lago bajo el cielo nocturno. Este parecía despedir un brillo azulado, quizá en parte por el efecto que generaban las luces sobre el vidrio del ventanal. Sonaba el estribillo de un tema conocido, quizá ambos lo tarareamos sin escucharnos entre nosotros: «*Pues toma pa' que te enamore' more moree*»

— ¿Ves? Había cosas que te habías perdido —me gritó al oído.

Parecía que estuviera tratando de convencerme de que eso estaba bien. Entonces ahí fue cuando me cayó la ficha, aunque me sentí tonto preguntándole algo así.

— ¿Vos hiciste esto? —debo haberle escupido toda la oreja.

Federico asintió mirando por la ventana.

— ¿Cómo?

—Es secreto —cuando alejó su cabeza de la mía se rió.

Me temblaron las piernas, ahora no tenía ganas de estar en un boliche, y menos en algo así como en el tiempo pasado habiendo vivido el futuro. Lo único que quería era cerrar los ojos y volver a donde estaba antes; pero incluso así estaría frente al cuerpo muerto de una compañera del colegio a la

que conocí durante años, y eso era tan inverosímil como estar ahí en Grisú, la misma noche que se suponía que no fui a Grisú.

Tomá pa' que te enamore' more moree. Todo el mundo estaba como si no pasara nada. ¿Cómo podía ser eso posible? Quería decirle a mi amigo que no tenía que haber secretos entre nosotros, pero solo le pude pedir que volviéramos al hotel.

—Nah —otra vez al oído— Estamos acá para disfrutar, boludo.

—Me siento mal.

—Volvé si querés.

—Sin vos no, Fede.

—Yo me voy a quedar.

Me indigné. No podía creer que Federico se sintiera con ganas de seguir, después de lo que había pasado, después de recibir un golpe mío en la cara. Actuaba como si fuese el rey del mundo o algo así, como si nada de lo que pudiera hacer tuviera consecuencias. Le dije que me iba a sentar y me aleje hasta tumbarme en uno de esos sofás largos que tenían luces pequeñas arriba. Federico se metió entre el montón de chicos que se había juntado detrás de nosotros e intentó integrarse bailando. En ese momento más que nunca necesitaba a mis otros amigos; a Macu, a Amílcar, a Nelson y a Valentino al cual hacía horas o el tiempo que fuera que no lo veía. Porque ya no sabía cómo medir el tiempo.

Un chico vestido de traje y corbata se sentó muy cerca de mí y apoyó un maletín sobre sus piernas. Lo miré de arriba abajo preguntándome durante un buen rato por qué estaba vestido así y si tal vez era una visión mía, ya que todo parecía posible entonces. Después me acerqué a él y le hablé:

— ¿Qué onda, de qué te disfrazaste?

—Testigo de Jehová —dijo.

Yo me reí. Claro, qué otra cosa iba a hacer con un maletín en un boliche. Debía ser medio gil, pensé, para elegir un disfraz tan aburrido y tan incómodo.

— ¿Ya te comiste a alguna?

—No —me dijo— todavía no.

Y ese “todavía” quizá significara “nunca esa noche” El atuendo no ayudaba y su cara de retraimiento tampoco.

—Yo también me siento solo —le confesé. Tener una conversación profunda a los gritos quizá podría volverse la moda del futuro.

—Gracias —Me dijo el predicador, seguro entendió a qué me refería.

CINCO

Cuando me quise dar cuenta estaba sentado en el micro. Por la ventana pasaban los pinos cubiertos de nieve uno tras otros detrás de los montículos que ladeaban el camino. El shock fue de frío esta vez, pero mi cabeza se recuperó de repente y mi conciencia se esclareció. Alguien había levantado la avalancha de borrachera que había caído hacia el frente de mi cabeza.

— ¿Qué hacías hablando con extraños? ¿No estarás develando nuestros secretos, no?

A mi lado la cabeza negra con el pasamontañas me estaba mirando fijo. Yo apenas podía entender cómo es que otra vez había cambiado de lugar.

—Esto no tiene lógica —dije mirando a mi alrededor. Estaban todos iguales como cuando viajábamos a Piedras Blancas. Me toqué debajo de la nariz y seguía teniendo la mancha áspera.

— ¿Cómo lo hacés?

—Vos respondéme primero —insistió Federico.

—Era un pibe vestido de testigo de Jehová, un fracasado que no sabía chaparse pibas. ¿Qué podía estar diciéndole?

Fede se relajó contra el asiento y se levantó el pasamontañas.

— ¿Cómo lo haces?

— ¿Cómo hago qué?

— ¿Cómo...? ¡No te hagas el boludo!

—*Shhh*, no grites bobito... —Federico me palmeó el hombro. Entonces me empezó a dar taquicardia.

—No, no ¡No! ¡No tiene sentido! ¿Cómo hacés a que estemos devuelta acá? ¿Cómo mierda es posible...? porque científicamente no se puede...

—Cálmate...

— ¡No me calmo un carajo! —otra vez mi voz de fútbol.

—Eh ¿qué pasa ahí? —Nelson pateó mi asiento desde atrás.

Yo lo miré y me brotaron unas lágrimas. Ese Nelson ya había estado ahí, yo ya lo había visto, él ya había ocurrido y sin embargo estaba ahí en frente mío, todo era real. No podía verlo, no podía mirarlo sin llorar.

— ¿Qué te pasa a vos?

—Nada Nelson no te metas —interrumpió Federico agitando la mano. Después me miró a mí— Vamos a un lugar más tranquilo...

—No, no —entendiendo lo que quería decir me puse en verdad nervioso — No, por favor, mierda, no vuelvas a hacer eso, no lo hagas más.

Y ahí estaba, con los labios mojados y el sabor a vino en la boca. La luz roja de seguridad alumbraba el rostro de Federico Rada y el micro viajaba en medio de la oscuridad hacia Bariloche. Miré en todas direcciones, y ahí estaba. No era un sueño ni una ilusión porque los olores, los sabores y todo lo que se pudiera tocar era real. Me dolía mucho la cabeza.

—No, no, no —negué con la cabeza una y otra vez, ni siquiera quería mirar— Te dije que no lo volvieras a hacer... ¡Te dije que no lo hicieras!

—Así no nos joden mientras hablamos —dijo mi amigo. Sus ojos en la luz roja se veían como piedras negras, incluso más negras de lo que yo recordaba.

—Por favor... —Me agarré la cabeza y seguí llorando. Era demasiado por un día— Quiero volver... quiero volver a la realidad.

Federico me agarró de la nuca y me miró a los ojos con sus piedras brillantes y su rostro rojo.

—En la realidad Johanna se tiró por la ventana porque quedó medio boluda después de un simple garche. En la realidad está muerta. Yo tengo algo muy importante que hacer, ya te dije, y lo voy a hacer de cualquier forma, pero si muere Johanna se acaba el viaje de egresados y todos a casa ¿entendés?

Esa figura espectral no se parecía en nada a mi mejor amigo.

— ¿Por qué sos tan...? —seguía tragando lágrimas saladas y debía tener la cara fruncida como un bebé.

— ¿Tan...?

—...Egoísta, Federico...

El chico me apretó la nuca y me atrajo hacia él para besarme. Esta vez lo hizo con mucha fuerza, apretando sus labios contra los míos, como en ningún beso que recordara haber dado. Yo no pude hacer nada, solo seguir llorando.

—Te amo tanto.... Solo que todavía no te das cuenta.

Quería pedirle otra vez que volviéramos pero no podía contener mi angustia. Hacía mucho que algo no me producía una tristeza tal que no me permitiera parar de llorar. Si todo eso era cierto entonces no sabía en qué creer, de dónde agarrarme. Venían todas las preguntas juntas ¿Era real mi vida? ¿Se podía volver atrás así como si nada o estaba en una especie de

sueño? Quizá había muerto en el momento en que Federico me ahorcó sobre la nieve y todo eso era lo que hay después.

—Basta... —Me aparté. Detrás de nosotros todos cantaban y golpeaban el techo del micro porque el viaje de sus vidas recién empezaba. Yo ya sabía mucho de lo que iba a pasar después ¿Cómo era eso posible?— ¿Por qué ellos no se dan cuenta?

—Ya te dije, porque te traje conmigo.

—No entiendo Fede...

— ¿Qué sabemos nosotros de lo que es científicamente posible? Si no cazamos una en biología. Si alguien te da un regalo, por más increíble que sea, lo tenés que creer ¿no? y lo tenés que usar.

No entendía a qué venía todo eso, estaba hablando en código.

— ¿Cómo sé que no es un sueño?

—Porque yo te digo que no es —otra vez su mano en mi nuca.

—Entonces quiero que volvamos a la realidad ¡Por ahí Johanna está viva! —Caí en la cuenta de aquello mientras lo decía.

Federico revoleó los ojos y se levantó, ahora la luz roja ya no le alcanzaba la cara y después de su cuello sólo había una sombra negra en su lugar. Tamborileando el compartimento donde poníamos las mochilas habló:

—Yo la vi de cerca, y vos viste el desastre también, todo sangre; no me quedaba otra que irme y traerte conmigo, lo único que faltaba es que se arruinara el viaje dos veces. —Se mordió el labio.

— ¿Cómo dos veces...?

—Decime a dónde querés ir —volvió a caer sobre el asiento y su rostro se incendió en un segundo— Cada vez que volvemos atrás aparecen posibilidades nuevas, como en las películas. Podemos hacer lo que queramos y lo que no nos guste cómo salga, corregirlo. Podemos ir más adelante si querés; esto lo tenés que pensar, boludo, tenés que usar la lógica. Ya con haberla dejado en paz a esa piba hoy, tenés una realidad en la que no se tira por la ventana y ni yo ni vos sabemos qué pasa ahí pero podemos ir juntos a verlo ¿Entendés lo que te digo? Te estoy hablando de unas posibilidades infinitas, te estoy diciendo que podemos hacer lo que se nos cante el culo.

No solo no podía creer que Federico me estuviera hablando de usar la lógica, sino que ya ni entendía qué era para él hablar de “hoy” y cómo nada de lo que había visto parecía afectarle que me hablaba tan entusiasmado como si me estuviera contando, precisamente, una película. Desde siempre había creído que Federico Rada ya tenía la posibilidad de hacer lo que se le cantara

el culo, pero si todo eso que decía era real y comprobable, entonces tenía razones para sentirme mal y temblar, porque con todo lo que quería a mi mejor amigo, nadie más que yo era consiente de hasta donde era capaz de llegar.

—Voy al baño —resolví con brusquedad y salté del asiento.

—Pensálo...

—No me vayas a mover mientras estoy meando —dije con seriedad y Federico sonrió.

—Andá tranquilo.

Por supuesto nada de lo que hiciera a partir de ese momento iba a poder ser tranquilo, de hecho sentía que me podía desmallar o que en cualquier momento me entraba un ataque de esos que hacen que las personas enloquezcan y rompan todo. Entonces bajé las estrechas escaleras tapizadas de alfombra y aterricé en el baño del micro chocándome las rodillas con el inodoro. Cuando cerré la puerta todo se silenció y escuché el zumbido de la ruta tan familiar por la última vez que había ido al baño en lo que para mí era la vida real. La ventana era alargada y estaba a la altura de mi cabeza de modo que cualquiera podía observarme hacer pis si el micro estuviera estacionado. Aspiré el aire con desinfectante y el viento del exterior, me recargué contra la pared y me quedé ahí sintiendo el corazón latir. Me hubiera gustado tirarme al suelo y hacerme un ovillo pero apenas había espacio para estar parado.

—Carajo... —dije. Luego miré a mi derecha y me vi reflejado en el pequeño espejo cuadrado. La luz blanca no dejaba ninguno de mis rasgos ocultos, hasta podía ver las pequeñas venas de mis ojos enrojecidos. Desde mi nariz hasta mis labios había un camino casi negro de sangre seca que había quedado ahí desde la patada que recibí en la montaña. Algo de aquella realidad me había llevado conmigo hasta ahí, yo y mi mente seguían siendo las mismas, porque podía recordar todo; pero a la vez sentía el sabor del vino y el mareo de esa noche. Nada parecía tener lógica como me quería hacer ver Federico.

—Carajo... —Mis pupilas estaban contraídas. ¿Hasta qué punto era yo del presente y yo del pasado?

Alguien golpeó la puerta y me sobresaltó.

— ¡Ocupado! —grité y me lancé sobre el lavatorio minúsculo para deshacerme de esa sangre con el hilito de agua que tenía disponible. Después me bajé los pantalones y miré por la ventana mientras el pis sonaba contra el

metal. Apreté el botón, el fondo del inodoro se abrió y corrió el agua con desinfectante. El olor químico era horrible; quería mi vida de vuelta.

Casi me doy un palo con Yasmín cuando salí, no esperaba que quien golpeó se quedara junto a la puerta.

— ¡Nos matamos! —dijo y se entró a reír.

Yo me reí más por esa extraña pena que por la situación. El no tener idea de que les esperaba el futuro los volvía a todos más frágiles y eso me conmovía como si supiera que todos iban a morir, como si los hubiera visto a todos caer por la ventana. La abracé sin mediar palabra; era tan real e inconfundible que hubiera deseado que fuera un sueño.

— ¡Te agarró el pedo mimoso! —dijo y me rodeó con sus brazos.

—Es solo que te quiero, Yas —hundí la cara en su capucha, olía rico.

—Yo también —nos tambaleamos un poco para dar intensidad al abrazo — Ahora dejáme entrar que me estoy meando.

Me resistí a soltarla tan rápido; cuando lo hice le dije que se cuidara.

—Me cuido che.

—Pero cuidáte posta —insistí.

—No estoy en pedo —levanto una rodilla y se tocó la nariz con la punta del índice— ¿Ves?

Un poco borracha estaba, yo lo sabía, poco podía engañarme a mí.

Volví a subir y el alboroto había amainado un poco, ahora se habían juntado a charlar al fondo del micro pero la música seguía encendida. Podía vivir todo de vuelta y fingir que nada había pasado, si Federico quería corregir los errores no me parecía mal si nadie más lo notaba. Pero para él no se trataba sólo de eso, estaba claro que no había abandonado en ningún momento su idea de “violar a todo el mundo” y más aún me perturbaba que hubiera pensado en dejar a Johanna para el final, como si solo se tratara de evitar que su suicidio fuese un contratiempo.

Lo busqué en su asiento y no estaba.

— ¡Acá boludo! —me llamó desde el fondo del micro alzando la mano. Me volví y empecé a caminar hacia donde estaban todos amontonados, algunos sentados y otros parados buscando posiciones cómodas contra los bordes de los asientos. Recordaba haber estado con Federico cuando ocurrió eso, no estaba seguro de todo lo que habíamos hablado, pero sí que se habían deslizado una conversación profunda grupal. Bromeábamos con revelarnos contra la empresa y escapar del sistema justo el último día de viaje. La idea

era aquedarnos en Bariloche mucho más tiempo y extender esas vacaciones soñadas lo más que se pudiera.

— ¡Traéte mi mochila, porfa! —me gritó desde la oscuridad del fondo. Sólo veía su brazo.

— ¡No me hagas volver! —dije pero cuando terminé la frase ya no estaba en el micro.

El angosto pasillo tapizado se había convertido en un ancho corredor del hotel; mis palabras llegaron a repicar contra las paredes cuando me encontré allí. Todas esas figuras del empapelado eran tan familiares como ajenas; como dije nunca podría asegurar si era moderno o antiguo, lindo o feo, solo extraño, un lugar que no elegiría para quedarme mucho tiempo más al que duraba el viaje. Yo tenía puesta una remera salmón y un calzoncillo negro y estaba descalzo como si alguien me hubiera sacado de la cama. El corredor estaba mudo y vacío y al frente de mí, a unos tres metros, aguardaba un sujeto semidesnudo con un pasamontañas negro cubriéndole el rostro. Debía ser Federico, porque tenía la piel blanca de Federico, el torso lampiño de Federico y los muslos fuertes de Federico; pero ya no sentía que pudiera estar seguro de reconocerlo.

—Me preparé mientras ibas al baño —dijo.

— ¿Para qué me pediste tu mochila entonces?

— ¿Yo qué?

Me acerqué a él hasta ver sus ojos con claridad dentro de esos tajos en la tela. Su imagen estaba tan desfigurada por esa cosa negra, que de tanto mirarlo sus únicos tres rasgos presentes parecían levitar.

—Recién, en el micro.

—Me vine cuando te levantaste al baño, así tenía tiempo de prepararme.

—Ah... —Quedé desconcertado unos instantes. Ahora me preguntaba qué pasaba cada vez que dejábamos atrás una secuencia de tiempo.

— ¿No sabés qué pasa cuando nos vamos?

Se sacó la máscara y suspiró.

—Nunca pude saber, vos decime que estuviste ahí solo un rato.

Entonces lo entendí, Federico en verdad se había venido sin mí mientras yo estaba lamentándome en el baño. Quizá fuera ese que me llamó al fondo el Federico original, el que correspondía a su tiempo.

— ¿Estás mal?

—Estoy terrible Federico —confesé— ¿Qué querés que te diga? Ni siquiera sé en qué momento y lugar de... la galaxia estamos ahora —miré al techo cuando dije “galaxia” protestando y dejando ver mi angustia.

—Yo te voy a levantar el ánimo —Se enfundó la cara de vuelta.

SEIS

Todo el hotel parecía dormir. El silencio era aterrador porque me hacía pensar en un hotel de pesadilla solo habitado por el sujeto enmascarado que se paseaba en calzoncillos blancos por los corredores. Si bien el suelo frío contra mis pies me hacía saber que estaba en el mundo real, cada vez que nos movíamos me daba la sensación de que las cosas perdían cierto destello de realidad difícil de explicar. Quizá se trataba de algo en mi cabeza, ahora que sabía —o temía saber— que ningún tiempo era el presente, percibía que era rechazado de cualquier parte, como si ni yo ni Federico perteneciéramos a ningún lugar.

—Estamos en la noche en que nos culeamos a Valentino —dijo— ahora estarías durmiendo pero te levanté de la cama.

Pensé en Valentino, quería volver al hotel, subir al cuarto y contarle todo lo que había pasado en la excursión a Piedras Blancas. Que nos recibiera fuera de la cama diciendo que ya se sentía mejor y poniendo música en los parlantes para animar un poco las cosas. Pero ahora incluso si volviéramos estaba la barrera de Johanna en el suelo y las flores salpicadas de sangre, algo que cambiaría el rumbo de la historia de cualquiera, algo que cancelaría el viaje de egresados y hasta traería a los medios y noticieros sobre nosotros. No habría normalidad de vuelta por más que lo quisiera.

—*Te lo culeaste* —le corregí. Pero no pareció importarle la diferencia— Si estamos yendo a abusar de alguien no cuentes conmigo.

Federico se volvió hacia mí.

— ¿Por qué?

— ¿Cómo por qué?

— ¿No entendiste nada de lo que dije? —Federico se descubrió el rostro y pude ver su cara de auténtica incredulidad.

—La primera vez que me dijiste lo que querías hacer pensé que era una broma, pero ahora... ¿No ves por qué se mató esa piba?

—Mirá dónde estamos —abrió los brazos— todavía no se mató en esta secuencia, todavía no fuimos a la excursión...

—Ay, boludo... —Me agarré la frente y apreté la mandíbula— No es solo eso... no es que... ¿Entonces podríamos andar por ahí matando gente y después nos borrarnos y listo? ¿Eh? ¡Total no pasa nada!

— ¿Eso querés? ¿Querés matar gente? —Su pasamontañas se fue deslizando hasta acabar de cubrir la nariz. Yo lo miré indignado y otra vez con los ojos húmedos.

—Ya no estás bien, Federico.

Empecé a caminar hacia las escaleras dejándolo atrás. No me importaba si no me lo permitía y nos hacía volar hasta la punta del obelisco o donde fuera, yo estaba enojado. Bajé todo el recorrido advirtiéndole que ni siquiera estábamos en nuestro piso, llegué al hall y me detuve. En teoría hacía quizá un par de horas había estado llorando detrás de las mamparas de vidrio por lo rápido que pasaba el tiempo. Ahora lloraba porque ya no sabía si existía un tiempo real o no. Me acerqué a la recepción y detrás del mostrador estaba mi amigo el chico elegante.

—Mirá quien vino —dijo. Debía ser aburrido trabajar ahí después del After— ¿No se te pasó?

—Creo que no... —dije— ¿Tenés hora?

Miró su celular.

—Tres y veinticinco. Yo trataría de dormir, sino mañana no vas a querer ir de excursión.

—Tengo un amigo que no me deja.

— ¿Ronca?

—No es eso...

— ¿Se hace la tía Manuela debajo de la sábana? —Hizo gesto de frotar un tubo imaginario y me sacó una sonrisa. Se sentía bien hablar con alguien real, al menos más real que la figura enmascarada que decía ser Federico.

—No que yo sepa, creo que no lo necesita, anduvo muy activo.

—Ah... —Sonrió con picardía— ¿Y vos qué onda?

—No tuve la oportunidad...

—Todavía te quedan muchos días igual. Yo ni siquiera lo hice acá, cuando vine de viaje. No estaba interesado.

Asentí pero me quedé pensando en lo que acababa de decir: “Todavía te quedan muchos días igual” era difícil de encontrarle sentido a eso ahora.

— ¿Entonces qué hace tu amigo?

—Me quiere despierto, tiene muchas ganas de joder —Me interrumpí y miré hacia la puerta— ¿Puedo salir a dar una vuelta?

El chico negó con la cabeza y chasqueó la lengua varias veces suavemente.

—Si te dejas salir me matan.

—Claro —Debí suponerlo, entonces me alejé del mostrador— Vuelvo a dormir, nos vemos.

—Suerte.

Esta vez tomé el ascensor. Me encerré con mis tres reflejos distintos que se multiplicaban unos a otros en las paredes de adentro. Observé como todos ellos repetían mis movimientos y pensé en todas las realidades que podría estar habitando sin darme cuenta, todas ellas ocupadas por un yo que viviera ignorante del poder de Federico hasta que su lugar fuera ocupado por el mío según el antojo de este. Todos reflejos, todos reales entre sí mismos pero había uno que los observaba desde el centro y que podía cambiar las cosas, que podía jugar con ellos.

—Ahí estás —dijo el sujeto anónimo cuando me lo encontré en nuestro piso— Te estaba buscando.

Otra vez estaba brillante de transpiración y tenía una marca húmeda al frente del calzoncillo.

— ¿Qué hiciste esta vez? —pregunté con sarcasmo saliendo del ascensor.

Federico levantó un dedo índice apenas tiznado de rojo, como se ven las manchas que deja la acuarela.

—Adiviná a quién le metí el dedo en el orto.

—Hoy te rompería la cara.

Federico soltó una carcajada y me rodeó con el brazo.

—Creí que te lo ibas a tomar mejor.

—Escuchame una cosa —me separé de él para hablarle de frente— Si todavía te importo yo, te pido por favor que nos quedemos acá, que me dejes ir a dormir y vos te vayas a dormir también y... mañana te prometo que voy a evitar que Johanna se tire de la ventana, en serio —La idea me hizo inflar el pecho, quizá era más fácil encontrarle la vuelta al asunto de lo que parecía— Te prometo que la voy a buscar y la traigo con nosotros a la excursión, como sea, o me quedo acá y la voy a visitar a su cuarto, si tengo que secuestrarla para que no se acerque a la ventana, como sea... hasta le pido perdón incluso, ¡perdón por lo que hicimos! —Otra vez las lágrimas— Y si no, por Dios al menos lleváenos a una realidad donde no hayas violado a *nuestro* amigo mientras dormía y quedémonos ahí y ya está, mierda.

Federico se quedó mirando al suelo un momento.

—Por supuesto que me importás —dijo.

— ¿Entonces...?

Se mordió el labio.

—Andá a dormir, después voy.

Por un momento esperé que considerara eliminar la violación de Valentino de su historia, pero si en verdad su meta era la que me venía diciendo, entonces no tenía razones para hacerlo. Yo me tenía que conformar.

—Bueno —Murmuré y pasé junto a él en dirección a nuestro cuarto.

Lo fui dejando atrás y sentí como todavía me miraba a través de los tajos de su capucha; recuerdo que llegué a tocar el picaporte de la habitación ciento catorce cuando todo cambió de nuevo y me encontré mirando al techo. Mi mano seguía extendida pero estaba cubierta de sangre fresca bordó. Un espasmo me hizo temblar el cuerpo como al despertar de una pesadilla de ahogamiento y me encontré tirado con la espalda en el suelo. Empecé a respirar agitado y a sentir un dolor tremendo al costado del abdomen. Mi cuerpo estaba una parte dentro de un cuarto y mis piernas afuera sobre el pasillo; eso observé cuando traté de incorporarme pero aquello aumentó aún más el dolor punzante. Logré ver toda mi ropa manchada de sangre donde tenía la herida y también el reflejo de más sangre vertida a suelo. Tenía el disfraz que me había puesto para la fiesta de Grisú y Federico asomó su cabeza por el umbral y me observó desde arriba.

—En esta realidad seguro que no le pasó nada a Valentino —dijo— Ni siquiera creo que lo fueras a ver de vuelta.

Yo tosí varias veces pero no pude hablar tal era el shock que me poseía. Levanté la mano otra vez y vi mi sangre y luego el picaporte del cuarto ciento catorce.

— ¡Carajo! —Grité cuando me encontré de nuevo en el pasillo. Otra vez mis pies descalzos sobre el suelo frío, mi remera salmón y mi calzoncillo negro. Traté de empujar la puerta pero resbalé y caí sentado contra la pared opuesta, ahora mis pies estaban mojados y jabonosos. Era una ironía que la broma del piso mojado hubiera funcionado después de todo. El dolor del golpe no fue tanto comparado con la horrible sensación de aquella herida embebida en sangre que había experimentado en aquellos fugaces segundos, pero aun así otra vez acabé llorando tal era la impotencia.

—Mierda... —Hacerme vivir eso había sido una cruel tortura de parte de Federico. Cuando miré en dirección al ascensor ya no estaba; seguro que se

había llevado la tarjeta, así que tendría que golpear la puerta esperando que Macu o quizá Amílcar se levantaran a abrirme.

SIETE

Después de golpear unos pares de veces la puerta apareció Amílcar con cara de sueño y murmuró algo que podría haber sido un saludo o una protesta. Cuando entré a nuestro cuarto me invadió el olor a todos nosotros que ahora era como un solo aroma natural al que ya me estaba acostumbrando. Me subí a la cama sin decir nada porque vi que mi amigo solo tenía ganas de volver a dormir, entonces lo perdí detrás de la pared que nos dividía y me encontré con Valentino tendido en el colchón con el culo para arriba igual que como —a mi confuso juicio— lo había visto hoy mismo. Sus pantalones estaban doblados por mí y colgaban sobre la cabecera de la cama y su remera era un cuadrado planchado con las manos junto a su cabeza.

—Perdón —musité y otra vez me largué a llorar. Era injusto que Valentino estuviese tan vulnerable delante de mí, y no solo él, sino todos ellos. Federico y yo podíamos saltar de tiempo en tiempo y hacer de las nuestras pero ellos quedaban allí a merced de lo que quisiésemos hacer. No habría estado de más haber sido traído desde el micro hasta el momento antes en que Federico decidiera que era buena idea cogérselo, pero por algo no lo había hecho; habría cosas de las que no se estaría arrepintiendo, al parecer.

Me sorbí los mocos con el mayor silencio que pude y me fui tragando las lágrimas. No había mucho espacio en la cama de Valentino para una segunda persona; era un ser demasiado grande y abarcativo. Pero yo que era el más delgado del grupo encontré la forma de acostarme junto a él. Aun estando tan próximo a su cuerpo nunca en la vida sentí tanto que no iba a volver a verlo, porque yo sabía que de alguna forma ése chico no era el Valentino de verdad, no exactamente. No quería creer que lo fuera, porque era confuso e imposible de procesar. Entonces en seguida pensaba que ya lo había perdido, que si yo estaba ahí fluctuando con el tiempo y el espacio, entonces nunca iba a volver al principio, a donde las cosas iban bastante bien.

—Perdón... perdón... —dije con ese tono de garganta oprimida que parece que uno estuviera haciendo fuerza con todo el cuello— Era un enfermo de depresión; con la cantidad de agua que salió de mis ojos desde que empezó el viaje seguro que se podían llenar un par de vasos. De hecho

consideré que si hubiera ido a Bypass y Genux como una persona normal quizá Federico no se habría animado a hacer nada por sí solo y hoy Valentino estaría en otra posición. Entonces resultaba obvio que era culpa mía; solo tenía que quedarme con mis amigos en vez de perderme por ahí, cuando el grupo está todo unido no hay problemas. Y soy yo el que hace de engranaje para la máquina Macu-Amílcar-Valentino-Nelson y la pieza importada Federico que pivotea y se quiere salir. No hice lo que tenía que hacer, no estuve en el lugar que me correspondía. Me dejé llevar por la idea de Nelson y Paola pasándola bien juntos o por la de que ya era el último año de colegio y se terminaba todo, o lo que fuera.

Rodeé a Valentino con los brazos de la forma que pude. Lo escuchaba respirar y ya sentía sudor en su espalda. Estaba muy caliente, estaría levantando la famosa fiebre, quizá se fuese a despertar en un rato cuando no soportara más, cuando tuviera dolor de cabeza o temblores o hasta alucinaciones.

Me levanté de un salto.

Si a Federico no se le ocurría arrepentirse y volver a movernos en el tiempo porque se le hubiese quebrado una uña, o pinchado el forro o meado fuera del inodoro, entonces yo y él íbamos a estar en esa realidad hasta el día siguiente. Yo tenía que evitar que Johanna se tirara por la ventana —de solo pensar en que en verdad había pasado me hacía doler los intestinos— y si podía hacer algo para aliviar a Valentino, lo que fuere, lo iba a hacer. Eso significaba mojar una toalla en la canilla y ponérsela sobre la espalda. No sabía que tanto de eso funcionaba pero era la única técnica que conocía.

Todo a oscuras, salvo por algunos reflejos naranjas de la luz de la calle. Reparé en que el piso estaba lleno de cosas nuevas a las que no les había prestado atención la primera vez: globos inflados, cintas, pedacitos de papel; seguro las dos discos habían sido memorables — ¿Podíamos quedarnos acá y arreglar las cosas? ¿Podía convencer a Federico de que... dejase de hacer cosas raras?—

—No —me dije con un hilo de voz— El poder que tiene es de película. Si todo esto es verdad y no el flash de LSD más lisérgico del planeta, entonces no le pudo decir que renuncie a “eso que sabe hacer”

Me vino a la cabeza de repente la secuencia mía, tirado en el suelo y lleno de sangre. Cómo el dolor era real. ¿Qué había sido aquello? ¿Tenía mi mejor amigo la capacidad de crear ilusiones y realidades como quisiera? Era una cosa difícil de preguntarle a alguien. Sólo esperaba no volver ahí nunca

otra vez. Debió ser lo más cercano a la muerte que había experimentado. «*En ésta realidad seguro que no le pasó nada a Valentino*» Él parecía disfrutar de verme confundido.

Escurrí una toalla que había estado empapando en la cocinita y la desenrollé sobre la espalda de Valentino, después le di un beso en el hombro y volví a acostarme junto a él. Si el suicidio de Johanna había sido el detonante para que Federico se pusiera a jugar con el tiempo —pensé— entonces si evitaba eso, no tenía razón para seguir haciendo locuras. Al final tanto él como yo queríamos pasarla bien. Todavía quedaba tanto por hacer; me prometí no volver a perder el tiempo llorando y aprovechar la nueva oportunidad para hacer las cosas como se deben. Iba a unir al grupo, no nos íbamos a separar ni para ir al baño, si Federico está entretenido por nosotros entonces no se enoja, y si se enoja hay que desenojarlo.

— ¿Qué...? —la voz de Valentino asomó muy bajito por el poco espacio que había entre nosotros, porque yo tenía mi cabeza pegada a la suya como si fuera un bebé. Entonces reparé en que mis últimos pensamientos los había dicho en voz alta.

—Nada —susurré— te puse una toalla...

OCHO

Fue un día de lluvia ahora perdido entre el dos mil once y el dos mil doce. Volvíamos de la clase de gimnasia corriendo con las mochilas sobre la cabeza. El cielo estaba tan nublado que parecía de noche y las luces de la calle se habían encendido todas; corría el agua por las veredas de una forma que pocas veces se veía en nuestro barrio; era una de esas tormentas inesperadas que nadie había podido prever que iba a terminar en inundaciones y techos de chapa volados. Recuerdo que con Federico nos arremangamos los pantalones de gimnasia porque el agua se nos metía en las zapatillas como si estuviésemos cruzando un río, pero nosotros nos divertíamos, recuerdo que estábamos exultantes de felicidad, como si nunca hubiéramos visto agua.

Llegamos agitados a una remisería porque todavía nos faltaba un viaje para llegar a casa y ya había cruces que tenían el agua tan alta que nos llegaba a tocar los huevos. Lo primero que hice al subir al auto fue abrocharle el cinturón a Federico, después hice lo propio con el mío y le indiqué al remisero la dirección de mi casa, porque como era obvio, Federico se iba a quedar conmigo a secarse y seguir boludeando. Recuerdo que aquel hombre tuvo la amabilidad de prestarnos una toalla; quizá por piedad, o porque no quería que mojásemos todo su asiento, lo cual hicimos de todos modos. Esa fue una de las cosas que recordé antes de despertarme.

NUEVE

Toda clase de secuencias se debatieron mi cabeza por varias horas; las nuevas, las no tan nuevas y las viejas, incluso creí recordar en sueños cosas en las que hacía tiempo no pensaba; pequeños y breves destellos del pasado y en muchos de ellos estaba Federico Rada.

Estuve un rato luchando conmigo mismo de la siguiente forma: mis ojos se abrían, pero pesaban y se volvían a cerrar como persianas que se sueltan de la correa, después los abría de nuevo y enseguida abajo otra vez. Yo siempre quería abrirlos pero ellos se resistían, así estuve largo rato contra mí mismo. Me terminé de despertar en el suelo con la espalda y las piernas doloridas y el hueso de la cadera que me sentía un viejito. Debo haber estado una hora con los ojos abiertos hasta que recuperé la conciencia como la conozco, entonces me llené de amargura; ojalá nada de lo que pasó hubiese existido.

—Valen... —dije y sentí toda la boca seca. Entonces extendí muy lento el brazo y me agarré de su colchón, porque al parecer me había caído de su cama en medio de la noche.

Me sorprendió que enseguida algo se removió allá arriba y apareció Valentino eclipsando la luz. Tenía unas ojeras tremendas y la cara y el pelo todos mojados. Me agarró la mano con la suya, que era grande y con dedos como chinitos, y me mordió un dedo con suavidad.

—Estas vivo... —dije y me salió una voz como de muerto.

—Jaja... —se sonrió— a vos te hicieron mierda.

Seguro me veía muy mal yo también y así como se sentían mi cara y mi cuerpo debían estar: hechos pija.

— ¿Qué hacés ahí en el piso? —Aún sostenía mi mano con los dedos entre los dientes como quien muerde una lapicera, tenía la boca hirviendo por obvias razones.

—Me caí de la cama —dije— creo que me caí de la cama.

Todavía no podía mover la cabeza ni otras partes del cuerpo, debía tener una contractura de la san puta.

—Yo alta fiebre me agarré, estoy todo mojado mirá —usó mi mano para escurrirse la frente— es que te juro que me desmallé de tanto pedo; nunca tuve un pedo tan potente... alto pedo hermano.

—Lo importante es que estés bien —dije como una abuela que dice que lo importante es la salud. No sabía qué otra cosa decir, era balbucear o empezar a llorar de nuevo. Encima la luz que tenía detrás le hacía como una aureola a su cabezota. Yo era un boludo, ni que hubiera sido él el que se había tirado por la ventana, solo le habían hecho la cola sin permiso, pero hasta hay pibes a los que les gusta.

—Yo te quiero mucho Valentino de mierda —dije— te puse una toalla a la noche porque vi que estabas temblando.

—Aahh —abrió grande los ojos— yo pensé que me había puesto en bolas yo de tan mareado, es que no me acuerdo de nada te juro...

—No, no... es que, te vimos desmayado con Fede y te sacamos la ropa para dormir, y más tarde te agarró fiebre se ve.

Mientras decía eso Valentino fue haciendo un globo de saliva entre los labios hasta que se le explotó y sonrió.

—Son unos atrevidos eh-eh. Les gusta tocar, saben lo que es bueno —Se golpeó el costado del brazo para probar la calidad de su carne. Nos reímos y acto seguido Valentino abandonó la cama con un fuerte rechinado de por medio y se lanzó encima de mí llevándose encima parte de la sábana.

—Pará, estás echo un asco —protesté advirtiendo toda su piel sudada.

—Vos no digas nada —se acercó y me habló al oído— pero también me duele el agujero...

— ¿Qué agujero? —pregunté genuinamente incrédulo.

—El orto —dijo con la misma cautela.

Me quedé callado, no sabía si esperaba que dijera algo o iba a decir algo él. Entonces se incorporó y se sentó en la cama.

—Ya veo que me culiaron entre varios mientras no me daba cuenta —por suerte después de esa frase se echó a reír y yo le acompañé como pude.

Era curioso que la vez anterior que había vivido aquello, todo se había dado de una manera diferente de forma tal que Valentino no me había llegado a mencionar ese asunto. ¿Cómo podría haberlo mirado si yo hubiera participado junto con Federico? Ni siquiera podía pensar en eso.

Se fueron levantando todos pero Federico nunca llegó al cuarto. Todo lo que recordaba de esa mañana no había ocurrido técnicamente; ni el desayuno e interrogatorio con Macu, ni la salida en micro al Cerro Otto, aunque al

mismo tiempo de allí era de donde venía yo, aunque nadie pudiera enterarse. En aquel punto me pregunté si no tendría también Federico el poder de escuchar todo lo que pasaba alrededor mío aunque no estuviese presente, pero la idea se me hizo tan incómoda y opresiva que preferí pensar que no.

Me envolví en la camperota y dije que iba a dar una vuelta para buscar a Federico así no se perdía la excursión, no pude evitar volver a dejar a Valentino en su cama cubierto con su manta hasta la mitad de la cara. Porque si bien había amanecido de buen humor, ahora estaba como yo lo recordaba; volando de fiebre y cubierto de pies a cabeza; de alguna forma las cosas terminaban acomodándose a la fuerza, como en las pelis de viajes en el tiempo.

En el pasillo del hotel quedaban los rastros del After en el aire; era algo que sólo quien lo hubiera vivido podría reconocerlo. No se trataba de mugre en el suelo o botellas tiradas en las esquinas, porque de hecho cuidábamos bastante los pasillos, sino que era algo invisible que evocaba la fiesta que ya no estaba, la música y gritos que habían cesado. Tenía, para ser exactos, una mañana de ventaja con respecto a los demás; eso solo, una mañana, no era tan perturbador después de todo. Y pensando en eso llegue al cuarto de las chicas, donde debía estar Johanna quién sabe en qué situación.

—Hola —me dijo Yasmín con cara de sueño. Ya tenía la bufanda puesta y la campera igual que yo, solo que en mi caso debajo todavía estaba en pantalón corto.

—Yas ¿está Johanna ahí?

— ¿Qué querés con ella?

Traté de mirar por arriba del hombro de Yasmín a ver si la veía pero ella cruzó el umbral para cerrar la puerta detrás de sí.

—No debe estar de humor —dijo— y yo creo que tampoco. Tengo moco hasta los bronquios, no sé... me sale la voz como si fuera una oveja. Además yo estoy enojada con vos; bah no con vos, con Federico, porque es un estúpido. Igual es lo mismo, vos sos su representante, te tenés que hacer cargo de mi furia —aun así todo lo dijo con un tono suave ocultando la boca detrás de la bufanda.

—Nada más quiero hablar con ella para... disculparme. Además no tenés nada en la voz —le pasé los dedos por la campera de arriba abajo, como una especie de caricia tímida. Algo entre nosotros siempre había, o por ahí era mi imaginación, pero ella era tan amable conmigo que era imposible no pensar que en algo estaría interesada.

Me miró fijo como esperando algo más.

—Y es verdad —dije— Fede es un estúpido, anda por ahí perdido sin dormir y quiero que venga a la excursión; pero antes tengo que hablar con Johanna, sé que se debe sentir mal y la quiero ayudar.

—Me sorprende tu consideración —dijo un poco desconfiada y un poco enternecida. Entonces me devolvió la caricia acomodándose el cuello de la campera— Tomé tanto ayer, si supieras, y encima ahora me viene a agarrar el resfrío, puta. Tengo la cabeza como... no sé cómo explicar —agitó las manos rápido y volvió a mirarme fijo.

—Si te ve Paola te va a meter una piña.

—Me hago cargo —prometí.

—Si la molestás a Johanna también va a haber una piña de mi parte.

—Cuando quieras.

Ella dubitó ahora con la mano en el picaporte.

—Pero hacés lo que tengas que hacer volando, en segundos eh —me miró severa y frunció el ceño— esto es un cuarto de chicas y es demasiado temprano.

—Lo prometo, te quiero.

Me agarró del mentón y se puso en puntas de pie para besarme la mejilla.

—Hola —dijo. Nos debíamos el saludo ante todo— Me voy a desayunar, vos no rompas nada ni seas boludo —se fue dando zancadas hasta el ascensor.

— ¡Yas! —Le alcancé a gritar y se dio vuelta— ¿Te acordás cuando nos cruzamos en el baño del micro?

Se quedó un instante pensando.

—Sí, creo —torció los labios hacia abajo por lo irrelevante de recordar eso.

—Eso, nos vemos.

Yasmín levantó los hombros y se volvió hacia el ascensor.

Entré al cuarto de las chicas y cerré la puerta. No podía negarme a mí mismo que ya lo conocía más o menos bien. Caminé con cautela esquivando los bolsos y advertí que alguien estaba en el baño; la puerta estaba cerrada y se escuchaba ruido de ducha. Me asome por la pared que dividía las camas y la encontré a Johanna sentada en la suya; estaba con las rodillas recogidas a la altura de su pecho y tenía el celular en una mano y un cigarrillo en la otra. El humo se elevaba despacio y luego era absorbido por el aire de la ventana. Me deslicé con tanto cuidado que tardó en darse cuenta, pero cuando me vió abrió los ojos y se quedó dura como si hubiera entrado un violador.

—Johanna...

— ¿Qué hacés acá? —murmuró. Estaba realmente sorprendida.

Yo nunca hablaba con ella, no la conocía tanto como a Yasmín o a Paola, porque ella era diferente. Era más cerrada en sus cosas, no se prendía tanto a los chistes, no se reía cuando yo quisiese que se riera, y no era amable conmigo, tampoco era fiera como Paola, a ella no le interesaba nada en mí, y quizá por eso cuando me miró con esos ojos tan grandes me di cuenta de que yo no la entendía. Y quizá muchos no la entendían, tal vez la misma Yasmín no lo hacía; de hecho me atrevía a pensar que ni siquiera le había contado lo que había pasado con Federico, que solo Macu tenía el privilegio de saberlo, porque él era confiable. Pero yo no era confiable, yo estaba con Federico Rada, que era impredecible; no tenía yo esa habilidad conciliadora, esas artes del diálogo para levantar ánimos, aconsejar o llevar un grupo adelante. Incluso si lo pensaba bien me sentía como un perro bandido que acompañaba a un perro bandido superior, como una mala influencia. Eso era yo, una mala influencia.

—Perdón, pasa que...

Ella siguió mirándome con su sorpresa; no era la chica más linda, ni la más fea. Pero la severidad de su mirada, casi como una acusación, era como una mano que te agarra del cuello. Ella sabía o no sabía que yo había estado presente junto con Federico, esa era la cuestión, porque su mirada decía que me odiaba, y no era una mirada de enojo, era la sorpresa de quien no espera que te atrevas a venir. Y eso me hizo enojar, tal vez incluso me hizo odiarla. Toda clase de pensamientos pasaron por mi cabeza: desde mis manos en sus tetas, su cuerpo tibio y blanco, hasta la idea de que perdía el tiempo humillándome con un intento de disculpas, siendo que si quería podía desaparecer de allí y volver al pasado para...

—Yasmín me dejó pasar...

— ¿Para? —Dijo Johanna. Ella tenía la voz muy gruesa, y yo me había olvidado.

«*Para decidirme a violarla*» concluí mi pensamiento casi como una respuesta a ella. Yo no conocía a Johanna, eran mínimas las interacciones que teníamos en el colegio, ella no me entendía y yo tampoco a ella, éramos de burbujas diferentes, ni siquiera podríamos hacer el amor correctamente, pensé, de la forma en que ambos cuerpos se entendieran, porque apostaba a que nada de lo que yo hiciera podría gustarle; la imaginaba incómoda, su cuerpo desnudo junto al mío removiéndose sin encontrar la posición

adecuada. Pidiéndome que pare, que me detenga, que me ponga así, que no haga esto, que no haga lo otro. Era odiosa, sería odiosa. Pero por qué tendría que someterme yo a eso si podía volver atrás todas las veces que quisiera para hacer lo que en verdad tendría que haber hecho.

Me empezó a latir fuerte el corazón, mis pensamientos se descontrolaron, como una botella de champán que eructa escupiendo espuma. Me dí media vuelta y volé hasta la puerta para salir, después la cerré detrás de mí y corrí hasta las escaleras. Recordé muchas cosas juntas de pronto; se habían abierto las puertas de la conciencia rebelde. Las profesoras me miraban en la escuela, muchas veces con la misma cara que Johanna: severidad, acusación, juicio previo. Yo me sentaba en el fondo del aula con Federico y ahí hacíamos lo que queríamos, y todos sabían que nuestro vórtice de mala influencia absorbía a todo cuanto más cerca estuviera. Eso éramos los dos, y nuestros amigos eran sólo la parte más cercana al vórtice pero no eran como nosotros, no al cien por cien.

Me detuve en el primer descanso de la escalera y me recargué contra el pasamano. Desde allí ya se escuchaban sonidos y voces; los demás chicos, el televisor, los platos, los coordinadores. Estaba agitando y frenético, pero en el buen sentido, de alguna manera en el buen sentido. Las tetas de Johanna habían estado bajo mis manos y ni siquiera lo había podido disfrutar, de igual forma había visto a Yasmín ser cogida casi o mejor que como se ve en un video porno y tampoco lo había saboreado como correspondía, y sumado a esto había tenido la posibilidad de cogerme a esa Juliana o Julieta, la noviecita de Sebastián y también lo había saboteado. Solo me había limitado a llorar y lamentarme, como si mi vida se hubiera frustrado para siempre. Pero ahí estaba tan claro en mi cabeza, las miradas de los profesores, de los preceptores y compañeros, cada vez que veían al par de perros de la calle llegar juntos, cada vez que lo veían rodearse de los demás perros. Qué sentido tenía en ese punto deshacerme en disculpas con Johanna o tatar de revertir lo que ya estaba hecho —o estaba por repetirse— Por qué el montículo de culpa debía caer sobre mí, si yo era la mala influencia, yo era el que traía problemas, solo esto se podía esperar de mí, de nosotros, de Federico. Sólo esto nos correspondía hacer porque éramos lo que éramos.

Entonces lo necesité más que nunca.

Terminé de bajar la escalera así como estaba, en pantalón corto, zapatillas a medio poner sin medias y el camperón encima. Busqué por toda la planta baja del hotel: pasé por entre las mamparas, por la recepción, procesé

muchas caras de forma rápida solo para encontrar la que me interesaba. Había chicos de los otros colegios, coordinadores que no eran los míos y los que sí, algunas caras conocidas en el comedor y olor a frito, a horneado, a perfumes de chico y de chica y al perfume del hotel también. Afuera ya nevaba como era de suponerse pero Federico no aparecía. ¿Dónde más podría haberse metido? ¿Qué había hecho durante toda la noche?

—Fede... Fede... Fede... —murmuraba bajito dando vueltas como un loco. Si hubiera dormido en otro cuarto entonces tarde o temprano tenía que bajar a buscarme, porque si yo no lo buscaba él venía por mí, a él le tenía que pasar lo mismo, intuía yo: estar lejos de mí lo enloquecía como a mí ya me estaba enloqueciendo estar lejos de él. Porque la mente se suelta de una forma horrorosa y se pone a dar giros por su cuenta y elucubrar teorías y pensamientos que el otro no te puede confirmar ni refutar, entonces todo lo que uno piense estando solo es posible y realista.

Me tumbé en uno de los sillones del hall y desde allí observé el comedor desde lejos: espaldas encorvadas sobre los platos del desayuno, otra vez caras largas, resacadas, ojerosas o semi cubiertas con bufandas o capuchas. Yo debía verme peor que todos ellos juntos, hasta tenía una erección furtiva que iba y venía cuando quería a causa de los pensamientos cruzados. Todo lo que veía delante de mí estaba bajo mi poder si me lo pensaba con cuidado; nadie sabía lo que iba a pasar esa mañana excepto yo. Las flores del frente del hotel aún estaban limpias y muchos estaban sin conocer la nieve todavía. Entonces me levanté y caminé al comedor, agarré un plato de losa y me empecé a servir cosas; dos milanesas, unas fetas de jamón y queso, una exageración de queso rallado y tuco que todo quedaba bien junto. Después un vaso de coca y me senté con unos desconocidos sin preguntar antes: un jopo rubio, uno muy moreno casi negro y otro gordito y redondo como un americano. Ni los miré bien.

—Qué onda —saludé y me puse a comer. Escuché sus saludos ya con media milanesa en la boca. No parecieron incomodarse sino más bien divertirse. O quizá sí se incomodaron.

—Había hambre che —dijo el gordito.

—Es que garché como un hijo de puta —dije con la boca llena.

Se rieron, hicieron algún comentario más, pero no les presté atención. ¿Qué podían saber? Ni siquiera sabrían dónde estaban parados, o hacia donde iban las cosas, al menos no más que yo. Creo que uno de ellos me preguntó algo a lo que yo respondí con un «No» o un «Sí» también con la boca llena de

comida. Después me fui tomando el vaso de coca hasta que me chorrearon unas gotas largas por el mentón. Supongo que me miraron, o se miraron, porque ellos no me conocían ni yo a ellos, y nunca habíamos cruzado palabras hasta ese momento.

—Nos vemos —dije satisfecho y me levanté de la silla. Sentía que hacía una eternidad no me llenaba el estómago como correspondía. Me fui del comedor sin mirar atrás mientras saboreaba el aceite frito, el tuco, el queso rallado y la coca todos juntos; me puse la capucha bien enterrada para que me cubriera lo más posible y anduve como un cuco de invierno hasta el baño de la planta baja. Comer era lo que necesitaba para calmarme y pensar bien; era lo que Federico hubiera hecho.

DIEZ

Las respuestas estaban en el baño pero no como esperaba. Esperaba encontrar a mi amigo escondido en un cubículo con la cabeza en el inodoro o para mi no-tan-sorpresa «cogiéndose» a alguien a esa hora de la mañana como si hubiera sido su deporte durante toda la noche. Pero no. Después de revisar cada uno y advertir que estaban vacíos, hacer pis respectivamente en uno de ellos y chequear mi imagen de cuco de invierno en el espejo alargado que cruzaba toda la pared, apareció un chico de otra escuela y me señaló con el dedo índice.

—A vos te buscaba —dijo— ¿Vos sos amigo de Federico?

—Soy su hermano —dije sin pensar.

— ¿Posta son hermanos?

Miré mis ojos en el espejo.

—Si.

El chico se me acercó y le habló a mi reflejo. Tenía por cierto un perfume glorioso, y tuve el instinto de respetarlo sin importar quién fuera.

—Tu hermano está en mi cuarto desde la noche y no se despierta.

Yo sonreí, ya cuando dijo “Federico” me llené de emoción. ¿Se habría presentado o tendría su nombre escrito en el paladar? ¿Cómo sabía ese chico que mi amigo se llamaba “Federico”? No importaba.

—Debe haberse mamado mucho —le dije y largué una risita inesperada hasta para mí.

—No wacho, pero posta —el chico frunció el ceño— está casi en bolas tirado en mi cuarto, no sé cómo despertarlo ¿podés venir?

Cuando me fijé bien en él me di cuenta de que ya estaba preparado para ir a la nieve, y de que ya lo había visto antes, precisamente ese mismo día, pero la versión original, la que había vivido antes de enterarme que mi amigo podía controlar el tiempo y el espacio. Tenía ya un poco de barba en el mentón, como les crecía a muchos a esa edad. Un arito de piedra en cada oreja tipo Maradona y una argolla en el labio adornaban su cara de pómulos salientes. Debía respetarlo, quizá era también una mala influencia.

Salimos del baño a toda prisa porque ya me venía comentando que estaba a punto de salir y no quería faltar a la excursión. Hablaba con confianza como si ya nos conociéramos; esa era la magia de Bariloche. Justo entonces cuando estábamos subiendo la escalera nos cruzamos con Macu, Nelson y Amílcar que bajaban todos emponchados listos para irse.

—Eu ¿qué hacés así todavía? ¡Ya nos estamos yendo! —Macu se refirió a mi pantalón corto. Y pensar que en esa realidad no habíamos hablado nunca sobre Johanna, pero seguro él ya venía pensando que yo estaba raro igual que Federico.

—Estamos yendo a buscar a Fede —dije.

Macu reparó en el chico desconocido que me escoltaba. Lo saludó con un «*Qué onda*» y rápido choque de puños.

—Tu amigo está desmayado en mi cuarto —le dijo este chico.

—¿Pero qué, está bien? —Macu se alertó.

—Uh, alto bobo es ese pendejo —dijo Amílcar y se llevó la mano a la frente.

Los cinco varones ocupábamos todo el ancho de la escalera y nos tuvimos que correr un par de veces para que pasara alguien.

—Tranqui, lo estoy yendo a buscar.

—Eu pero dale que ya nos vamos para el micro... si lo ves muy dormido dejá... —Macu estaba contrariado, se notaba que no sabía qué pensar, que estaba confundido. La forma en que me miraba y en que desviaba los ojos para mirar alrededor cada tanto daban cuenta de eso, y también de su personalidad en general. Era un organizador de todo, porque primero lo era de su propia vida, y lo desconcertaban este tipo de percances que estaban fuera de su control.

—Es mejor que suba ahora —dijo el chico desconocido con mucha seriedad. Él también estaba preocupado por algo pero yo no sabía leerlo.

—Voy... —dije— Nos vemos che —los fui empujando con el cuerpo para que destrabáramos la escalera y yo subiera y ellos bajaran. Amílcar me dio unas palmadas en el hombro y Nelson se me quedó mirado con una suerte de sonrisa quien sabe por qué.

—Bajá en cinco —me dijo Macu ya al pie de la escalera— en serio te lo digo amigo, no te pierdas más cosas —Tenía un claro registro de las cosas que yo había y no había hecho; era Macu.

—Recibido —dije y nos separamos como siempre.

Ni bien llegamos al piso correspondiente, el chico sacó lo que tanto le preocupaba.

—Tiene sangre en la cabeza.

Lo miré.

—Acá —se señaló el costado de la frente— tiene un poco de sangre.

Entonces reparé en su altura, me di cuenta de que todo ese tiempo yo lo venía mirando desde abajo porque era más alto que yo. Si lo respetaba tenía que ser sincero.

—No soy su hermano —dije— Federico nació en un colectivo.

El chico me miró incrédulo. Quizá por lo extraño de la confesión, por lo repentino, o porque no parecía haberme entrado por el oído que mi amigo tenía sangre en la cabeza. Solo que sí lo había hecho, pero quizá ya no me sorprendía más nada en la situación en que estaba.

—Ah... —dijo el chico, porque claramente no sabía qué decir.

Llegamos a su cuarto como para que la interacción no se volviera más incómoda. Él golpeó la puerta llamando a un tal “Pochi” y en segundos esta se abrió y apareció otro desconocido: el tal “Pochi”

—Dale, perro —fue lo primero que dijo. Este también estaba preparado para salir al micro y era evidente que estaba apurado y nervioso.

Entre al cuarto desconocido y me invadió un igual tipo de fragancia que la que me recibía en mi propio cuarto. Perfumes masculinos varios combinados, que en definitiva eran los mismos o parecidos, porque en materia de perfumes y desodorantes todos compramos la variedad limitada que había en nuestras ciudades y se repetían aún a kilómetros de distancia.

—Ahí...

El chico alto me señaló y condujo hasta donde tenían a mi amigo. Sentía la incomodidad de ambos, y la idea de que no éramos amigos, ni conocidos, y que estábamos en esa situación por la fuerza me ponía incómodo a mí también; como si el espíritu de amistades fáciles y códigos de pibes se hubiera esfumado para dejar a la vista la realidad de que todos éramos adolescentes con dolor de cabeza y muy pocas ganas de hablar a esa hora de la mañana.

—Amigo lleváelo y revivílo porque lo saco yo al pasillo si no —dijo el tal Pochi a mis espaldas. ¿Había sido una amenaza? ¿Qué no sabía quién era Federico o quién era yo? Debí haber odiado a ese pibe tanto que ni me acordaba de su cara.

Federico estaba acostado en el suelo a lado de las camas con su calzoncillo y su piel blanca. Se lo veía dormir tan plácidamente como Johanna aquella vez, cubierto de vulnerabilidad y sin ningún gesto en su rostro. Y era verdad, tenía sangre en la cabeza, unas chorreaduras que iban desde su pelo húmedo, surcaban la frente y se perdían por el pómulo izquierdo hasta la oreja. Lo de “un poco de sangre” debió haber sido una forma de alivianar las cosas para mí, porque nadie que hubiera visto esa marca bordó hubiera dicho que era “un poco” de sangre.

—No hay forma de despertarlo —dijo el chico alto.

Me hubiera gustado contestarle «*entonces déjenlo dormir*» porque se veía tan tranquilo como un nenito. Tenía los brazos recogidos con las manos sobre el ombligo y las piernas juntas. Quién sabe qué habría hecho para terminar así y por qué estaba en ese cuarto.

—Amigo —me llamó Pochi. Cuando me volteeé me lanzó algo negro por arriba de las camas— tenía esto en la cabeza.

Atrapé el pasamontañas de Federico; era suave y estaba impregnado de su esencia fuera cual fuera. Lo observé un rato y después a mi amigo. Me arrodillé junto a él y pegué mi oreja contra su pecho, justo sobre el esternón. Respiraba con suavidad pero lo hacía: su pecho se elevaba un poco y bajaba y salía aire de su nariz. Estaba tan tibio que quizá me arrancó otra furtiva erección y su piel era suave contra mi mejilla. Yo no podía vivir sin él, y por eso él tenía que estar vivo. Bajo sus párpados estaba seguro de que estaba en otra parte, de que ya no estaba allí; de que se había ido a algún lugar y tiempo mejores, porque era lo que él sabía y le gustaba hacer.

—Fede —dije y apoyé mis manos sobre su pecho— lleváme con vos, ya estuve mucho tiempo solo —lo murmuré, lo dije entre dientes; no sé cuánto de eso se puede haber escuchado pero estoy seguro de que las miradas de esos dos chicos desconocidos estaban clavadas en mí— Quiero irme ahora por favor amigo... lleváme a donde estés, no me importa si es al pasado o si se puede al futuro —otra vez empecé a llorar— yo sé que vos podes hacerlo, por favor, no quiero que desaparezcas, no quiero que me dejes solo Federico... — Le agarré la cara con ambas manos pero esta no cambió de expresión— Yo sé que estás en otra parte Federico de mierda, por favor, no te olvides de mí, yo soy tu amigo, carajo —me empezó a agarrar una angustia terrible, incluso sentí mucho frío de repente— ¡Por favor escuchame, me tenés que escuchar! ¡Federico!

—Eu wacho... —llegó a decir el chico alto y quizá hasta se acercó a tocarme el hombro porque recuerdo sentir una mano presionarme. Pero ya no importó porque ese cuarto desapareció y el cuerpo de mi amigo se esfumó de mis manos después de gritar su nombre.

ONCE

Federico nació en un colectivo, me lo contó varias veces. El 10 de noviembre de 1994 su madre empezó con el trabajo de parto arriba de un colectivo y aunque este se puso en marcha en dirección al hospital más cercano, hubo que apurar el nacimiento porque Federico estaba apurado por salir en ese momento. Los pasajeros solidarios tendieron unas camperas en el suelo del vehículo y la acostaron con las piernas abiertas ante la mirada expectante de todo el mundo. Fue tal la suerte que había entre ellos un policía que recibió al bebé con sus propias manos y luego fue elegido padrino de Federico en agradecimiento. Recuerdo cuantas veces me dijo que había salido en el diario, que él era tan importante que su propio nacimiento había sido una noticia.

DOCE

Mis lágrimas no se secaron, porque algo siempre me llevaba de la porción de realidad donde había estado; pero mi cuerpo se sintió revitalizado, como más fuerte. En el momento en que la figura pálida de mi amigo se desvaneció y todo alrededor se fue con él, llegué a tener un último pensamiento fugaz: que yo era parte de la realidad de Federico, y que en definitiva, todo y todos éramos parte de su realidad, de su vida, de su tiempo y espacio; y por eso podía llevarme y traerme, así como viajar cuando quería. No existía mi vida como tal, como si se tratara de un sueño suyo y nosotros fuéramos los personajes recurrentes. Y esa sensación de fortaleza y revitalización del cuerpo me hizo pensar que no estaba mal, que ser parte de él era todo lo que habría querido yo desde siempre, que en él iba a estar seguro, como cuando alguien conoce a Jesús.

Estábamos en el hotel, al parecer, y era de noche. El comedor tenía un juego de sillones negros cerca del televisor, por delante de todas las mesas. Yo aparecí sentado en el de un cuerpo y en frente mío adiviné que estaba Federico ocupando el de dos cuerpos; y hablo de adivinar porque estaba tan oscuro que solo el reflejo naranja de la calle entraba por los grandes vidrios y lograba iluminar una mitad de su cara. Estábamos en camisa, pero no en camisa a cuadros como podíamos estar para cualquier momento, sino en camisa elegante: yo tenía la mía, color blanca con un patrón de puntitos negros que se veía naranja a causa de las luces de afuera, y Federico una negra estilo tejana con esos bordes adornados en los hombros y dos bolsillos en el pecho; le quedaba muy bien había que decir.

—Ahora dónde estamos, quiero saber —dije con firmeza, como si ya me hubiera aprendido el juego; era una forma de ocultar que estaba aliviado de verlo— O sea, en qué momento de la... vida.

Todas las luces del comedor estaban apagadas, como acostumbraban en el hotel una vez pasado el After e ido todos a la cama. Lo único que brillaba a lo lejos era la recepción que siempre tenía a alguien despierto haciendo guardia. La calle se veía muy tranquila por la ventana, no se movía ni una sombra.

—Mirá tu celu —dijo. Vi su mano hacer un gesto.

Enseguida me palpé buscando; tenía el celular en el bolsillo de mi jean azul. Se sentía raro saber que pasé de tener un pantalón corto a ese jean achupinado de un segundo a otro, y al mismo tiempo se sentía como si lo hubiera llevado puesto desde siempre. Hasta llegué a olfatear mi propio perfume que en el tiempo del que venía no tenía puesto y ahora de repente sí. Seguro estaba bañado y con los calzoncillos nuevos puestos; todo era real, todo era palpable como se dice. Era miércoles 21 de Agosto de 2013. Las 5:22 de la mañana. Me sorprendió; no habíamos cambiado de día, solo habíamos viajado a la noche del mismo en el que Johanna se había tirado por la ventana, el mismo en el que íbamos a Piedras Blancas a patinar en trineo y a la vez el mismo en el que, como una segunda oportunidad, evitaba ir a esa excursión para salvar a Johanna y encontraba a Federico desmallado con un “poco” de sangre en la cabeza. Pero si todo eso había pasado de verdad, ¿Cómo era posible que estuviéramos esa noche allí tan tranquilos y con esas ropas?

— ¿Cómo puede ser? —dije. Y me refería literalmente a todo.

—Sabés que soy un boludo —empezó él. Tenía la voz ronca pero tranquila. De hecho a juzgar por su postura, sentado con los brazos estirados sobre el respaldo y la cadera deslizada hacia adelante, se notaba que estaba tranquilo— Ese pibe Pochi, me dejó meterle el dedo ya sabés dónde, y... después yo quería hacer otras cosas ¿Sabés? Porque había buena onda... pero él ya no quería, no sé qué le pintó de repente. Entonces me fui, bajé a verte a vos, ya no me acuerdo...

Federico era tan impreciso y lento que parecía que estuviese adormecido o drogado, o la primera a causa de la segunda. Pero en el fondo de su garganta, en esa ronquera, parecía contener el llanto. Quise preguntarle si hablaba de ese tal Pochi que estaba en el cuarto del chico alto hacía un momento, porque no me había dado la impresión de ser un pibe de los que se dejan meter el dedo en el culo, pero me interrumpió.

—Pará, te estoy contando —Otra vez gestos con las manos en la oscuridad. Apenas se apreciaba que movía la boca para hablar, porque se echaba para atrás y esquivaba el reflejo naranja— Bajé a verte, vos estabas enojado, discutimos y eso... y... todos se enojan, al final. Todos se enojan conmigo... ¿Me querés decir que hago mal?

— ¿Entonces estamos en el futuro? —dije— ¿Podemos viajar al futuro?

—El futuro no existe, lo que no pasó no puede existir —pareció molestarse con mi intervención, quizá esperara alguna suerte de consuelo, o que en serio le contestase qué cosa estaba haciendo mal. Pero yo no entendía de verdad qué quería que le dijera.

—Fede...

—Pará, te estoy contando. Entonces nos pusimos de acuerdo, te fuiste a dormir y te dejé tranquilo, y yo volví a ver a ese chabón, porque le gustaba la máscara. Y yo quería hacer cosas y él no quería... o sea quería y no quería, daba mil vueltas; estábamos solos porque él había venido temprano de... Genux. O creo que directamente se había rajado después de que termino lo de Bypass... —de repente un «snif»

Estaba llorando y se sorbía los mocos. Imaginé sus ojos colorados brillando como bolas de billar mientras miraba al suelo.

—Pero —siguió— daba tantas vueltas este Pochi, que encima tiene un apodo de mierda... y nos empezamos a agarrar a piñas, te juro... nos empezamos a cagar a palos, forcejeamos porque yo ya estaba muy caliente y quería que él hiciera lo que yo le decía. Y es muy gracioso porque yo no tendría que haber querido violarlo, porque yo mismo te dije que no me interesaba la gente de otro colegio... pero es que es tan difícil cogerse a treinta y ocho personas en once días que... además este puto estaba regalado al principio...

—Fede...

— ¡Pará dije!

Se hizo un silencio total. Luego fue mi propio silencio de ser callado por mi amigo.

—Cuestión que me golpeé la cabeza fuertísimo, amigo, te juro que me rompí la frente... creo que fue contra la mesada de la cocina o no se... como que me resbalé... —otro «snif»— Y te juro que cuando estaba en el piso pensé “ya fue, hasta acá llegamos” y después me agarró un mareo que parecía el pedo supremo... sentí como me salía la sangre, era como si me acariciara alguien la cabeza... porque estaba muy tibia. Después pensé que quería morir, te juro —«snif»— Pensé que ya estaba cansado, que no tenía ganas de nada... que ya no sabía cómo hacer para que la gente no se enojara conmigo. Y me fui dejando llevar ¿viste? Como un barquito que se va y se va por el mar...y en el último momento me agarró un miedo terrible y sentí el frío más horrible de mi vida, te juro, peor que la nieve de acá. Y me escapé al toque; como si hubiera saltado una vía justo antes de que venga el tren, porque te juro que

fue justo. Y ahora pasa que... yo creo que quedé en coma... porque si trato de volver a esa realidad no puedo, ya no existe para mí; es como que no la encuentro...

Cuando hubo un espacio de silencio con un par de *snifs* más, pensé que era apropiado hablar sin molestarlo.

— ¿Y esta realidad entonces qué es? ¿Cómo funciona...?

Federico no respondió enseguida. Pude imaginar mil caras que podría estar poniendo; otra vez mi intervención parecía ignorar sus sentimientos, pero es que yo no estaba habituado a lidiar con ellos.

—Viste cuando tenés ese papel picado que brilla —dijo— ese... *confeti* le dicen... El papel picado ese pero el que brilla, el que es como de espejo. Bueno, esas son todas las realidades, son todas papelitos que vienen de un mismo lugar pero fueron recortados y separados. Además de que se reflejan unos a otros mientras caen y crean nuevas repeticiones de ellos mismos en el otro y así de forma infinita. Podemos crear todos los que queramos y pasar de uno a otro...

Esa noche Federico estaba especialmente pulido para las comparaciones.

— ¿Y ahora dónde estamos?

—En uno donde no nos cogimos a nadie. Donde ninguna imbécil se suicidó, donde vivimos todos aburridos porque no podemos hacer lo que nos gusta. Cuando termine esto nos vamos a arrepentir de todo lo que no hicimos ¿entendés?

«*Snif... snif... snif...*»

Quizá era mi culpa, el no haber reparado en los sentimientos de mi amigo lo había puesto en esta situación. Acababa de decirme que casi se había muerto y yo quería entender, pero no sabía si entendía. Entonces reparé en que tenía su pasamontañas entre mis rodillas; casi se estaba cayendo porque lo había soltado para ver la hora en mi celular, porque ni siquiera me había dado cuenta de que este había viajado conmigo. Incluso tenía su mancha de sangre correspondiente.

— ¿Hablaste con Johanna? —me preguntó.

—No pude —la pregunta me sorprendió, pero esa había sido mi única tarea y no la había podido resolver— pero si ya estamos acá entonces... podemos seguir así, digo, acá estamos bien. Como vos dijiste, no violamos a nadie; es cuestión de irse a dormir y seguir para adelante, porque, si se puede viajar al futuro entonces...

—No se puede viajar al futuro —interrumpió Federico— ya te dije que no se puede. Además ¿cuál es el chiste de hacer lo mismo de siempre?

No podía entender sus palabras, de qué hablaba o a qué se refería. Por qué no podía abandonar esa obsesión con la que había venido. Me levanté de un salto y con un par de zancadas aterricé de rodillas frente a él. Me aferré de sus piernas y le hablé.

—Amigo por favor, dejá eso que tenés en la cabeza... yo... a mí no me importa... —me atraganté y recuperé— No me importa si viajamos en el tiempo, yo no voy a decírselo a nadie, y te pido perdón por no haberte entendido, te juro, fui un mal amigo Federico y...me arrepiento y te juro que te voy a bancar en todas las que vengan: vamos a salir todas las noches, vamos a ponernos en pedo, cogernos a las chicas pero... bien... de la buena forma, como hace todo el mundo. Pero quedémonos acá por Dios, no tenemos por qué movernos más. Me duele la cabeza y esto me marea y ya me estoy confundiendo de qué es real y qué no ¿Cómo podría vivir así? —ahora era yo quien lloraba.

Federico se inclinó hacia mí y pude ver todo su rostro bañado con la luz de la calle: sus labios proyectados hacia adelante, su mentón con apenas unos pelos rasurados de barba y sus ojos como cuencas estrelladas.

—No sabés lo que decís amigo. Yo soy el que se encarga de la diversión acá.

En ese momento caí en la cuenta de algo: si Federico podía hacer lo que hacía, ¿entonces cuál era la diferencia entre él y Dios? ¿Hasta dónde llegaba su poder? Y en tal caso por qué teniendo una capacidad semejante perdía el tiempo con proyectos tan terrenales como violar a todos sus compañeros de escuela. Con mis manos en sus rodillas e invadido ahora por su propio perfume, pensé en que como todas las personas, sólo tenía dos opciones posibles ante la existencia de Dios: amarlo o temerle. Y aunque mucha gente acababa eligiendo ambas, yo en verdad quería amarlo, o incluso, ya lo amaba, pero ahora estaba a punto de amarlo más.

—Entonces hagamos un trato —resolví— escuchá por favor. Volvemos una vez al domingo, al primer día pero a la segunda realidad a la que me llevaste ¿te acordás? En vez de cogernos a Johanna, fuimos a joder a Sebastián y su novia y nos fuimos re enloquecidos a Grisú, yo de Piñón Fijo, vos de monja. Tomamos, jodemos, chapamos, lo que quieras. Y después volvemos y seguimos desde ahí, desde el principio, y te prometo que lo vamos a hacer —el plural ya se me había incorporado tan pronto él lo había

empezado a usar— Vamos a culearnos a todos, pero, eso sí, a Johanna no. Ni pensar, porque si no se nos caga el viaje ¿o no? entonces a ella no, o si querés, la dejamos para el final. Nos culeamos a todos los demás, hacemos lo que querías y sin riesgos, empezamos de nuevo y me prometés que no nos movemos más, no más viajes en el tiempo, no más saltos interestaciales o lo que sea. Porque si no... nunca vamos a terminar el viaje...

Escuché mi voz, lo dije todo muy rápido, entusiasmado porque parecía tener todo el sentido y la lógica del mundo. Lo dije aferrado a las piernas de Federico, en la posición que muchos podrían haberle atribuido a un intento de sexo oral. Hacer un trato con Dios que todo lo puede o con el diablo que todo lo quiere era esperar que alguien infinitamente superior escuchara las palabras de una hormiga. Federico recargó su mano en mi cabeza.

—Ponete la máscara —dijo.

Yo lo miré ingenuo.

—La capucha esa —señaló el pasamontañas que tenía entre las manos y exprimía contra sus rodillas— quiero que te la pongas.

Me enderecé mirándolo a él y a la cosa negra alternativamente. Federico me observó mientras lo hacía sin decir nada: desenrollé la tela mullida y suave, la fui deslizando cabeza abajo hasta que mi boca y ojos encontraron los agujeros y me convertí en el sujeto anónimo que podía ser yo, él, o alguien más.

—Te queda perfecta —dijo Federico satisfecho y me agarró la cara con ambas manos para apreciarme. Luego se inclinó y a su vez yo me estiré hacia él y nos besamos. Su lengua entró en mi boca de repente y prolongó el beso como nunca había hecho antes. En definitiva yo había decidido amarlo.

TRECE

Otra vez; luces que parpadeaban, música que movía el suelo y un mareo que se mecía en todo el cuerpo. Volvimos a donde teníamos que haber vuelto desde un principio y de donde no nos teníamos que haber ido; Federico me había hecho caso. Yo estaba sentado en uno de los sofás largos de Grisú y a mi lado el predicador vestido de traje ya había desaparecido, quizá habíamos llegado un minuto después o diez o cuarenta desde la última vez que habíamos estado ahí. Trozos de papel picado cayendo y reflejándose mutuamente como se multiplica el ascensor en sus espejos. Si era como decía mi amigo, si había tantas versiones de una realidad como quisiéramos que hubiera, entonces cómo podía estar seguro de si yo era el verdadero yo, o de si había otro en alguna parte haciendo cosas diferentes.

Una monja sexy de piernas peludas se paró en frente mío y me tendió la mano. No podía negar que me había cansado, que tanto viaje astral, ansiedad y locura me habían hecho fatigarme. De hecho estábamos a punto de vivir cuatro días de vuelta como si nada hubiera pasado, pero tenía que dar todo de mí ahora; ese era el momento que estaba esperando.

—Dale —dijo Federico, o eso creí escuchar.

Me levanté y le dije al oído que iba al baño, lo palmeé unos pares de veces y salí a toda velocidad. Me tomó unos minutos encontrar el baño de chicos porque como dije, esa discoteca era un auténtico laberinto. Una vez dentro hice correr el agua de la canilla y me empecé a frotar el rostro para lavarme la cara. Me saqué todo con furia, los restos de lágrimas, el maquillaje choto de Piñón Fijo, todo. Me molestaba muchísimo, de hecho pensaba en cómo fui tan tonto de tomarme la molestia de elaborar semejante disfraz, pudiendo fácilmente haberme vestido de Messi o Maradona con una camiseta de la selección y a la mierda todo. Me sequé la cara con la tela amarilla del disfraz y me sentí fresco. Ese era yo frente al espejo, y todo lo que me rodeaba era real: el frío del agua, el aire lleno de fragancia, las voces de todo el mundo, el alcohol en la sangre.

Salí, esquivé a un par de pibes, vi al pasar como uno de los tipos de seguridad apuntaba con un láser verde a uno que estaba espiando el baño de

las chicas, seguí, subí unas escaleritas, atravesé una pista, pateé papel picado brillante, le di manotazos a globos. Todo, o algo de eso, quizá se mezclaban cosas que había hecho la primera vez que estuve ahí, o la vez que fuimos a Bypass; mi cabeza era una sola y resultaba difícil decirle dónde guardar cada recuerdo.

Vi a la hermana Federico, o a Sor Federico y la abracé. Nos abrazamos, nos separamos y bailamos un toque juntos. Después me convidó de un vaso transparente con una bombilla negra, o me lo pasó alguien más. Se acercó Valentino vestido de gordo romano, con una toga cortita y brillante y una guirnalda verde atada alrededor de la cabeza. Sólo podía haber un Valentino en mi vida, no podía ser tan tonto yo de despreciar a ese porque al parecer nada estaba escrito ni sobre el futuro ni sobre el pasado. Boludeamos juntos, perreamos mucho y nos reímos. Me prometí que iba a violar a todo el mundo menos a él, a todos menos a mí Valentino. Menos a Johanna también, que ya había zafado; menos a Sebastián y su noviecita morena que habían quedado muy asustados. Menos a cualquiera que fuera a arruinar mi viaje y el de Federico.

Sonaba “Solos” de Tony Dize y Plan B, que para mí era un temazo, cuando me encontré con Paola que bailaba disfrazada de Pico Dulce. En cuestión tenía una camiseta corta con la marca estampada que dejaba ver su ombligo, una falda de varios colores y unas medias rojas que trepaban por sus piernas de deportista y le apretaban los muslos. Me abalancé sobre ella con la confianza de quien viene del futuro y le asesté un pico que ella misma me permitió extender abriendo la boca. Todavía yo y Federico no habíamos molestado a Yasmín, todavía no nos habíamos encontrado en el micro ni le había pedido que me cambie el asiento. Todavía no tenía razones para molestarse conmigo o lo que fuera. Nos separamos por un momento y ella me miró fijo sosteniéndome la cara como había hecho Federico hacía un momento. Por un instante pensé que quizá la chica no se había dado cuenta de quien había venido a besarla, pero luego recordé que me había lavado el maquillaje y que era imposible no reconocerme.

Tenía los ojos pintados y llenos de brillos, igual que los cachetes y sus labios también brillaban por la saliva. Me besó y otra vez jugamos con la lengua del otro. Mis manos se deslizaron desde su cintura hasta su culo, descendieron como dos arañas grandes y le tomaron las nalgas con fuerza por debajo de su faldita de colores que era casi transparente. Después una mano la bajé más hacia su muslo para sentir esa diferencia de relieve entre su media

roja y su carne apretada. Tenía un cuerpo duro y tonificado, como yo habría imaginado. Recordé mi incursión a su cuarto para la disculpas fallida a Johanna. Cómo mi mente se había perdido odiando a esa chica y a la vez imaginando desnuda a Paola en la ducha. El ruido del agua desde el otro lado de la puerta ya era suficiente para exaltar mi imaginación; y traje ese recuerdo al presente mientras la tocaba con los ojos cerrados. Entonces tocaba e imaginaba y me excitaba. Su lengua sabía tanto a alcohol que quería beber de ella.

Se separó de mi de vuelta.

—Me mordiste toda boludo —me gritó al oído. Cualquier cosa que ella hiciera en ese momento, incluso reprenderme, solo iba a servir para mi deleite.

—Entonces mordéme vos a mí —le contesté. Tenía ganas de decirle “es que estás muy rica” o alguna boludez así, pero en definitiva cualquier cosa que dijera iba a ser una boludez al fin. Entonces le agarré la mandíbula para seguir besándola pero ella me detuvo.

—Pará —dijo. Era resuelta y nada comparable al estilo más infantil de Yasmín. De sólo pensar en ella consideré la posibilidad de tenerlas a las dos juntas para hacer el amor.

Paola no me llevó de la mano como tal, sino que me agarró de la muñeca y me llevó con ella como si me hubiese portado mal. Fuimos a un rincón cercano donde no daba tanto la luz, muy próximo a otro rincón donde ya había otra pareja de calientes manoseándose. Porque los que iban a lo oscuro era que ya estaban calientes. Allí entonces se acurrucó contra la pared y yo me pegué a ella lo más que pude y seguimos besándonos. Mi boca era brusca y abusiva con la de ella por lo desesperada; quería llegar al fondo de su garganta con mi lengua si era posible, porque ahora que las oportunidades eran infinitas, también se podían desvanecer en un segundo si el Dios Federico se aburría.

CATORCE

Ahora sonaba “Hoy” de Farruko, otro temón hay que decir, y no iba mejor que para la situación en la que estábamos con Paola. Al fin estaba concentrado, no pensaba en lo que estuviera haciendo Federico, porque sabía que estaría bien. Paola no se resistía, solo ponía sus límites y aplicaba su propia fuerza, y eso me gustaba porque yo me excitaba con facilidad y mis manos pedían que todo bajo ellas colapsara por la presión. Cuando le estuve besando el cuello y sus manos estaban aferradas a mi pelo, una de las mías se metió bajo su tanga y buscó el asunto de toda la cuestión para mí. Ella enseguida me sostuvo el brazo para que fuera cuidadoso porque si era por mí la atravesaba con los dedos.

Pasaron voces por detrás nuestro riéndose, volaron globos que rebotaron contra la pared y se cayó al suelo algún vaso de bebida cerca porque hasta pude sentir la salpicadura contra el tobillo del pantalón. Nada de eso importó, toda mi cabeza e intención estaban sobre mi dedo índice y medio humedecidos que entraban y salían de Paola. Pude sentir como ésta se retorció y sus piernas flaqueaban, entonces se recargaba sobre mí para no perder el equilibrio. Mi cabeza estaba sobre su cuello como si me la hubieran cortado y hubiera quedado allí abandonada, y solo me limitaba a resoplarle y dejar caer mi baba mientras hacía fricción sobre su clitoris.

Cuando ya mi mano patinaba dentro y fuera de sus labios, quise agacharme dispuesto a chuparle la vulva porque, como dije, las esquinas oscuras eran para los calientes y pajeros de la fiesta. Pero ella me detuvo rápido y tiró de mí hacia arriba.

—No boludo, acá no —la escuché decir. Escuché su voz lo suficientemente fuerte a través del bloque de música que zumbaba. Cuando tubo mi cabezota de vuelta junto a la de ella me dijo al oído que ahí no, que no podíamos, que volviéramos al hotel. Yo asentí con la cabeza porque era la mejor idea que había escuchado en todo ese viaje de locura. Si acaso era gracias a Federico la confianza que había tenido para acercarme a ella y lo que fuera que estaba por pasar ahora, entonces tenía mucho que agradecerle, tenía una razón para llamarlo Dios y amarlo hasta no dar más.

Salimos de Grisú a toda prisa y la luz del recibidor nos encandiló. Con la sordera a cuestas fui llevado del brazo por mi Paola hasta el micro que iba y venía llevando a los chicos que desertaban antes del final de la noche. Nos subimos y viajamos las pocas cuadras sin hablar; no cruzamos palabra. El silencio repentino del exterior de aquella cueva era incómodo y extraño, como si todo lo que hubiera pasado hacía minutos hubiese sido mi imaginación. Me fui sin Federico, no le avisé, no le hice gestos a la distancia, no me despedí ni le escribí un mensaje al celu.

El chofer anunció el nombre de nuestro hotel y bajamos en medio de la noche y las luces naranjas. La chica Pico Dulce me siguió arrastrando de la muñeca y yo encantado de ser su perro con correa o su valija con rueditas. Cuando pasamos por el hall del hotel había alguien reunido tras las mamparas de vidrio que seguro nos vieron llegar. Unos murmullos, unas presencias, quién sabe cuántas porque no pude ver nada; no tuve tiempo. Pasamos caminando y solo pude percibir algo con el rabillo del ojo.

Nos metimos al ascensor y apenas se cerró la puerta Paola me cazó de la nuca y me chapó con tal fuerza que me hizo trastabillar con mis torpes pies de payaso. Había que recuperar la calentura que se había desvanecido durante el breve viaje o sino nos iba a agarrar un frío de timidez difícil de remar. A mí me hubiera gustado arrancarle la ropa en ese mismo momento y coger como posesos frente a todos los espejos que nos miraban, casi de película. Pero el trayecto era tan corto que solo tuve tiempo de pensarlo y liberar una erección que no creía que volviera a bajar en un largo rato.

El glorioso y perfumado cuarto de las chicas nos esperaba. Los entramados de las paredes bailaban pero esta vez parecía que nos invitaban a pasar, que en lugar de querer confundirnos, nos deseaban suerte en nuestro encuentro y aplaudían mi audacia y resolución por ser uno de los pocos que iba a coger la primera noche, cosa que era todo un hito, pese a que nadie sabría de lo que había tenido que pasar para llegar a eso. Entonces Paola sacó la tarjeta que había pedido en la recepción y sin soltarme el brazo abrió la puerta y mi corazón se puso a dar golpes adentro del pecho.

Ahora todo pasaba muy rápido, mi cabeza que nunca dejaba de estar en pedo hacía saltos de tres a cinco minutos. ¿Cuánto habría pasado desde nuestra charla con Federico, desde que me puso el pasamontañas? —el cual por cierto no me acompañó a esa realidad— Una hora tal vez, o dos entre baile y baile y chape con Paola. ¿A dónde habría ido el chico vestido como testigo de Jehová? Sería interesante saber si aquel habría sido *su* día o solo

una noche más para recordar el fracaso de sus acciones, pero en realidad no me importaba. Pobre de él y de los que eran como él, pobre de los que verían morir su adolescencia en virginidad, pobre de los que se esforzaban por ser buenas influencias.

Me tiré en una de las camas, o quizá me tiró ella y nos besamos un poco más. Yo la agarré con fuerza de los muslos y le mordí el cuello como si fuera un vampiro. Ella se apartó otra vez, debió sentir que yo ya estaba listo para todo o debió ver mi pantalón amarillo que se abultaba como si estuviera escondiendo una bombilla eléctrica.

—Pará un toque —me dijo y se fue al baño.

Yo me tendí sobre las sábanas con mi pene queriendo señalar al techo. Pensé si debía sacarme la ropa, o sacarme la camisa de arlequín porque era bastante ridículo estar así. Ella debió haber corrido a quitarse su disfraz de chica Pico Dulce, quizá vendría moviendo las tetas hacia mí con las medias rojas puestas, o con intención de noquearme sobre el colchón y violarme en paz. No me importaba la forma en que ocurriera, porque aquello solo iba a ser el principio de nuestro nuevo proyecto, el mío y el de Federico.

Escuché sus pasos y movimientos en el baño, agua correr quizá; se estaba preparando para mí. Me senté en la cama y arranqué la camisa de arlequín y la revoleé a un costado. Me acaricié el torso y moví los brazos más fresco que nunca. Entonces alguien golpeó la puerta.

Fueron dos golpes, como quien llama.

Me pareció que había sido impresión mía, me quedé duro mirando a la puerta de madera hasta que se volvieron a repetir. ¿Quién carajo era capaz de interrumpir a dos personas que estaban por hacer el amor? ¿Iba a tener tanta mala suerte de que alguna de las otras chicas fuese a llegar a molestarnos? Cuando me levanté de la cama incluso pensé que si era Johanna, si en verdad estaba a punto de encontrarme con su cara, estaba dispuesto a darle un golpe con el puño sin mediar palabra. Me quemó el pecho de ira.

— ¿Qué? —dije apenas abrí. No me importaba quien estuviese, se tenía que ir a la mierda.

Alan.

Era Alan. Sí, una cara conocida; como una foto que estás acostumbrado a ver en la casa de tu abuela, siempre con la misma expresión. Estaba tan cerca de la puerta que fácilmente la podía haber estado tocando con la nariz cuando estaba cerrada. Alan era más bajo que yo así que pude ver desde la raíz de su

pelo rubio hasta sus ojos apuntándome con odio. La misma mirada que yo le hubiera dirigido a Johanna.

Sin decir nada me enterró algo en la panza y me lo empujó hasta adentro, por arriba del ombligo. Yo ahogué un grito por la sorpresa y el dolor, la voz se me fue, me quedó atrapada al final de la garganta. Alan, amigo y compañero de Sebastián, también de su noviecita. Me miró a los ojos y me apuñaló directo sobre la piel. Empezó a correr sangre por debajo del filo hasta encontrarse con el borde de mi pantalón y empezar a macharlo. Mi erección se esfumó pero mi corazón se puso aún más histérico.

—Putra madre Alan... —dije con un hilo de voz. Lo miré a él, miré lo que parecía ser un cuchillo del comedor, y estaba dentro de mí, me estaba tocando por dentro y se sentía enorme como si se expandiera. Dolía tanto que paralizaba. Me agarró pánico y retrocedí unos pasos.

Alan también retrocedió, me observó con los ojos abiertos, observó lo que acababa de hacer. Su pecho se inflaba y desinflaba por debajo del buzo, estaba tan alterado como yo, pero mantenía los labios apretados como si quisiera evitar gritar. En cambio yo no podía hacerlo, solo abrir la boca en busca del aire que me faltaba.

QUINCE

Alan ¿Qué podía saber yo de él? No me interesaba lo que hiciera o dejara de hacer. Pero ahora me acababa de clavar un cuchillo en la panza como si pudiera ir por ahí haciendo lo que quisiera. Lo vi irse caminando ligero, desapareció de mi vista mientras yo me iba desplomando sobre el piso como una torre en demolición. Me dolía el cuchillo en las tripas así que quedé acostado boca arriba igual que como había estado en la cama hacía un momento. Entonces comprendí la situación, porque ya la había vivido. La sangre brotando y manchándome las manos, el profundo dolor paralizante. Solo faltaba que apareciera Federico a decirme *«En esta realidad seguro que no le pasó nada a Valentino»* Pero ahora sí quería verlo, quería que se asomara por la puerta a decirme algo, a salvarme, o a decirme que todo era mentira.

Pero no apareció, lo esperé segundos larguísimos. Paola. Ni siquiera podía gritarle que viniera. Mis piernas sobresalían del cuarto hacia el pasillo y quizá alguien me viera, o quizá no. Yo sabía que podía morir, pero me impresionaba lo fácil que podía ser morir en Bariloche, parecía un chiste. Me quise incorporar con mucho esfuerzo, el simple hecho de levantarme parecía enterrar más el cuchillo, estaba ahí puesto como una manija para moverme; el hijo de puta de Alan lo había dejado ahí y había huido como la rata que era. ¿Qué podía saber yo de él si vivíamos en burbujas diferentes? Y la de él seguro era otra de fracaso, de desperdicio de carne, hormonas y juventud.

Me arrastré dejando un rastro de sangre en el suelo. Me había meado encima sin siquiera darme cuenta y todo mi pantalón estaba mojado además manchado de bordó. El mismo color que la sangre de Johanna sobre las flores, el mismo que había quitado de mi nariz y el mismo “poco” que tenía Federico en la cabeza mientras ese par de imbéciles se apuraba por sacarlo del cuarto. Le rogué a Federico que viniera, que volviéramos atrás o adelante o a donde fuera, que era urgente, que me estaba muriendo. Me arrastré por el pasillo y gemí con cada esfuerzo mientras me caían lágrimas. Le rogué a mi amigo en mi cabeza, porque si era Dios entonces tenía que escucharme.

—Alan... —dije después entre dientes— Alan...

Si no me hubiera sacado el maquillaje y la camisa, hubiera sido un singular espectáculo ver al payaso más conocido del país arrastrándose con una mueca de dolor mientras dejaba un rastro de sangre detrás de sí. Pero ni siquiera, era un adolescente al que le habían frustrado la primera cogida con tanta violencia que parecía obra de alguna iglesia extremista.

Llegué al ascensor y entré quejándome con cada movimiento. Dejé mis dedos de sangre por todo el metal mientras me acomodaba pero no podía pararme, así que me dejé reposar sobre una esquina con mis piernas sobresaliendo de la puertita. Observé el camino que había dejado detrás de mí y me sentí el protagonista de una película de terror, el que no se salvaba. Si había varias realidades ¿Entonces por qué no estaba yo en mejores condiciones en cualquiera de ellas? ¿Por qué no podía viajar por mi cuenta como hacía Federico? Merecía salvarme como cualquier otro, pero claro, yo no era Dios. Yo tenía que verme morir para poder poner mi boca o mi pene de una vez sobre una vagina.

Si había otra oportunidad para mí, pensé, juraba buscar a Alan y someterlo con furia. Incluso juré cogérmelo y no como había hecho Federico con Valentino, no. Lo agarraría por sorpresa como él me había investido a mí y le allanaría el culo sin piedad mientras le retorciera el cuello con el antebrazo. La furia me hizo escupir sangre y sonreír por un momento. Solo necesitaba otra oportunidad, de esas que mi mejor amigo baraja como cartas de truco y lanza al aire para atrapar una. Ya me estaba mareando y empezaba a ver borroso; el mango del cuchillo se movía con mi respiración, ya era parte de mi cuerpo.

Observé hacia arriba, sobre las paredes de metal estaban los espejos del ascensor. Federico se arrimó a mí hasta donde el reflejo le permitió y me miró como si estuviera detrás de una ventana. Su imagen se replicaba cientos de veces pero no estaba parado junto a mí. Tenía puesto su bonito pasamontañas negro y por este sobresalían sus labios tan potentes y experimentados. Debí desearlo tanto que ahí estaba, nunca había visto algo como eso. Solo necesitaba otra oportunidad.

—Por favor —dije con un hilo de voz mirándolo. Justo llegué a advertir que Paola se asomaba del cuarto y miraba a través del pasillo. Quizá se tapaba la boca o gritaba, mi vista era una niebla así que no estaba seguro, pero se notaban a la distancia esas medias rojas que apretaban sus muslos.

DIECISÉIS

Federico escribía con la zurda, tenía una letra chiquita y difícil de entender, como si lo obligaran a usar palabras que no quisiera y no pudiera apropiárselas. También solía dibujar en la escuela, hacía garabatos y caricaturas rústicas en los márgenes de las hojas. A veces se tiraba a descansar sobre el banco y me pedía que le hiciera masajes, que se los hiciera fuerte, porque si no, no eran masajes. Entonces yo me inclinaba y empezaba trabajar su espalda como si estuviese amasando algo duro. A veces hacía la tarea y las hojas se perdían; se arrugaban en su mochila porque las tiraba sueltas o se deslizaban en algún descuido al suelo y quedaban en el aula el resto del día. También jugaba con las manos y con lo que tuviera cerca. Se pinchaba con el compás hasta hacerse sangrar los dedos, se pegaba con voligoma o pintaba con liquid paper, se escribía, se borraba, se pegaba, se despegaba. Tantas veces me absorbía a mí en esos juegos. Era como si una pequeña batalla se librara entre las trincheras de nuestras cartucheras semi vacías. Después quedaba el desastre que dejábamos sobre el banco, lo que alguien más debía limpiar.

DIECISIETE

Todos tenemos alguna fantasía donde corremos a refugiarnos cada vez que podemos; se trata de una puesta en escena tan privada y gratificante como obscena que recreamos patológicamente varias veces a la semana incluso sin darnos cuenta. La de Federico Rada era un lugar acogedor donde imaginaba que sometía sexualmente a la persona que tuviera en vista en determinado momento. Ese lugar acogedor no era otra cosa que la habitación de un hotel. Federico había tenido la gracia de pocos de llegar en carne propia a su fantasía, de hacerla realidad. Eso es lo que finalmente entendí.

—Vos sabías que esto iba a pasar... —fue lo primero que le dije cuando me recogió entre sus brazos— y me lo mostraste, me lo hiciste sentir. Sin embargo volvimos hasta ahí como si nada, me dejaste seguir adelante y alejarme de vos.

Federico me tocó la panza por donde había recibido la puñalada de Alan, por encima del ombligo. Me pasó los dedos y no sentí nada.

—Porque vos me lo pediste —dijo— También me dijiste que no viajáramos más y mirá si no te hubiera sacado de ahí.

Yo ya no veía nada, sólo oscuridad y ciertos destellos de luz confusos. Podría estar sin problemas levitando en el aire; lo único que comprendía bien era que Federico me tenía entre sus brazos, porque los sentía rodearme, porque sentía sus piernas contenerme y su aliento tibio sobre mi cabeza. Él estaba muy tranquilo, su corazón ni se advertía en mi espalda, pero sí su respiración lenta.

—Ahora los odio a todos... —dije.

—Se vengó por lo que le hicimos a su amigo —Federico dejó entrever que le divertía, por un leve cambio en su tono— ¿Vos no te vengarías si alguien trata de violarme a mí y a mi novia?

—Seguro —dije. Federico continuó acariciándome por sobre el ombligo; quería que supiera que ya estaba a salvo, que la herida se había ido.

—¿Y si me moría?

—No te morías... te salvabas. Pero se terminaba el viaje, como siempre.

— ¿Y después? —quise mirarlo, alcé la cabeza y sentí su pasamontañas rosar contra mi pelo— ¿Quedaba paralítico o perdía el intestino?

—No sé —dijo Federico. Terminaba el viaje.

—Me mentiste, sí podés viajar al futuro. Así me mandaste acá cuando me quejé por lo de Valentino. Me hiciste sufrir dos veces lo mismo porque sí —al decirlo caí en la cuenta de lo fácil que podía ser pasar de amar a Federico a tenerle miedo— No quiero viajar más.

—No existe el futuro, ya te dije, es todo pasado. Además es la primera vez que hago esto y voy aprendiendo cosas mientras.

“Esto” Federico hablaba en código, como había hecho a lo largo de todo el viaje.

—Mirá —dijo y me ayudó a levantarme. Yo estaba con el torso al aire como había quedado en el ascensor, pero sin la herida ni el mango del cuchillo saludando desde adentro. Tampoco tenía manchas de sangre, estaba como nuevo. Cuando me puse de pie advertí que el suelo estaba tan oscuro que parecía que estaba parado sobre la nada; me hacía acordar al piso de las discotecas bajo el efecto de la luz negra, aunque este solía estar cubierto de papelitos y mugre que daban cuenta de que era una superficie y no un agujero negro. Acá no había nada; solo cuando me erguí por completo me encontré con los destellos de luz que nos rodeaban, pero estos no conseguían iluminarnos, como si el sitio donde estábamos se absorbiera toda la luz.

— ¿Esto es...?

—Le digo “mi realidad” —dijo Federico— porque no se me ocurre que nombre ponerle.

Mis pezones se erizaron por el frío, con razón mi amigo estaba cubierto con su camperón y toda la indumentaria de excursiones. Lo único que podía sentir en el aire era su perfume.

—Vení, mirá.

Me agarró del brazo como hacía Paola y caminamos unos pasos hacía un reflejo borroso de luz hasta que se volvió nítido. Ante nosotros apareció una ventana rectangular suspendida en la oscuridad y desde esta se veía un pasillo del hotel. De hecho, conforme nos acercamos fui reconociendo el interior del ascensor y la puertita abierta. Entonces nuestra imagen comenzó a aparecer reflejada en los espejos de los costados a medida que nos acercábamos, hasta que Federico me detuvo con el brazo y nos quedamos mirando.

— ¿Ves?

Yo veía, pero no sabía qué decir. Era como la cuarta dimensión. Allí estaba todo el sendero de sangre que yo había dejado al arrastrarme; luego podía ver mi propio cuerpo tumbado dentro del ascensor tratando de acomodarse en una esquina mientras sangraba. Pero esto ocurría con mucha lentitud, tanto que mis movimientos apenas eran perceptibles, pero claramente me estaba moviendo. Podía ver como mis abdominales se tensaban y los músculos del dorso de mi cuerpo, así también los de mi cara en la mueca de dolor y las puntas de mis dedos. Todo apreciable con tanto detalle que daba pánico.

Observé los reflejos míos y de Federico en los espejos del ascensor, era como si estuviéramos dentro de éstos pero fuera de la realidad en sí. Así es como yo lo había visto aparecerse a él justo hacía unos segundos.

—Me quiero desmayar —dije.

—No seas bobo —Federico me abrazó— todo tiene una explicación.

— ¡Entonces explícame! —me salió decir más del corazón que de la boca, como una súplica.

—Acá podemos parar a descansar cuando quieras, el tiempo casi no pasa. Podemos elegir a dónde ir, y si ningún lugar nos va, entonces abrimos uno nuevo y así hasta que nos cansemos. Incluso pensé que no es necesario cogernos a todos de una sola vez, sino que podemos armar una realidad para cada uno de ellos y cogémoslos de a uno. Por ejemplo, vos te cogías a Paola acá... después abrimos otra y me la cojo en otra situación, y después al que venga, como si tuviéramos una pizza y la cortáramos en infinitos pedazos y nunca se acabara... —Federico hizo gesto de cortar con una mano sobre la otra.

—Basta amigo... —dije y no quería llorar de vuelta pero estaba a punto — no podés hacer lo que quieras... ¿Dónde...? ¿Dónde está mi vida? ¡Necesito una! ¿Soy real? ¿Alguno de nosotros es real o esto es como, no sé... un sueño tuyo?

—Pará un poco —me dijo con suavidad y me frotó la espalda como si quisiera calentarme. Luego se sacó el pasamontañas para hablarme de frente. Era él, era Federico Rada, no había dudas.

—Me dijiste que querías otra oportunidad ¿o no?

—No te lo dije —musité— lo pensé.

—Siempre tuvimos conexión mental ¿O no me adivinabas las palabras que no me salían?

—No sé... —dije sollozando— ya no sé nada.

—Te voy a dar otra oportunidad y vas a ver como terminás entendiendo todo. Acá alrededor nuestro están todas nuestras historias dando vueltas igual que esta —señaló la ventana levitante con mi doble tratando de acomodarse en el ascensor a velocidad mínima— Todas son reales y todas son nuestras, tenemos derecho a vivirlas las veces que queramos.

DIECIOCHO

El techo de nuevo. El cuarto de las chicas. Fue como si me hubiera quedado dormido esperando a Paola, lo cual hubiera sido para el chiste si de verdad hubiera pasado así, pero ella estaba en el baño y yo con el pito duro debajo del pantalón amarillo. Fue el momento justo, ni más ni menos, lo que Federico consideraba que valía llamarse una segunda oportunidad. Recorrí todo con la vista en segundos, cada esquina del techo, cada junta, cada pequeña grieta y relieve en las paredes y cada espejo con su reflejo. Luego la cama donde estaba, las valijas de las chicas y su ropa esparcida. Todo a lo que no había prestado atención la primera vez, porque nadie tiene la oportunidad de saborear de vuelta un helado que ya se acabó. Pero yo sí, eso significaba una segunda oportunidad. Esa era la tentación del poder de Federico, podía confundirme y hacerme dudar hasta de mi propia existencia, pero cuando aparecía en situación, cuando en verdad reparaba en que estaba viviendo devuelta lo mismo, ahí es donde se sentía el poder superior sobre la misma vida. Podía si se me antojaba tirarle abajo la puerta del baño a Paola y asaltarla para hacerla mía allí mismo sin pedir permiso.

Pero entonces llamaron al cuarto. Dos golpes secos uno detrás del otro. Se despertó la furia dentro de mí y me levanté de la cama de un salto e hice la mitad del camino hasta la puerta. Había varias formas de hacer aquello incluyendo soluciones pacíficas como ignorar al chico con el cuchillo o gritarle que se fuera. Pero una segunda oportunidad era más de lo que muchos podrían entender, y por eso Federico me la concedía a mí y no a cualquier otro.

Justo hubo tres nuevos golpes insistentes, estos porque me había detenido a pensar. Caí sobre la puerta como un rayo y cuando la abrí ya le estaba embocando una piña en la cara a ese tal Alan, ni siquiera necesité pensarlo porque ya sabía que me iba a encontrar con él. Todos fueron movimientos tan rápidos que parecieron unos provenir de los otros y superponerse. Abrir la puerta, recibirlo con un parte narices y ver como su inútil cuchillito de comida salía disparado. Alan cayó contra la pared de atrás y se golpeó la espalda de tal forma que se escuchó un ruido sordo y tembló todo.

Convertido en una suerte de gato erizado me lancé sobre él y lo cacé del cuello sin dejarlo levantarse. El pobre pibe ni siquiera pudo pedir ayuda o insultarme porque no estaba preparado.

— ¿Qué hacías con eso eh? —Le grité al oído y le escupí media geta con ésto— ¿Me ibas a matar? ¿No sabés quién soy?

Le hubiera metido la cabeza en un tacho de agua si lo hubiera tenido cerca, golpeádole las bolas hasta cansarme o incluso apuñalarlo con su propio cuchillo de cobarde, justo sobre el ombligo, justo en el mismo lugar y esperar a verlo arrastrarse hasta alguna parte. Pero Federico había penetrado en mí hacía tiempo y aunque me hubiera negado y aunque yo mismo me hubiera interpuesto ante él, al final solo podía hacer una cosa, lo mismo que con tanto enojo había pensado mientras me humillaba por el suelo de ese mismo pasillo.

—No te muevas —le dije— ¡No te muevas!

Lo aplasté con mi propio cuerpo que con ser más alto ya le llevaba ventaja; Alan se retorció debajo de mí mientras yo le sostuve las muñecas. Con una mano le empecé a bajar el pantalón y enseguida se dio cuenta de lo que quería hacer.

— ¡Pará! —se quejó.

—Es lo que viniste a buscar —dije y me brotó espuma de la boca.

Tenía un pantalón muy finito cosido a mano para su ridículo disfraz. Pobre de él y de todos los que sufrieran mi ira a partir de ese momento, pensé y se lo bajé de un tirón contra su voluntad. Apareció su culo como dos montículos de nieve al sol y les di una fuerte palmada que los castigó como un relámpago. Al final cogerse a un chico no debía tener mucha diferencia que hacerlo con una chica, todo se acababa reduciendo a lo mismo; a la misma piel, los mismos orificios o similares, los mismos ademanes, movimientos, convulsiones y castigos. Todo era igual, todo eso era lo que habíamos venido a buscar allá. Nuestras canciones que cantábamos como himnos hasta quedarnos sin voz, nuestras conversaciones privadas y públicas, nuestras fantasías y masturbaciones. Todo lo que nos hacías subir y bajar la sangre cada día, cada minuto y segundo al final culminaba en lo mismo.

Para sorpresa mía, mi erección estaba todavía allí como un misil esperando que apretaran el botón, y ver al pibe convertido en una lombriz bajo mis piernas como si le hubieran cortado un pedazo, ver su nuca rojiza y sus puños cerrados era suficiente estímulo para vengarme como Dios, mi Federico, mandaba. Solo me detuve un instante a bajar la cabeza contra su

cuello y mordérselo tan fuerte como fue posible antes de bajarme mi propio pantalón. Alan gritó con una voz ronca pero aún infantil y yo no me detuve hasta sentir su sangre estallar en mi boca. Cuando me incorporé satisfecho vi un movimiento borroso justo en frente mío y mi mandíbula estalló y todo mi cuerpo salió disparado hacia atrás.

Otra vez el techo, después las paredes y el piso. Todo en segundos. Alguien me había pateado la cara con mucha fuerza; yo sentía que había volado por el aire. Toda mi mandíbula latía de dolor y el sabor a hierro que sentía no sabía si era de la sangre de Alan o de la mía. Mi boca estaba paralizada con los dientes afuera de los labios y yo derrumbado sobre el piso. Me gritaron de todo: “Hijo de puta” “Enfermo de mierda” “Violador” “Basura” Luego recibí unas patadas al estómago y unos pisotones en los brazos y las manos. Debo haber gritado y escupido sangre, pero no pude incorporarme, apenas si podía mover los brazos para cubrirme. Eran ellos, sus voces y zapatillas conocidas. Sus cuerpos erguidos como edificios haciendo sombras sobre mí. Sebastián, Jeremías, el mismo Alan, tal vez la chica morena que se llamaba Juliana o Julieta, tal vez estaría todo el colegio sobre mí. Ahora los odiaba a todos por hacerme sentir vergüenza.

DIECINUEVE

Están todos muy locos, pensé. Me fui escurriendo por entre sus cuerpos sin que lo notaran. Había aparecido tanta gente que se empezaron a amontonar. En realidad no es que no lo notaron, al contrario, todos sus ojos se fueron posando sobre mí porque debía tener la cara llena de sangre y el pelo revuelto. Los que tardaron en advertir que me estaba yendo fueron los mismos que me dejaron así, porque estaban consolando a Alan y tratando de curar la herida de su cuello. Cuando estuve más cerca del ascensor es que oí que me llamaban varias voces “¡Vení! ¡Vení!” Decían, pero con un tono severo; no era una súplica sino una orden, como cuando alguien choca con su auto a una mujer con su hijo y pretende huir del asunto. La gente corre detrás del auto y le lanza piedras, quizá si el coche no llega a arrancar entonces se arreglan para sacar al maleante de adentro y cagarlo a palos sobre la calle. Esto no era simple mala influencia, era infamia total.

Había también puteadas y gritos de odio, esas serían sus piedras contra el coche. Yo me seguí escapando con lentitud y una mano sobre el estómago, no podía ir más rápido de lo que iba. Se creerían que me odiaban más que yo a ellos, se creerían más fieros o más enojados. Los patrones de las paredes, las guardas, el decorado todo, me expulsaron, me echaron y se burlaron de mí. No tomé el ascensor porque hubiera sido ridículo huir así, además había chicos y chicas que lo estaban usando porque de repente toda esa gente apareció por los pasillos. Bajé dando tumbos por la escalera porque en serio debían haberme roto alguna costilla con esas patadas. Estaban todos locos, pensé, no sabían quién era yo.

Me crucé con algunos más por la esclarea que ni sabían qué estaba pasando; tal vez creyeron ver a alguien con un disfraz muy bueno, el de chico cagado a palos con la boca chorreando sangre. Empezó a subir la música mientras yo bajaba y me encontré con el hall lleno. Estaba empezando el After, iban volviendo del boliche y la fiesta tenía que seguir. Yo lo único que quería era que Federico me sacara, que me viera a buscar con su omnipresencia o que leyera mi mente si acaso podía, porque estaba muy dolorido y cansado. Pasé entre los cuerpos sin ser percibido, todos

disfrazados, todos con las caras pintadas o cubiertas, yo solo era un zombie, un intérprete de Jackass o un caníbal. Me zumbaban los oídos y la mandíbula la sentía del doble de su tamaño. Pensé en si me estaban persiguiendo y a dónde tenía que ir. Estaban todos locos, ¿Qué no veían que recién era la primera noche? ¿A quién se le podía ocurrir apuñalar a su propio compañero de clase la primera noche? Gente del hotel, coordinadores, tal vez un médico... ¿Dónde estaban todos? Yo era una víctima, una simple víctima de un ataque brutal. Pero la verdad es que del único que quería ayuda era de mi amigo que no aparecía.

— ¡Boludo! —Vino algo mejor, ni siquiera contaba con eso ya porque no podía confiar en que nada fuera real— ¡Amigo qué te pasó!

Era Amílcar que emergió dentro de la muchedumbre borracha y me agarró de los hombros. Después aparecieron Nelson, Macu y Valentino con caras de espanto repitiendo las mismas preguntas.

—Eh... Ah... —quise decir algo pero no me salía. Ni siquiera sentía la boca— Eh... Ah... m...mm...

Vi sus caras de incredulidad y horror, no podían entender por qué me veía así. Me agarraron, me tocaron la cara, me acariciaron la frente. Alguno preguntó qué había tomado, o si estaba drogado, qué pasaba, qué me había pasado en la cara. Yo no podía mantenerme en pie y me tambaleaba así que me llevaron a un sillón detrás de las mamparas. Fui repasando sus disfraces; el Capitán América Macu, el Valentino romano, Un Amílcar Gaturro que era digno de premiar su ingenio y Nelson que con un gorro piluso y unos jeans había solucionado el asunto de ser Don Ramón.

Caí al sillón y me quedé en la posición en que había aterrizado, como sumergido en gelatina.

—Mm... Fe... —no tenía caso, ni siquiera sabía por qué parte de mi cara se hablaba. Me ardían los ojos y me costaba respirar.

—Wacho aguantá amigo —Valentino quería tocarme pero no sabía por dónde porque yo estaba destruido. Debía tener también los ojos morados o algo así porque me lloraban, y el mismo Valentino lloraba al verme así. — Ahí Macu fue a traer al médico —me dijo.

Alrededor de mis amigos empezaron a asomar algunas caras desconocidas y otras de mi colegio. Miraban y preguntaban como si me hubieran rescatado de un pozo pesando treinta kilos menos, como si estuviese deformado e irreconocible.

De repente la música cesó. Se generó un vacío en mis oídos y seguro en los de todo el mundo. La fiesta estaba a punto de ser abortada y toda la atención por caer sobre mí; sin ruido de fondo todo era más desesperante. Apareció una mujer con el pelo peinado hacia atrás que se acercó mucho a mí, tanto que pude ver las pequeñas pecas salpicadas sobre su nariz y hasta un minúsculo reflejo mío en sus anteojos de marco blanco. Después unos guantes de látex me examinaron y empecé a sentir presión en la cara que parecía provenir de bolas de algodón siendo aplicadas. Yo necesitaba a Federico para que me llevara, no quería estar viviendo aquello que hasta se sentía peor que haberme arrastrado con un cuchillo enterrado, dada la cantidad de personas que me estaban mirando. ¿Acaso se permitía que la gente recurrente de un hospital se metiera a mirar una cirugía como si fuese una película? ¿Entonces por qué alguien con la autoridad no barría todas esas caras de un manotazo?

— ¡Lo quiso violar! —Se escuchó una voz fuerte que venía de las escaleras— ¡Y Rada también! —y luego otras acusaciones y más voces que se superponían. Había otro herido y más movimiento pero yo no podía verlo. Toda una barrera de personas compuesta por mis amigos, un par de coordinadores y la misma doctora me tapaban. Estaba ese Esteban o Sebastián, y también estaba Yasmín que se tapaba la boca y levantaba el centro de las cejas.

Debían estar llevando a Alan para que le trataran la mordida en el cuello. Los murmullos y acusaciones me llegaban desde cerca. “Lo mordió, le mordió el cuello” “Es un enfermo, está mal de la cabeza” “Está drogado, le bajó los pantalones” Pero más me hizo enojar que mencionaran a mi amigo, que lo nombraran por el apellido como si fuera un objeto sin clasificar “Rada, Rada, Rada” decían, ahora nadie lo quería, ahora sacaban su odio contenido hacia nosotros. Con todo lo que habíamos hecho por ellos.

VEINTE

Pero no violamos a nadie, pensé. Por primera vez estábamos limpios de todo. Nadie fue violado.

VEINTIUNO

No, la lógica del poder de Federico no era tan sencilla como en las películas. Habíamos cagado el viaje ya muchas veces, eso hacen las malas influencias, ponen palos en la rueda con sus actos impulsivos. Pero la infamia no tenía solución, pensé, y lo pensé otra vez y unas cuantas más: "pero la infamia no tenía solución"

Estaba acostado en el cuarto de la doctora que era una suerte de consultorio que tenía preparado ahí mismo en el hotel. Sobre una camilla contra la pared estaba acogotado con uno de esos cuellos ortopédicos que parecen esponjas y tenía vendas repartidas por la cara y algo que me apretaba las costillas. Ya ni me podía mover desde que me habían puesto así, debía estar hecho mierda. Sin embargo no podía creer que me iban a subir a un helicóptero para llevarme a Buenos Aires y mandarme al hospital como si me hubiera pasado una avalancha de nieve por encima. Hubo tal alboroto alrededor mío que en un momento mis oídos dejaron de prestar atención y me sumergí en una nube de ignorancia mientras la doctora se hacía cargo de mí y me llevaba a ese cuartito.

Mis amigos quisieron estar conmigo pero no pudieron, yo estaba seguro que se había cagado el viaje para todo el mundo y esto debía ser algo sin antecedentes igual que una chica que se tira por la ventana del hotel, o incluso un chico que es apuñalado por sorpresa en medio del pasillo y se arrastra hasta el ascensor luchando por su vida. Yo no estaba triste, ni enojado, no como hacía un rato. No sentía miedo, todas esas heridas no me asustaban como lo hubieran hecho en otra circunstancia. Incluso si se me veía de frente, pese a lo deformada que debía estar mi cara presa de la hinchazón, debía estar abandonada en un gesto de calma, algo en parte budista y en parte opiáceo.

— ¿Todo tranqui? —dijo Federico asomado a la puerta. Cuando advirtió que no lo podía ver entró al cuarto con cautela. Llevaba puesta una remera blanca que estaba tan impecable como él mismo.

Lo miré sin mover la cabeza y mi expresión no cambió. No lo veía desde que me fui con Paola de Grisú. Había tenido tiempo de sacarse su disfraz y ponerse una remera blanca.

—No sufras boludo, que ya nos vamos. Alto quilombo se va a armar, recién empieza esto —pero no lo dijo con pena ni preocupación, sino que sonrió con entusiasmo, como si lo mejor estuviera por llegar. Y tal vez tenía razón.

Yo no dije nada, tampoco podía, ni lo necesitaba. Solo lo miré sin cambiar mi expresión. Lo contemplé en silencio porque era digno de contemplación silenciosa.

—Bueno wacho te dejo porque me van a seguir cagando a pedos. Porque ya contaron todo estos putos de mierda. Abrieron la boca y cantaron como pájaros; por poco quieren que vayamos presos —se rió de esa forma grosera que es como una arcada y sus labios se levantaron exhibiendo las encías. Luego me dio unas palmadas en la pierna y desapareció por donde había entrado.

El cuartito de la doctora quedó en silencio otra vez. Yo escuché mi propia respiración y seguí mirando el techo. Pensé en todas las posibilidades; en todas las realidades cayendo como papel metalizado y reflejándose unas con otras para multiplicarse así. Ese Federico de camiseta blanca era uno más, el Federico de su realidad haciendo lo único que podía hacer: ser Federico. No me importaba, era igual de hermoso y único como cualquier otro. Yo no sentía miedo, solo estaba esperando, mientras pensaba en las posibilidades y en cuál sería la mejor manera de remar la infamia si así tuviera que hacerlo, pero tampoco me preocupaba. Quizá cuando me estuvieran sacando en camilla, tal vez mientras veía las caras de mis compañeros observándome con furia y terror, acusándome con la mirada de haberles arruinado el viaje, o incluso sobrevolando la ciudad en un helicóptero; Federico Rada vendría por mí y volveríamos a intentarlo. No tenía prisa, quería saborear un poco de realidad y ver hasta dónde llegaba. Iba a esperar. Podría leer mi mente o no; andaría por entre los espejos observándome sin que yo lo viera. Cualquiera fuese la forma, tarde o temprano volvería a llevarme con él.

EPÍLOGO

Tal vez es de lo primero que recuerdo de nosotros juntos. En el patio del colegio debíamos vernos como duendecitos de primaria, porque eso éramos. Yo corro hacia Federico que está haciendo algo con la mano en el aire; entonces me pongo al lado suyo y me muestra:

—Mirá —dice y levanta la mano en dirección al cielo. Después bloquea el sol y hace de que lo agarra cerrando la mano delante de éste. Repite el ejercicio fascinado.

—Mi turno —le digo. Yo también quería agarrar el sol.

DE MI PARTE:

Si terminaste de leer *El despertar de la conciencia rebelde*, me encataría que me escribieras tu opinión a cualquiera de mis canales (wpp, mail, ig) Voy a recibir tu mensaje al toque y leerlo con entusiasmo.

Te deseo una vida llena de arte y cosas bellas.

Tu Ruso.

